Psicología junguiana / mitos

WE

"Señores, si queréis oír una sublime historia de amor y de muerte, he aquí la de Tristán e Isolda; de cómo para su completa alegría y también para su dolor, ellos se amaron; y cómo al final, juntos, un día murieron de amor: ella por él y él por ella."

Los trovadores medievales convocaban con esas palabras a señores y damas, a caballeros y plebeyos, para reunirse ante el fuego en el gran salón del castillo y revivir la historia que se volvería uno de los mitos más bellos, más conmovedores y más trágicos de todos los tiempos.

El mito de Tristán e Isolda es una visión intensa y panorámica de las inmensas fuerzas psicológicas que actúan por detrás del amor romántico, y de la gama increíble de nuevas posibilidades que yacen en el inconsciente a la espera ser integradas a la personalidad actuante.

Empleando la psicología junguiana, Robert A. Johnson descubre muchas creencias inconscientes sobre el amor en ambos sexos, quiebra ilusiones que a menudo tenemos sobre los mitos amorosos y redefine bellamente la sustancia del amor.

"Al descifrar los símbolos contenidos en esta historia, ofrece una sabiduría esencial para toda pareja de hoy."

— *Publishers Weekly*

Distribuye:





Robert A. Johnson



para comprender la psicología del amor romántico



Era Naciente

Robert A. Johnson

WE

para comprender la psicología del amor romántico

Era Naciente

fax (541) 775.5018
Buenos Aires, Argentina.

Traducción: Miguel Grinberg
Ilustración de portada: Fedhar

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723.
ISBN 987-9065-45-X

Esta edición de 3000 ejemplares se terminó de imprimir en los talleres de Errepar en Buenos Aires, Argentina, en el mes de enero de 1998.

SUMARIO

OBSERVACIÓN SOBRE LAS FUENTES Y LA TRADUCCIÓN DEL MITO

Esta obra es una interpretación junguiana de Tristán e Isolda que se enfoca en los símbolos del mito como fuentes del insight psicológico. No tiene por objeto ser un estudio erudito del mito como literatura. Por lo tanto, a fin de mantener el fluir de la narrativa y del comentario, a través del texto del mito evité hacer referencias al pie de la página. Los letrados y estudiosos de literatura medieval ya conocen las fuentes del material, y los demás sólo serían distraídos del propósito real del libro por causa del pretexto de una documentación erudita.

Algunos lectores podrían desear una lectura del mito íntegro antes de retornar a mi comentario, contenido en los capítulos siguientes a cada sección narrativa. Primordialmente adapté el mito a partir de la célebre compilación hecha por Bédier a comienzos de este siglo, traducida al inglés por Hillaire Bellocq y Paul Rosenfeld. Por necesidad condensé

el material, pero en muchos puntos donde la condensación hubiera privado a la historia de su energía y potencia, cité tanto el diálogo como la narrativa directamente de la brillante traducción de Belloc/Rosenfeld. (Tales citas aparecen en bastardilla.) Un ejemplo puntual es la última secuencia de la historia, donde la reina Isolda, al descender de su navío, arremete para encontrarse con Tristán: "Fue hasta el palacio, siguiendo el sendero, y su capa ondeaba salvaje al azar..." Así comienza uno de los más bellos pasajes que se haya volcado al inglés.

Tanto los eruditos como los legos deberían leer entera esta maravillosa traducción. Es una rara obra de arte, pues conserva la magnificente simplicidad y la poética imaginería del inglés arcaico, y a la vez elude las afectaciones recatadas y ornamentadas que trastornan muchos de tales esfuerzos.

Me aparté de la versión del mito de Monsieur Bédier en un sólo detalle significativo: tomé de Béroul, el primer poeta que contó la historia de Tristán, el período de tres años en que la poción amorosa ejerce su poder mágico sobre los amantes. Siento que la versión de Béroul está más próxima al suelo arquetípico, por así llamarlo, del que inicialmente brotó el mito.

≈

OBSERVACIÓN PARA LAS MUJERES

EN LA HISTORIA DE TRISTÁN E ISOLDA, LAS MUJERES ENCONTRARÁN una vívida estampa simbólica de las inmensas fuerzas que operan en todos nosotros, tanto hombres como mujeres, cuando somos atrapados por la experiencia del amor romántico.

El mito no sólo registra la dinámica del amor romántico en la psique masculina, sino que también refleja el destino de lo femenino en nuestra cultura; muestra que valores femeninos como el sentimiento, la afinidad y la Conciencia del alma fueron virtualmente extirpados de nuestra cultura por nuestra mentalidad patriarcal. Para las mujeres, uno de los insights más importantes del mito es el grado en que muchos hombres buscan inconscientemente su lado femenino perdido, los valores femeninos de la vida, para vivenciarlos a través de la mujer.

Pero no son apenas los hombres quienes aceptaron la versión patriarcal de la realidad. A la mujer también se le enseñó la idealización de los valores masculinos a expensas del lado femenino de la vida. Muchas mujeres han atravesado sus vidas con un constante sentimiento de inferioridad porque sintieron que ser

femeninas era "entrar en segundo lugar". A las mujeres se lás entrenó para considerar que sólo tienen valor real las actividades masculinas, el raciocinio, el poder y las hazañas. Así, la mujer occidental se encuentra ante el mismo dilema psicológico del hombre occidental: desarrolla un dominio unilateral y competitivo de las cualidades masculinas a expensas de su faceta femenina.

Aunque esta mítica evocación del amor romántico es narrada desde el punto de vista de un hombre y es vista a través de ojos masculinos, las mujeres encontrarán en ella mucho de su propia experiencia. Pero la mujer debería toman en cuenta que el mito no siempre refleja necesariamente una psicología femenina o un modo especial de la mujer de experimentar el amor romántico. Hay "mitos femeninos", como el de "Eros y Psique" (pueden verlo en mi libro ***She***), que presentan un cuadro más exacto de la estructura íntima de la mujer.

La configuración psicológica de los hombres y las mujeres es diferente. Si tratáramos de explicar la psicología de la mujer mediante un "mito masculino", eso nos daría una visión distorsionada de su estructura. Esto resulta especialmente cierto en el amor romántico, pues el lado sentimental de la mujer se desarrolla de modo distinto, y su experiencia del vínculo posee matices sutiles que los hombres no experimentan de la misma manera.

La mayoría de las mujeres gasta una inmensa parte de sus energías en el esfuerzo de componer una relación amorosa con un hombre y de manejar los sentires, ideas y reacciones aparentemente incomprensibles de él. Al realizar su propio viaje con Tristán e Isolda, ella comprenderá mejor al "Tristán" de su vida y sabrá extraer lo mejor que el varón posee. Pero también, y con importancia análoga, ella obtendrá una imagen más clara de su propio self desconocido.

INTRODUCCIÓN

El amor romántico es el mayor sistema energético individual de la psique occidental. En nuestra cultura suplantó a la religión como el ruedo donde los hombres y las mujeres buscan significados, trascendencia, integridad y éxtasis.

Como fenómeno masivo, el amor romántico es peculiar de Occidente. Estamos tan acostumbrados a vivir con las creencias y las suposiciones del amor romántico, que lo consideramos como la única forma de "amor" sobre la que pueden basarse el matrimonio o los vínculos amorosos. Pensamos que es el único "amor verdadero". Pero hay mucho más que podemos aprender al respecto en el Oriente. En culturas orientales como las de India o Japón, verificamos que las parejas casadas se aman entre sí con gran calidez, a menudo con una estabilidad y una devoción que nos avergüenzan. Pero su amor no es un "amor romántico" como el que conocemos. Ellos no imponen a sus relaciones los mismos ideales, ni plantean tantas demandas y expectativas imposibles como lo hacemos nosotros.

El amor romántico no es apenas una forma de "amor", es

un paquete psicológico integrado –una combinación de creencias, ideales, actitudes y expectativas. Estas ideas a menudo contradictorias coexisten en nuestras mentes inconscientes y dominan nuestra nuestras reacciones y conducta, sin que lo advirtamos. Poseemos supuestos automáticos sobre qué es una relación con otra persona, qué deberíamos sentir, y qué deberíamos "obtener de ello".

Pero el amor romántico no significa apenas amar a alguien; significa "estar enamorado". Se trata de un fenómeno psicológico muy específico. Cuando estamos "enamorados" creemos haber encontrado el sentido esencial de la vida, revelado en otro ser humano. Sentimos que finalmente estamos completos, que encontramos las piezas que nos faltaban. Súbitamente, la vida parece entera, como si una intensidad sobrehumana nos elevase por encima del plano común de existencia. Para nosotros, esos son los signos seguros del "amor verdadero". El paquete psicológico incluye una exigencia inconsciente: que nuestro amante o esposa nos provea siempre ese sentimiento de éxtasis e intensidad.

Con una típica hipocresía occidental presumimos que nuestra noción de "amor", de amor romántico, debe ser la mejor. Presumimos que, por comparación, cualquier otro tipo de amor en las parejas debe ser frío e insignificante. Pero si los occidentales fuésemos honestos con nosotros mismos, admitiríamos que nuestra concepción del amor romántico no funciona bien.

Pese a nuestro éxtasis cuando estamos "enamorados", pasamos la mayor parte de nuestro tiempo con una profunda sensación de soledad, alienación y frustración ante nuestra incapacidad para establecer relaciones genuinamente afectuosas y comprometidas. A menudo acusamos a los demás

de habernos fallado; no se nos ocurre que tal vez somos nosotros quienes debemos modificar nuestras actitudes inconscientes –las expectativas y las exigencias que imponemos a nuestros vínculos y a otras personas.

Esta es la gran herida de la psique occidental. Se trata del problema psicológico fundamental de nuestra cultura en Occidente. Carl Jung dijo que si descubrimos la herida psíquica en un individuo o en un pueblo, también encontraremos su rumbo hacia la Conciencia [1]. Pues logramos conocernos a nosotros mismos cuando sanamos nuestras heridas psíquicas. El amor romántico, si encaramos auténticamente la faena de comprenderlo, se convierte en el sendero hacia la Conciencia. Si los occidentales se libraran de su servidumbre automática a sus presunciones y expectativas inconscientes, no sólo hallarían una nueva percepción de sus relaciones sino también un nuevo entendimiento de sí mismos.

El amor romántico existió en muchas culturas a través de la historia. Lo encontramos en la literatura de la Grecia antigua, del Imperio Romano, de la antigua Persia y del Japón feudal. Pero nuestra moderna sociedad occidental es la única cultura de la historia que experimentó el amor romántico como un fenómeno de masas. Somos la única sociedad que coloca al romance como la base de sus matrimonios y del ideal cultural del "amor verdadero".

El ideal del amor romántico irrumpió en la sociedad occidental durante la Edad Media. Apareció por primera vez en nuestra literatura con el mito de Tristán e Isolda, y luego en los poemas y canciones de amor de los trovadores. Se lo llamaba "amor cortés"; su modelo era el bravío caballero que adoraba a una hermosa dama como su inspiración, el símbo-

lo de toda la belleza y perfección, el ideal que lo motivaba para ser noble, espiritual, refinado y propenso a ideales elevados. En nuestra época, insertamos el amor cortés en nuestras relaciones sexuales y matrimonios, pero todavía sostenemos la creencia medieval sobre el amor verdadero como la adoración extática de un hombre o una mujer que configura, para nosotros, una imagen de perfección.

Carl Jung nos mostró que cuando un gran fenómeno psicológico aparece en la vida de un individuo, representa un tremendo potencial inconsciente que sube al nivel de la Conciencia. Lo mismo es cierto para una cultura. En cierto punto de la historia de un pueblo, una nueva posibilidad emerge del inconsciente colectivo; es una nueva idea, una nueva creencia, un nuevo valor, o un nuevo modo de encarar el universo. Representa un buen potencial si se lo puede integrar a la Conciencia, pero al comienzo resulta avasallador, y hasta destructivo.

El amor romántico es uno de esos fenómenos psicológicos verdaderamente arrolladores surgidos en la historia de Occidente. Anonadó nuestra psique colectiva y alteró permanentemente nuestra visión del mundo. Como sociedad, todavía no aprendimos a manejar el tremendo poder del amor romántico. Lo convertimos más seguido en tragedia y alienación, que en relaciones humanas perdurables. Pero creo que si los hombres y las mujeres llegan a comprender las dinámicas psicológicas del amor romántico y aprenden cómo manejarlas conscientemente, podrán hallar una nueva posibilidad de relacionarse, tanto consigo mismos como con los demás.

Nuestro vehículo para explorar el amor romántico es el mito de Tristán e Isolda. Se trata de una de las más conmo-

vedoras, bellas y trágicas de todas las grandes narraciones épicas. Fue la primera historia de la literatura occidental que abordó el amor romántico. Es la fuente de la que surgió toda nuestra literatura romántica, desde Romeo y Julieta hasta la historia de amor de la película que exhibe el cine del barrio. Mediante la aplicación de los principios de la psicología jungiana, interpretaremos los símbolos del mito, y aprenderemos lo que tiene para enseñarnos sobre los orígenes, la naturaleza y el significado del amor romántico.

El mito de Tristán e Isolda, como el de Parsifal, es un "mito masculino". Describe la vida del joven Tristán, que crece convirtiéndose en un héroe noble y altruísta hasta que se topa con la experiencia más abrumadora de su vida a través de se apasionamiento por la reina Isolda. Se trata de una tapicería simbólica, que retrata vívidamente el desarrollo de una Conciencia masculina individual a medida que lucha para conquistar su masculinidad, para volverse consciente de su lado femenino, y para asumir el amor y el vínculo. Muestra a un hombre desgarrado por las fuerzas y las lealtades conflictivas que estallan en la psique del varón cuando es consumido por los deleites, las pasiones y los sufrimientos del romance.

No obstante, en este mito hay mucho de gran valor e interés para las mujeres. Pues Tristán revela la dinámica universal del amor romántico común para los hombres y las mujeres. (Ver *Una Observación para las Mujeres*). Abordar este mito, experimentarlo como una rica evocación del viaje de la psique occidental, ayudará a la mujer no sólo a entender mejor al hombre de su vida, sino a ver con mayor claridad las fuerzas misteriosas que operan dentro de su propio ser.

Tanto para el hombre como para la mujer, el contemplar

honestamente el amor romántico constituye una travesía heroica. Nos fuerza a observar no sólo la belleza y el potencial del amor romántico, sino también las contradicciones y las ilusiones que cargamos a nivel inconsciente. Los viajes heroicos siempre conducen por callejones oscuros y confrontaciones difíciles. Pero si perseveramos, hallaremos una nueva posibilidad de conscientizarnos.

≈

[1] Conciencia equivale al *consciousness* que en inglés indica la capacidad de percibir una globalidad de significados, mientras que conciencia indica conscience o mera idoneidad para diferenciar entre el bien y el mal. (N. del T.)

• El mito de Parsifal constituye la trama del libro de Robert A. Johnson, ***HE, Para comprender la psicología masculina***, edición revisada y ampliada, Era Naciente, Buenos Aires, 1996.

ACERCA DE LOS MITOS

Mis Señores, si queréis escuchar un supremo relato de amor y muerte, aquí tenéis la de Tristán y la reina Isolda; de cómo para su máxima alegría pero también para su pena, se amaron uno al otro, y cómo al final murieron juntos de ese amor un día; ella por él, y él por ella.

ASÍ COMIENZA LA MARAVILLOSA HISTORIA DE Tristán e Isolda. Fue con estas palabras que los poetas y trovadores errantes de la Edad Media convocaban a damas y lores, a caballeros y plebeyos, para oír una maravillosa historia de aventura y amor. Se reunían en torno de la hoguera de leños en el gran salón del castillo o la finca, y revivían juntos el "supremo relato" sobre el caballero Tristán y su fatal amor por la reina Isolda.

Esta historia es uno de los grandes mitos de todos los tiempos; posee la dignidad y la fortaleza de Gilgamesh, Beowulf, o las leyendas islándicas. Dichos mitos poseen un misterioso poder de estremecernos, exaltarnos, proyectarnos fuera de la pequeñez de nuestras vidas egocéntricas, y

trasportamos a un reino de magia, proezas nobles y pasiones sobrenaturales. Pero un mito hace mucho más que eso: si aprendemos a escuchar, también nos proporciona una información psicológica específica y nos enseña las verdades profundas de la psique.

Hace algunos años una maestra de gramática preguntó a sus alumnos, "¿Qué es un mito?" Un muchachito, hijo de una pareja que conozco bien, levantó la mano y respondió, "Un mito es algo verdadero por dentro, pero no por afuera." La maestra no comprendió, pero a menudo los niños poseen mucha más sabiduría psicológica que los adultos. Un mito es verdadero: no en el sentido externo, físico, pero sí como expresión certera de una situación psicológica, de la condición interna de la psique.

Los mitos son como los sueños. Los sueños son mensajeros de la mente inconsciente. Mediante ellos el inconsciente comunica a la mente consciente sus contenidos y sus preocupaciones. Al aprender el lenguaje simbólico de los sueños, uno aprende a ver qué está sucediendo en el plano inconsciente y hasta descubre qué debe hacer al respecto. Jung demostró también que los mitos son expresiones simbólicas del inconsciente. Pero, si bien un sueño expresa la dinámica dentro de un individuo, un mito manifiesta la dinámica dentro de la mente colectiva de una sociedad, una cultura o una raza.

Un mito es el "sueño" colectivo de un pueblo entero en cierto punto de su historia. Es como si toda la población soñara junta, y ese "sueño", el mito, irrumpe a través de su poesía, sus canciones y sus narraciones. Pero un mito no vive apenas en la literatura y la imaginación, inmediatamente encuentra un rumbo hacia la conducta y las actitudes de la

cultura: hacia la vida cotidiana práctica de la gente.

El mito de Tristán e Isolda es una expresión profunda de la psique occidental. Nos dice muchísimo sobre lo que "nos hace vibrar". Es una vívida visión panorámica de las fuerzas psicológicas que vienen actuando en el inconsciente de los occidentales durante los últimos mil años de nuestra historia. Sobre todo, este mito nos proporciona un cuadro dolorosamente real del amor romántico: por qué surgió en nuestra cultura, en qué consiste, y por qué no está funcionando demasiado bien.

Nuestro mito nos muestra que el amor romántico es un ingrediente necesario en la evolución de la psique occidental. Alcanzaremos la integridad y daremos el paso siguiente en la evolución de la Conciencia sólo cuando aprendamos a vivir conscientemente con el amor romántico, o sea, con las vastas fuerzas psicológicas que representa. En la evolución de la Conciencia, nuestro mayor problema es siempre nuestra oportunidad más abundante.

El Zen enseña que el crecimiento interno siempre involucra la experiencia de "un tizón ardiente atascado en la garganta". En nuestro desarrollo siempre llegamos a un problema, un obstáculo que va tan a lo hondo que "no podemos engullirlo ni toserlo hacia afuera". Esta calza exactamente en nuestra experiencia occidental del amor romántico: no podemos vivir con él, no podemos vivir sin él. ¡Es imposible tragarlo y es imposible lanzarlo afuera! Este "carbón encendido" en nuestras gargantas nos advierte que un tremendo potencial evolutivo está tratando de manifestarse.

Después de vivir muchos años en el rico mundo de la psique y de aprender sus leyes, Carl Jung vio un vasto potencial evolutivo actuando en el universo psíquico. Vio que la

psique humana puja siempre hacia la integridad, se esfuerza para completarse y volverse más consciente. La mente inconsciente trata de desplazar sus contenidos hacia el plano de la Conciencia, donde pueda ser actualizada y asimilada para configurar una personalidad consciente completa. La psique de cada persona posee una urgencia evolutiva inherente a la integración de los contenidos del inconsciente, para juntar todas partes dispersas del individuo total en un self completo, pleno y consciente.

Jung nos enseña que el inconsciente es la fuente: la materia primordial desde la que evolucionaron nuestras mentes conscientes y la personalidad de nuestro ego. Todos los valores, ideas, sentimientos, idoneidades y actitudes que desarrollamos como partes funcionales de nuestra personalidad consciente se originaron a partir de la cruda materia prima del inconsciente.

Para conseguir una imagen clara de esto, debemos visualizar una isla de coral que emerge gradualmente del mar. El océano crea lentamente lentamente la isla a partir de su propio material y finalmente la impulsa sobre el agua hacia la luz solar. Siglos después, se desarrollan el suelo fértil y la vida vegetal, aparecen los animales y las personas, y la pequeña isla se convierte en un pequeño centro de vida humana y de Conciencia. Como el vasto océano, el inconsciente colectivo origina una isla diminuta; es la psique consciente, el ego, el "Yo" –esa parte de uno que asume la Conciencia de sí misma.

Este pequeño ego-mente, rodeado por la vastedad del inconsciente, tiene que cumplir una elevada y noble tarea, un destino especial. En esta evolución, su papel consiste en integrar más y más el inconsciente hasta que la mente consciente refleje genuinamente la totalidad del self.

Toda la humanidad está atrapada por este inmenso potencial evolutivo. Cuando el inconsciente colectivo comienza una nueva etapa de este proceso, no tolera obstáculo alguno. A fin de impulsar un nuevo ideal o posibilidad hacia la psique colectiva de un pueblo, pondrá la sociedad de cabeza para abajo, iniciará cruzadas, fundará nuevas religiones, o reducirá imperios a cascotes.

Esta visión de la evolución psíquica es crucial para nosotros, tanto a fin de comprender nuestro mito como para ver al amor amor romántico en una auténtica perspectiva. La irrupción del amor romántico en Occidente abrió un crucial capítulo de este drama cósmico de evolución. El amor romántico es la máscara detrás de la cual se esconde un conjunto poderoso de nuevas posibilidades, a la espera de ser integradas a la Conciencia. Pero lo que comienza como una enorme oleada de energía psíquica debe ser perfeccionado a nivel individual. El papel del individuo consiste siempre en completar la tarea, en llevar el proceso divino a la fecundidad plena dentro del microcosmos de la propia alma. Como individuos, nos corresponde tomar esta energía inconsciente y en bruto del amor romántico, esta confusa infinidad de impulsos y posibilidades, y trasformarla en percepción y en conectividad.

Todo gran mito es el registro simbólico de tal etapa de crecimiento en la vida de un pueblo. Ello explica por qué estas poderosas historias nos capturan tan completamente y calan tan hondo en nuestros sentimientos. Tristán e Isolda es la estampa simbólica de nuestra psique occidental en una encrucijada crítica de nuestro desarrollo psicológico. Nos muestra el conflicto y las ilusiones, pero también las potenciali-

dades inherentes en la situación.

Ahora vamos a examinar esta "suprema historia de amor y muerte." Paso a paso en nuestro relato haremos una pausa para aprender a descifrar el lenguaje simbólico de la estampa y para aprender a recibir la sabiduría que este mito nos brinda.

≈

PARTE I

NARRATIVA

CÓMO NACIÓ Y CRECIÓ TRISTÁN HASTA VOLVERSE UN GRAN CABALLERO

HACE MUCHO TIEMPO, EN LOS DÍAS DEL REY ARTURO, MARK era el rey de Cornwall. Por cierto Mark era un monarca justo y bueno, y todos sus vasallos lo amaban por su justicia y bondad. Era una época malévola, ya que crueles enemigos cercaban a Mark e invadían sus tierras. Pero el buen rey Rivalen de Lyonesse, trajo su ejército desde Francia, y con su ayuda el rey Mark logró una inmensa victoria. Quedó tan agradecido con el rey Rivalen, que le dio en casamiento a su única hermana, Blanchefleur, como prenda de amistad y

alianza eternas. Blanchefleur era como su nombre, que significa "flor blanca": delicada, inmaculada, y pálida. La boda real se realizó en el castillo Tintagel, y allí se concebiría un bebé. Escucharán más sobre este niño funesto, pues se trata de Tristán.

No mucho después llegaron feas noticias: las ciudades del rey Rivalen en Lyonesse estaban sitiadas por un déspota traicionero, el duque Morgan. Rivalen se embarcó de regreso, con su nueva reina Blanchefleur y con su ejército. Volvió a sus tierras para combatir. Pero tras unos meses de batalla, el pobre rey Rivalen fue sorprendido por una pérfida emboscada y resultó cruelmente asesinado por Morgan.

Cuando Blanchefleur lo supo, empalideció y cayó desvanecida. Su vida se le fugó, ya no tenía más deseos de vivir y sólo anhelaba unirse con su esposo en el otro mundo. No obstante, estaba grávida. Padeció su pesar durante tres días y anheló la muerte. Al cuarto parió un niño y dijo:

"Hijito, anhelé mucho el instante de verte... lo más bello que una mujer haya traído al mundo. La tristeza me guió, con tristeza te dí a luz, bajo la tristeza pasas tu primer día festivo. Y como viniste a esta vida cercado por la pena, serás llamado Tristán; es decir, el hijo de la tristeza."

Así bautizó ella al niño, le dio un beso, y de inmediato murió.

Lord Rohalt, fiel mariscal del rey Rivalen vio que la guerra estaba perdida y ordenó que los castillos se rindieran al duque Morgan: todas las tierras de Lyonesse quedaron bajo su tiranía. Pero Rohalt ocultó al bebé Tristán entre sus propios hijos, para impedir que el perverso duque Morgan asesinara a la criatura.

Tristán creció bello y fuerte entre los hijos de Rohalt, pero no sabía quien era y creía que Rohalt era su padre. A medida que crecía, su fiel escudero le enseñó todas las artes de la caballería:

Lanza y espada,
Escudo y arco,
Lanzar tejos de piedra,
Saltar anchos fosos,
Odiar toda falsía y delito,
Honrar la palabra,
Cantar y tocar el arpa,
Practicar el oficio de cazador.

≈

Tristán cabalgaba como si él y su caballo fuesen uno. Era leal y valiente, y pese a ser apenas un muchacho, ya esgrimía su espada como un consumado caballero. Todos los hombres elogiaban a Rohalt por su noble hijo; pero Rohalt miraba a Tristán y sabía que era su rey.

Un día, piratas noruegos que simularon ser mercaderes, atrajeron a Tristán a bordo de su barco. Aunque el joven se resistió como un cachorro de león, los piratas lo capturaron y maniataron; pues podían vender a un joven tan agraciado como esclavo en alguna tierra distante. Pero el mar no sustentó al buque ladrón. Sopló una terrible tormenta y grandes olas barrían las cubiertas. Cuando los bandidos supieron que las deidades del océano estaban enojadas por su delito, pusieron a Tristán sobre un bote y lo liberaron. De inmediato, el oleaje se calmó. Tristán vio tierra al frente, y agradecido remó hacia la playa. Eran las hermosas y frondosas playas de Cornwall, donde su tío, el rey Mark, todavía reinaba.

Casualmente, los cazadores reales andaban por la costa y Tristán los impresionó tanto con sus habilidades que lo condujeron a la corte, para presentarlo al rey. Cuando Mark observó a Tristán, se perturbó y sintió una gran ternura, sin descifrar la causa. Tristán veía el rostro de su amada hermana, Blanchefleur, y era como si la sangre de ella lo convocara.

Después de la cena, Tristán tomó un arpa y entonó antiguas canciones. Todos los corazones se exaltaron y los ojos se llenaron con lágrimas. Y el rey Mark dijo:

"Hijo, bendito sea el maestro que te enseñó, y que Dios te bendiga, pues Dios ama a los buenos cantores... Para nuestra alegría llegaste a este techo, ¡quédate con nosotros largo tiempo, amigo!"

Y Tristán respondió: *"Aquí me quedaré, mi señor, y os serviré fielmente como vuestro súbdito." Durante tres años Tristán vivió en el castillo de Tintagel, el rey fue como un padre para él, y un inmenso afecto floreció entre ambos.*

Pasaron tres años, y el fiel mariscal Rohalt visitó Cornwall, pues había buscado a Tristán en muchas tierras. Así Tristán descubrió quién era: sobrino del rey Mark, hijo del rey Rivalen, heredero del trono de Lyonesse. Entonces, con una compañía de buenos caballeros, Tristán atravesó las aguas hasta Lyonesse, rebeló a los campesinos, y el pueblo se alzó valientemente contra el tirano Morgan. Tristán enfrentó al traidor en el campo de batalla y lo mató con su espada, cobrándose así la traición de Morgan en el pasado.

Pero Tristán sentó a Rohalt en el trono de Lyonesse y le dijo a sus barones:

"Aquí soy rey, y amo esta tierra, pero mi corazón está con

mi tío, el buen rey Mark. Ahora el tirano murió, y os confío a mi fiel Rohalt, para que os gobierne en mi lugar. Pues debo ir adonde está Mark, y servirlo como a mi señor."

Ante estas palabras los barones se quejaron y condolieron, pues querían la permanencia de Tristán en Lyonesse, para que los gobernase. Pero respondieron: "Es justo, mi señor."

En aquellos días Irlanda era un reino poderoso, y el rey irlandés le cobraba a Cornwall enormes tributos. El pueblo apretaba los dientes con ira y pena, pues cada cuarto año debía enviar trescientos jóvenes y trescientas doncellas, elegidos entre sus hijos e hijas, para servir como esclavos y morir en Irlanda. Pero durante quince años el rey Mark se había negado a pagar el tributo, y el rey irlandés estaba furioso. La reina de Irlanda era una hechicera poderosa, y su hermano era un gigante llamado Morholt. Tan alto y tan fuerte que ni siquiera cinco caballeros unidos lograban vencerlo.

Un aciago día, Morholt desembarcó en Cornwall con muchos caballeros y reclamó el tributo de jóvenes y doncellas.

"Pero", dijo él, "si algún caballero de Cornwall lucha conmigo, ese será un juicio por combate para ver si el rey de Irlanda recibe tributos sin causa. ¡Si mi rey irlandés está en lo justo, Dios me dará la victoria!"

Morholt se irguió ante los barones de la corte real y ofreció el juicio por combate. Pero todos se mantuvieron callados y temerosos. De nuevo, al día siguiente se presentó ante la corte y ofreció la lucha. Pero fue como si un halcón hubiese entrado a una jaula de gorriones: los barones de Cornwall temblaron y ocultaron sus cabezas bajo las alas. Pero al tercer día, un jovencito dio un paso al frente, se arrodilló ante el rey, y dijo: "Mi señor, permitidme luchar". Ese mu-

chachito era Tristán.

Tristán lucharía con Morholt en un islote al frente de la costa. En el día del combate, los barones lloraron de pena y verguenza, pues no poseían el coraje de Tristán. El pueblo acompañó a Tristán hasta la playa, con llantos y rezos. Todavía conservaban la esperanza, pues en el corazón humano la esperanza perdura sobre pastos magros.

En el lugar de la lucha, Tristán saltó desde su barca, se dio vuelta y lo empujó a la deriva. Morholt se sorprendió, pero Tristán dijo: "Sólo uno de nosotros saldrá vivo de aquí; una barca será suficiente".

La gente reunida en la playa escuchó tres veces un fuerte grito proveniente del islote. Los caballeros de Morholt reían, seguros de su victoria. Mientras, las mujeres de Cornwall lloraban y practicaban los rituales fúnebres, puestas en fila, batiendo sus palmas al unísono y emitiendo un agudo gemido plañidero.

Al mediodía, vieron que la barca de Morholt regresaba desde el islote, y el viento henchía su vela de color púrpura real. El pueblo había perdido por completo la esperanza y lloraba desesperado. Pero cuando la barca se aproximó, de pronto vieron a Tristán parado sobre la proa: blandía dos espadas y el sol brillaba sobre su armadura. Los jóvenes lo vitorearon y se arrojaron al agua con alegría, para nadar hasta él. Luego, cuando ellos amarraron la barca, Tristán les dijo a los caballeros de Morholt:

"Mis señores de Irlanda, Morholt luchó con bravura. Vean, mi espada se hendió y una astilla quedó clavada en su cabeza. Tomad aquel acero, mis señores; es el tributo de Cornwall."

Si bien sus heridas sangraban, Tristán caminó por el poblado de Tintagel, rumbo al castillo. La muchedumbre agitaba ramas verdes y dispersaba flores en su sendero. Entonaban alabanzas a Dios, colgaban preciosos tapices desde sus ventanas, y a lo largo del camino las campanas repicaron y las trompetas sonaron con alegría. Frente al castillo, Tristán cayó en los brazos del rey Mark y se desmayó a causa de sus heridas.

Sus lesiones empeoraron más y más, pues Morholt lo había agujereado con una púa envenenada. Empalideció y su cuerpo se consumió. Ni los médicos ni los magos hallaban el modo de curarlo. Pues para esa ponzoña solamente la hechicera reina de Irlanda y su hija, Isolda la Hermosa, conocían los hechizos secretos de sanación. Pero ambas magas se encontraban en Irlanda. Velaban día y noche el cuerpo de Morholt, maldecían día y noche el nombre de Tristán de Lyonesse, y día y noche proclamaban su sed de venganza.

Ahora Tristán sabía que no había remedios para él en Cornwall. Pero su corazón lo impulsaba a ir hacia el mar, para buscar allí una cura o la muerte.

"Quisiera probar el mar que ofrece todas las posibilidades... Que me lleve lejos, no importa a qué tierras, y que sane mi herida. Y si por acaso algún día vuelvo a serviros, mi buen tío, seré vuestro arpista, vuestro cazador, y vuestro vasallo."

Lo colocaron cuidadosamente en una barca pequeña, sin velas ni remos. Dejó su espada en la orilla, pues ya no podía ayudarlo. Pero llevó en la barca su arpa, para reconfortarse durante la travesía. Entonces, entre lágrimas, lo empujaron hacia el mar y lo encomendaron a Dios. Y el mar se lo llevó...

Durante siete días y siete noches Tristán flotó sobre las aguas, hasta que llegó cerca de una playa. En la oscuridad nocturna, los pescadores escucharon melodías suaves como la plata, que flotaban sobre el agua. Al amanecer lo encontraron, desfallecido en su barca, con la mano posada sobre su arpa silenciosa. Los pescadores lo llevaron hasta la orilla y le avisaron de inmediato a su señora, pues ella poseía el don de la sanación.

Su señora era Isolda la Hermosa, su madre era la hechicera reina de Irlanda, y ese puerto era Whitehaven, donde Morholt yacía en su tumba. Así que acarrearon al extranjero herido hasta la princesa Isolda. De todas las mujeres del mundo, solamente ella podía sanarlo, pero también era la que más deseaba verlo muerto.

≈

1
BLANCHEFLEUR

POR EL MOMENTO DEJAREMOS A TRISTÁN EN IRLANDA Y HAREmos una pausa. Es el momento de comenzar a observar el lenguaje simbólico de nuestro mito, y de pasar a comprender las verdades que tiene para enseñarnos.

Al comienzo, encontramos a un héroe nacido en la tristeza, que pierde a su madre en el primer día de su vida terrestre. ¿Pero quién es este niño? ¿Qué significa para nosotros la muerte de Blanchefleur?

La pérdida de la madre de Tristán no es sólo su experiencia. Pues Tristán es el prototipo del hombre occidental moderno, el primogénito de nuestra estirpe moderna. La mente de Tristán es la nuestra, su mundo es el nuestro, sus problemas nos pertenecen, y su pérdida es nuestra pérdida.

Psicológicamente, nuestra era moderna comenzó en el siglo XII, tiempos en los que Tristán nació y este mito empezó a existir. Ese siglo fue un gran divisor de aguas en nuestra historia. Las semillas de nuestra mente moderna fueron plantadas en aquellos tiempos: lo que hoy somos "nuestras

actitudes, valores, conflictos e ideales" creció a partir de tales semillas. La psique colectiva es un gigantesco árbol expansivo que crece lentamente, siglo tras siglo. Para esta enorme mente evolutiva y colectiva, mil años es un lapso bastante breve.

Tristán es el nuevo niño, nacido en la Edad Media, que creció durante un milenio para convertirse en el hombre occidental moderno. Su madre y su padre, Blanchefleur y el rey Rivalen, simbolizan el viejo orden, la mente antigua de Europa. Ellos mueren, pero dan a luz a un niño, y ese niño es la mente moderna de Occidente. Es Tristán, el Hombre Nuevo.

La trágica muerte de Blanchefleur deja a Tristán en un mundo tristemente desvirtuado, desprovisto de casi todos los vestigios de femineidad. Y como Tristán, heredamos ese mundo. Pues Blanchefleur es el interior femenino. Ella personifica el alma femenina interna del hombre occidental, los valores femeninos que alguna vez existieron en nuestra cultura. Su muerte es el registro de aquel triste día de nuestra historia en que nuestra mentalidad patriarcal erradicó finalmente y por completo lo femenino de nuestra cultura y de nuestras vidas individuales.

Tristán es criado en las "artes de la baronía". ¿Cuáles son éstas? Combatir con la espada, la lanza y el arco. Montar un caballo de guerra y saltar anchas acequias. Cazar. Todo su mundo enfatiza el lado masculino de la vida: el poder de mando, el entrenamiento para la batalla, la defensa del territorio. Todo héroe precisa tales idoneidades, no les quepa duda! Pero ellas apenas representan la mitad de la naturaleza humana. El rey Mark no tiene reina; su hermana Blanchefleur, murió. Todo el lado femenino de la vida "amor,

vínculo sentimental, introspección, la experiencia vital intuitiva y lírica" desaparecieron por completo de Cornwall y de Lyonesse. El único remanente femenino que le queda a Tristán es su arpa, y como ya veremos, es este arpa el que lo salva.

Comprenderemos mejor nuestra historia si tenemos una idea clara de lo que entendemos por "lo femenino".

Jung verificó que la psique es *andrógina:* consiste tanto en componentes masculinos como femeninos. De este modo, todo hombre y toda mujer vienen equipados con una estructura psicológica que en su totalidad incluye la riqueza de ambos lados, de las dos naturalezas, de ambos conjuntos de idoneidades y de fortalezas. Espontáneamente, la psique se divide en opuestos complementarios y los representa como una constelación masculino-femenina. Esto caracteriza a alguna cualidades como "masculinas" y a otras como "femeninas". Como el yin y yang de la psicología antigua china, estos opuestos complementarios se equilibran y completan entre sí. Ningún valor o rasgo humano está completo por sí mismo: para lograr equilibrio e integridad debe unirse a su "par" masculino o femenino en una síntesis consciente.

La psique ve nuestra capacidad para el vínculo y el amor como una cualidad "femenina" emanada del lado femenino de la psique. En contraste, ve la habilidad para ejercer poder, controlar situaciones y defender territorios como potencialidades que hallamos en el departamento "masculino" de la psique. Debemos ser capaces de manejar tanto el poder como el amor, tanto de ejercer el control como de fluir espontáneamente con el destino: cada valor en su temporada.

En este sentido, cuando hablamos de "femenino", obviamente no nos referimos a algo "pertinente a las mujeres".

Hablamos sobre cualidades intrínsecas, psicológicas, que son comunes tanto a los hombres como a las mujeres. Cuando un hombre desarrolla los potenciales de su interior femenino, en verdad completa su virilidad. Se vuelve más plenamente varón así como se vuelve plenamente humano. El hombre más fuerte es el que puede mostrar genuinamente amor por sus hijos, así como luchar sus batallas en el mundo de los negocios durante la jornada laboral. Su fortaleza masculina es aumentada y equilibrada por su capacidad femenina para establecer nexos, para expresar sus afectos y sus sentimientos.

En cada uno de nosotros existe un potencial para ser enteros, para unificar en una síntesis nuestras partes conflictivas. Tenemos un nombre sencillo para esta totalidad del individuo: Jung la llamaba *self*.

El *self* es la suma de todas las fuerzas, energías y cualidades divergentes que te habitan y te hacen quien eres: un individuo único. El self es la unidad equilibrada, armoniosa y simétrica en el propio centro de cada ser, que cada cual siente en su interior. Pero muy raras veces experimentamos el self con nuestra mente consciente; raramente logramos ese sentido de unidad e integridad. Usualmente nos sentimos como una masa caótica de deseos, valores, ideales y posibilidades conflictivas, algunas conscientes y otras inconscientes, que nos tironean en muchas direcciones a la vez.

La tarea de la "iluminación" consiste en volver conscientes estas partes de nosotros divididas y conflictivas, para despertar a la unidad primordial que las reúne. Despertar a la unidad del self es la meta máxima de nuestra evolución psicológica, la Perla Invalorable, el objeto de nuestros anhelos más profundos. Esta posibilidad es manifestada por la

dual naturaleza masculino-femenina de la psique.

En el simbolismo mítico, el self es a menudo representado por un par masculino-femenino: un rey y una reina, un hermano y una hermana divinos, un dios y una diosa. Mediante este símbolo de de la pareja real, la psique nos dice que el self es uno, aunque lo experimentemos como opuestos complementarios. Nos muestra que debemos efectuar una "boda", una santa síntesis entre las dos grandes polaridades de nuestra humana naturaleza. Como los dragones del yin y yang, el rey y la reina interiores crean constantemente nuestro mundo a partir de las energías masculinas y femeninas del self en una eterna danza cósmica.

¡Pero el mundo de Tristán carece de reina! Existe un rey, que es Mark. Pero la reina murió: Blanchefleur se fue.

Son las cualidades femeninas lo que le aporta significado a la vida: conectividad con otros seres humanos, la capacidad de suavizar al poder con el amor, la captación de nuestros sentimientos y valores intrínsecos, el respeto por nuestro entorno terrestre, el deleite ante la belleza terrena, y la búsqueda introspectiva de la sabiduría interna. Cuando estas cualidades son coartadas, no encontramos mucho significado. Con nuestras espadas y lanzas construimos nuestros imperios, pero ellos no le dan significado o propósito a la existencia.

Pero la muerte de Blanchefleur no significa que hayamos perdido estas cualidades para siempre. La muerte, en un mito o en los sueños, significa que algo abandonó a la mente consciente; sin embargo reposa en el inconsciente, a la espera de su renacimiento en la Conciencia. Hoy vemos que la gente está tratando de traer a Blanchefleur desde el inconsciente. La gente trata de aprender a expresar sus sentimien-

tos, a demostrar afecto, a despertarse en el lado intuitivo de la vida. Parte de ello es desafinación, se vuelve una moda, es reducido a abrazos presuntuosos y a "espontaneidades" forzadas, pero por lo menos la gente trata de encontrar a Blanchefleur.

¿Por qué murió Blanchefleur? ¿Por qué los occidentales perdimos tanto nuestra capacidad de amar, sentir y vincularnos?

¡Vean a Blanchefleur! Está rodeada por la guerra, es casada con un aliado para contribuir a la guerra, empujada a otra guerra en Lyonesse que mata a su esposo y destruye su voluntad de vivir. Confinada en campamentos, solo entiende de soldados, batallas, alianzas y muerte. En nuestra cultura, al interno femenino le sucede lo mismo: siempre acompaña a las tropas, es arrastrado por el polvoriento tren del impulso masculino de poder, la guerra lo ahoga, y queda olvidado en un ensordecedor y eterno batir de aceros.

Cuando Blanchefleur murió, en aquel frío día de Lyonesse, el alma femenina de Occidente se fue lejos: a Irlanda, a cierta isla mítica a través de los mares. Fue a vivir en el inconsciente, para esperar tiempos mejores en los que pueda regresar a la vida humana.

≈

2
El Hijo de la Tristeza

"La tristeza me guió, con tristeza te dí a luz, bajo la tristeza pasas tu primer día festivo. Y como viniste a este mundo cercado por la pena, serás llamado Tristán; es decir, el hijo de la tristeza."

El mundo del rey Mark, del rey Rivalen y del duque Morgan es un símbolo vívido de nuestra mente patriarcal. Ninguno de nosotros capta plenamente hasta qué punto está dominado por los prejuicios patriarcales. Nadie de nosotros despertó lo suficiente para advertir cómo la procura del poder, de la producción, del prestigio y de la "realización" nos empobrece y erradica de nuestras vidas los valores femeninos.

Como Tristán, somos los hijos de la tristeza. Los occidentales somos hijos de la pobreza interior, si bien por fuera lo poseemos todo. Probablemente, ningún otro pueblo de la historia estuvo tan solitario, tan alienado, tan confundido en referencia a los valores, tan neurótico. Dominamos nuestro medio ambiente a fuerza de mazazos y de precisión electrónica. Amasamos riquezas en una escala que no tiene precedentes. Pero muy pocos de nosotros, muy pocos por cierto,

estamos en paz con nosotros mismos, seguros de nuestras relaciones, contentos con nuestros amores, o sintiéndonos cómodos en el mundo. La mayoría de nosotros clama por una vida con significado, por valores que podamos encarnar, por el amor y el relacionamiento.

Nuestra tristeza proviene de la pérdida de aquellos valores femeninos que denigramos y expulsamos de nuestra cultura. Blanchefleur no consiguió sobrevivir en una cultura que sólo valoriza las adquisiciones, el poder, la rivalidad y la corrida "para ser el número uno". El mismísimo comienzo de nuestro mito nos dice qué tipo de mundo estuvimos construyendo, el mundo en el que nace Tristán. Hay una guerra constante; los hombres sólo piensan en construir imperios, acumular territorio y riqueza, dominar el entorno a cualquier precio. Todavía lo llamamos progreso. Pero esta mentalidad desequilibrada mata a Blanchefleur y a Rivalen, y convierte a Tristán en un huérfano.

El matrimonio del rey Rivalen con Blanchefleur simboliza nuestra tentativa occidental de hacer una síntesis dentro de la mentalidad patriarcal. Pero no puede sobrevivir, porque se basa en nuestra presunción de que los valores femeninos siempre deben estar al servicio de las demandas masculinas de poder. Finalmente, el duque Morgan, resultado final de las actitudes patriarcales, destruye esa frágil síntesis: mata al rey y a la reina.

A Blanchefleur nunca se le concedió su justo lugar en aquella sociedad; los valores que ella representaba jamás fueron respetados por lo que constituían. Si bien Mark ama a su hermana, la canjea con Rivalen por ayuda para defender su territorio, para sellar su alianza. Ella es un artículo de propiedad, para ser utilizado cuando el ego masculino le ve utilidad

al servicio de su impulso de poder. Si estamos despiertos, vemos esto en nuestra propia sociedad. Cuando un hombre usa los sentimientos de una mujer para lograr poder sobre ella, cuando un hombre inicia una amistad para poder venderle algo a su amigo, cuando el publicista de la televisión te dice que "si realmente amas a tus hijos" vas a comprarle su producto, cada uno de ellos pone cínicamente el amor y la amistad al servicio del poder y del lucro. Como sociedad, seguimos rematando a Blanchefleur al mejor postor.

El duque Morgan representa el extremo máximo, la degradación final de la mentalidad patriarcal. Ataca cuando el rey Rivalen da la espalda. Permanece al acecho, y asesina. No construye nada positivo; apenas saquea. El duque Morgan simboliza la mitad masculina de la psique que perdió contacto con lo interno femenino; es un poder enloquecido por la falta de la fuerza equilibradora del amor, el sentimiento y los valores humanos. Solamente busca el poder; destruye todo lo que es humano y tierno; queda confinado en la brutalidad.

En nuestra época no debemos buscar muy lejos para encontrar al duque Morgan. Lo hallamos encabezando gobiernos, corporaciones, y hasta hogares. Si buscamos con honestidad, descubriremos rastros suyos en nuestros propios seres, pues él es universal. Cuando denigramos lo interno femenino y perdemos contacto con tales valores, nos asemejamos al duque Morgan. Pasamos nuestros días pensando solamente cómo progresar, cómo vencer, cómo lograr una mejor posición en el comercio o la sociedad, cómo conseguir que nuestras familias y amigos hagan exactamente lo que queremos que hagan. Olvidamos cómo ser leales hacia nuestros propios valores, a nuestro self interno, a las personas que amamos.

El espectro del duque Morgan nos despierta a una honda realidad psicológica: *Ningún aspecto de la psique humana puede vivir en estado saludable a menos que sea equilibrado por su opuesto complementario*. Si la mente masculina trata de vivir sin su "otra mitad", el alma femenina, entonces lo masculino se desequilibra, se enferma y, finalmente, desemboca en la monstruosidad. El poder sin amor se vuelve brutalidad. El sentimiento sin fortaleza masculina pasa a ser sentimentalismo desfigurado.

Cuando un lado de la naturaleza humana crece sin equilibrio con el otro, se vuelve una tiranía en el alma. Ese es el tirano duque Morgan. Conduce a su opuesto complementario, que es Blanchefleur, hacia el inconsciente. Pero el inconsciente no tolerará ese tipo de desequilibrio; ya hemos aprendido que la mayor fuerza del universo psíquico es la demanda de complementación, de integración, de equilibrio. Lo femenino regresará. A través de los mares, Isolda está esperando. Y cuando Isolda aparezca, el mundo patriarcal autosuficiente nunca más será el mismo.

Así que hay esperanza para el hijo de la tristeza. Tristán es también el hijo de la esperanza. Como símbolo, el niño siempre representa una nueva posibilidad, una nueva Conciencia que nace en la psique humana. Tristán heredó un mundo triste, pero también heredó fortaleza interna, el potencial para crear un nuevo mundo y una nueva comprensión. Tristán es un héroe. Avanzará y derrotará al duque Morgan. Recuperará sus derechos reales de nacimiento. Y encontrará a Isolda, la reencarnación de Blanchefleur. Somos Tristán; Tristán es todo el mundo. Tenemos su tristeza, tenemos sus desafíos, y tenemos su esperanza.

≈

3
ISLAS DE CONCIENCIA, MARES DE DIOS

Navega, surca las aguas más profundas,
Oh alma temeraria, exploremos, yo contigo y tú conmigo,
Ahora que vamos hacia regiones que ningún marino ha osado surcar todavía,
Ahora que arriesgamos la nave, y nosotros, y todo.

¡Oh valiente alma mía!
¡Oh más lejos, más lejos todavía!
¡Oh dicha atrevida, pero confiable,
¿Acaso no son de Dios todos los mares?
¡Oh navega más allá, más allá, siempre más allá!

–Walt Whitman, *Camino a la India*

PARA TODA LA HUMANIDAD Y A TRAVÉS DE TODAS LAS EDADES, el mar ha sido el gran símbolo del inconsciente. Las islas a la distancia, los reinos exóticos y las tierras remotas siempre

representaron lo Desconocido Inmenso. Nuestro anhelar esos lugares de misterio, magia, alfombras voladoras y genios mitológicos, tiene un hondo significado interno. Es nuestra nostalgia por las profundidades misteriosas e inexploradas de nuestras propia psique, de las potencialidades ocultas en nuestras almas: por aquello que jamás conocimos, vivimos ni osamos asumir.

En la época de Tristán, el mundo era pequeño. La tierra exótica y desconocida situada al otro lado del mar era Irlanda. Era en Irlanda que se encontraban la reina hechicera, la princesa legendaria, los dragones y los gigantes. En los días de Whitman, el reino místico y no explorado estaba simbolizado por la India, y el canal a la India era esa travesía heroica al inconsciente que "ningún marino ha osado surcar todavía". En nuestro siglo disponemos todavía de otro mito, de otro símbolo. Las naves espaciales traen seres extraterrestres de galaxias y planetas remotos, civilizaciones más avanzadas y poderosas que la nuestra, de las que aprenderemos cosas nuevas y maravillosas.

Cada uno de esos mapas míticos describe la psique humana. El ego vive en su diminuta isla de Cornwall, esa pequeña parte conocida del vasto universo psíquico. Pero a través del mar o del inconsciente, a través de las vastas profundidades del espacio interestelar, se encuentran otras "islas de Conciencia", con sus propios valores, sus propias potencialidades, sus propios puntos de vista. El ego tiene necesidad de realizar una síntesis con tales centros de Conciencia.

Cornwall es la isla del ego, dominada por la actitud masculina patriarcal. Irlanda es la isla del femenino matriarcal inconsciente, dominada por la Reina hechicera. Ninguna de las dos puede vivir sin su opuesto complementario. Cornwall debe acudir a Irlanda, o Irlanda irá hacia Cornwall.

El inconsciente impulsa incesantemente a Tristán hacia Irlanda, pues Tristán es el héroe que debe unificar a las islas. Debe navegar esos mares de Dios rumbo adonde "ningún marino ha osado" ir todavía.

Hasta los piratas están al servicio de esta evolución. Cuando llega el momento de que el ego emprenda esta travesía hacia la integridad, suceden cosas extrañas y paradójicas; el destino elige extraños emisarios. Ser secuestrado por piratas parecía ser un desastre horrible. Pero cuando crecemos en sabiduría aprendemos que los desastres de la vida son a menudo el genio del inconsciente, y fuerza a nuestros egos a una nueva experiencia del self. De este modo el Destino, disfrazado como un roñoso pirata que hiede a ron y sangre, arrastra a Tristán hacia las aguas y lo fuerza a llegar al puerto siguiente de su evolución.

Por supuesto, hay una lucha entre Cornwall e Irlanda. El intento inicial de síntesis siempre se inicia con un conflicto. De modo que la primera vez que se menciona Irlanda también se dice tributo, y uno tremendo: ¡trescientos jóvenes y trescientas doncellas! Ahora bien, ¿qué significa esto?

Si un hombre o una mujer se aferra a la actitud patriarcal dominante y rehusa hacer las paces con lo interno femenino, éste exigirá un tributo. Cuando nos negamos a integrar una potencialidad del inconsciente nueva y poderosa, éste exigirá un tributo, de un modo u otro. El "tributo" puede tomar la forma de una neurosis, de una modalidad compulsiva, hipocondría, obsesiones, enfermedades imaginarias o una depresión paralizante. En sus escritos, Carl Jung nos ofrece un vívido ejemplo. Su paciente era un intelectual brillante, un científico. El hombre trataba de existir sin sentimientos, sin vínculos

emocionales, sin una vida religiosa. Súbitamente desarrolló la creencia obsesiva de tener un cáncer de estómago. Físicamente, el cáncer no existía, sin embargo sufría endemoniadamente todos los terrores. Su obsesión lo paralizó y frenó su vida profesional. Su mente ordenada y racional no conseguía resolver el problema. Sólo encontró alivio para su obsesión cuando consintió reintegrar el lado femenino de su psique, los valores humanos y espirituales que había descartado muchos años antes. ¡Eso es Morholt! Se trata de Morholt exigiendo un tributo a punta de espada.

Si sólo aprendiésemos a honrar el lado femenino. ¡Si por lo menos supiésemos cómo ir a Irlanda y hacer las paces! En cambio, tratamos de vivir el lado femenino de maneras inconscientes: comemos y bebemos demasiado, somos dominados por nuestros estados de ánimo, tenemos dolores de cabeza. Si aprendiéramos a vivir lo Femenino de un modo más consciente, las ventas de aspirina decaerían drásticamente. Precisamos aprender a caminar bajo el sol y ver los colores de la tierra, respetar nuestro cuerpo físico, apreciar la música de la vida, escuchar nuestros sueños, demostrarle afecto a las personas que amamos. Entonces podemos hacer las paces; dejaremos de encontrar a Morholt ante nuestras puertas, ya no sentiremos la punta de la espada en nuestras gargantas.

Esto no lo conseguiremos sentados y arraigados en nuestras actitudes patriarcales, seguros en Cornwall. Tenemos que internarnos en regiones nuestras que raramente visitamos, que apenas conocemos. Debemos navegar y surcar las aguas más profundas, arriesgándolo todo, aunque extrañamente seguros por estos mares de Dios.

≈

4
LA ESPADA Y EL ARPA

TRISTÁN ES SIMULTÁNEAMENTE EL EGO DEL HOMBRE OCCIDENTAL, el "Yo" que experimenta esta historia, y la figura del héroe. Esto tiene profundo significado para nosotros. Para el occidental, el ego precisa ser heroico. Sólo el espíritu heroico nos eleva por encima del mezquino egocentrismo, y nos sitúa al servicio de un ideal más elevado que nos equipa para nuestra tarea evolutiva.

La faena del héroe es específica: emprender el viaje interior, enfrentar allí a los dragones y los gigantes, encontrar el tesoro oculto. En nuestra época, el papel externo del héroe es cada vez menos relevante. Los castillos conquistables y los dragones exterminables escasean más y más. Pero la labor más heroica de todas puede ser asumida por cualquier persona, sin importar sus circunstancias externas. Cualquiera puede emprender la búsqueda interior y y ocuparse de la tarea de volverse íntegro.

Para ser un héroe hacen falta dos cosas: una espada y un arpa. Toda nuestra historia hasta aquí fue una interacción

entre el poder de la espada y el poder del arpa. Tristán precisaba su espada para luchar, primero contra el perverso duque Morgan, luego con el brutal Morholt. La espada simboliza el afilado y agresivo gobierno del poder masculino. Con la espada, el héroe aborda agresivamente el mundo, toma control de la situación, asume una posición de fortaleza, y derrota al adversario. A nivel de la mente, la espada es el intelecto discernidor que divide y analiza. Figurativamente, "fracciona" los problemas y las ideas para entenderlos; se trata de la facultad lógica y crítica de la mente.

Cada uno de nosotros precisa el poder de la espada. Hay tiempos en los que necesitamos ser lógicos y analíticos. A veces debemos ser afirmativos y firmes. Pero hay oportunidades en que ni la lógica ni la fuerza resultan ventajosas; entonces necesitamos recurrir al arpa.

Después del combate con Morholt, cuando Tristán queda herido y la espada ya no le sirve, la aparta y toma su arpa. Es este arpa lo que lo acompaña sobre las aguas. El arpa es el lado sentimental, lírico, que corresponde al interior femenino. Con el poder de su arpa demuestra sentimiento, expresa amor, establece vínculos. Fue con el poderío de su arpa que Tristán despertó el afecto entre él y su tío. Cuando escuchó el arpa, el rey Mark clamó: "¡Para nuestra alegría llegaste a este techo, quédate con nosotros largo tiempo, amigo!"

El arpa representa el poder de desarrollar un sentido de valores, de afirmar lo que es bueno y verdadero, de apreciar lo hermoso; el arpa habilita al héroe para colocar la espada al servicio de un ideal noble. Nuestra historia nos cuenta que es el arpa lo que nos permite viajar por los mares del inconsciente.

Para ser íntegro, el héroe requiere ambas cosas. Sin la espada, el arpa se vuelve ineficaz. Pero sin el arpa, la espada se reduce a la fuerza bruta egoísta. La gente confunde estos dos poderes más en los vínculos que en cualquier otra área de la vida humana. A menudo oímos que un hombre y una mujer tratan de "saldar cuentas" discutiendo, criticándose entre sí, hablando lógico, triturando los argumentos del otro, trabándose en nimiedades. ¡Entonces se preguntan por qué todo el sentimiento espontáneo de amor y calidez se esfumó de su matrimonio o de su tiempo juntos! Tal tipo de negociaciones es siempre actividad "con la espada"; esa gente no conversa, lanza estocadas.

La espada no puede construir vínculos; nada puede resolver, nada logra unificar. Sólo puede desgarrar. Si quieres sanar tu relación, construir vínculos, entonces debes aprender a usar el lenguaje del arpa. Debes afirmar a la otra persona, expresarle tu amor, tu sentimiento y tu devoción. Esta es una ley absoluta: El arpa sana y unifica; la espada hiere y escinde.

El triunfo de Tristán sobre Morholt es una lección profunda sobre el uso correcto de la espada. Es preciso que prestemos atención. Morholt representa a una fuerza terrible –el poder crudo, primitivo– que el inconsciente femenino desata contra el ego masculino que trata de bloquearlo. Una vez que Morholt entra en escena, se acaba el enamoramiento; comienza una guerra mortal. El inconsciente femenino no sólo reclama un lugar en la vida del hombre; exige el control absoluto. Exige que Tristán pague el tributo y se sujete a su hechizo.

Esto sería un giro extremo desde la actitud patriarcal unilateral hacia una actitud femenina igualmente desequilibra-

da. No sería un casamiento, no habría síntesis: Sería una esclavización en el opuesto extremo mediante el dominio de lo femenino. Si un hombre se rinde y le paga ese tributo, o si su ego es destruído en la batalla con Morholt, entonces pierde su masculinidad y se convierte en un esclavo de su lado femenino.

Vemos esto en algunos hombres en cierta etapa de sus vidas. Un hombre que siempre fue rudo, un emprendedor agresivo, será súbitamente atacado por su reprimido lado femenino. Ello puede tomar la forma de una enfermedad, una depresión, la pérdida de interés en la vida. De repente se vuelve mañoso, hiper emocional, indeciso. Su esposa debe tomar las decisiones por él, que se retrae hacia el mal talante y la hipocondría.

En este punto de nuestra historia se alza ante nosotros una gran paradoja. Antes de que el ego masculino haga las paces con lo femenino, antes de que concrete el casamiento de los opuestos, tiene que luchar contra Morholt. Un hombre debe protegerse primero de los crudos juegos de poder del interno femenino. Debe desarrollar suficiente potencial del ego masculino para poder aproximarse al poderoso interno femenino en términos igualitarios.

Mucha gente occidental, atrapada por una errada comprensión de las religiones o la filosofía oriental, hace un ideal de la erradicación del ego. Debemos entender que el ego resulta absolutamente necesario; juega un papel vital en el gran drama de la Conciencia en evolución. El ego tiene la tarea específica de marchar hacia la "Irlanda" interna, de concretar la síntesis entre los distintos centros de Conciencia dentro del vasto universo de la psique. Para tal faena, el ego masculino debe volverse un héroe, como Tristán. Y la primera tarea del héroe consiste en fortalecer su Conciencia masculina.

En el hombre, esa es la maestría del espadachín. Debe tener el poder de esgrimir la espada para proteger su vida consciente, así como debe ejercer el poder del arpa en su viaje hacia el inconsciente.

Después de la espléndida victoria de Tristán sobre Morholt, hay un inmenso regocijo. Recordamos que el pueblo gritaba de alegría, las campanas sonaron para proclamar la victoria. Eso es lo que sucede dentro de un hombre cuando derrota a Morholt y de ese modo conquista su masculinidad; hay un gran sentimiento de liberación, de triunfo sobre las fuerzas que lo hubiesen vuelto débil o dependiente. Pero a la vez que el hombre festeja, ya fue derrotado: la púa envenenada está clavada en él.

¡Es una terrible jugarreta del destino! Lo justo triunfa sobre lo erróneo. Los niños son salvados por el coraje de Tristán. ¿Qué destino cruel hiere a Tristán con la púa envenenada? Se requiere que Tristán vaya a Irlanda. Sin ello, él jamás llegaría a Isolda la Hermosa. Sin ello, Tristán regresaría a la mentalidad unilateral y patriarcal de Cornwall, congratulándose por su superioridad masculina, sin volver a pensar jamás sobre el aproximarse a lo femenino otra vez. La púa envenenada nos muestra que no existe una victoria final sobre el interno femenino: en cada victoria habrá siempre una púa envenenada, la derrota se filtra en sus venas incluso mientras celebra la victoria. Eso es lo que finalmente lo fuerza a deponer su arrogancia y lo hace ir voluntariamente hacia lo femenino.

Tristán nos muestra cómo rendirnos, en el momento exacto y de la manera apropiada. Pone a un lado la espada, sube

a la barca sin velas ni remos, sólo toma su arpa, y se deja llevar por las ondas del mar.

Llega un momento en la vida en que el ego de un hombre no posee las respuestas. No sabe lo suficiente; no tiene los recursos necesarios para resolver una situación imposible. Dondequiera que Tristán buscase, nadie en Cornwall podría curar su mal. En tales circunstancias un hombre debe renunciar al control. Precisa recordar las palabras de Tristán: "Quisiera de probar el mar que ofrece todas las posibilidades... Hacia qué tierras no importa, con tal que sane mi herida." Necesita entregarse al inconsciente y navegar en sus corrientes hasta hallar una isla de nueva Conciencia para esa era de su vida.

Una de las grandes fortalezas del inconsciente femenino es la habilidad de dejar correr, de soltar el control del ego, de parar de tratar de controlar a las personas y la situación, de ofrendar la situación al destino y esperar el fluir natural del universo. Renunciar a los remos y al velamen significa entregarse a la voluntad de Dios. Dejar la espada significa parar de tratar de entenderlo todo mediante el intelecto o la lógica, de no forzar más las cosas. Tomar el arpa significa esperar pacientemente, escuchar la suave voz interior, en pos de la sabiduría que emana no de la lógica o la acción sino del sentimiento, la intuición, lo irracional y lo lírico.

Vemos a Tristán lanzado al mar. Oímos el sonido del arpa que flota sobre las olas. Impulsado por un poder que está por encima de la comprensión de su ego, con ningún mapa humano para guiarlo, Tristán llega por fin a Irlanda. Y es allí donde Isolda lo espera.

≈

PARTE II

NARRATIVA

Cómo fue Conquistado Tristán por el Vino del Amor

Ahora regresamos a la historia de Tristán. La última vez que lo vimos fue en Irlanda. Los pescadores lo encontraron a la deriva en su barca, lo remolcaron hasta la playa, y lo llevaron al palacio de Isolda la Hermosa. Si bien estaba arruinado por la enfermedad y la fiebre, la princesa advirtió que era de sangre noble y llevaba finos atavíos. Mientras él dormía Isolda y su madre, la reina hechicera, le aplicaron hierbas secretas, pociones y encantamientos. En su momento, Tristán sintió el curso de la sanación en su cuerpo. Tan cambiado lo había dejado el veneno que ninguno de los caballeros de Morholt lo reconoció, y Tristán nada dijo sobre quién era y de dónde venía. Tan pronto recuperó la fortaleza para viajar, huyó sin ser visto, logró atravesar las aguas y regresó a Cornwall, donde el rey y la corte lo recibieron con azorada alegría.

Pero Tristán tenía enemigos en Cornwall. Cuatro barones traidores lo envidiaban y lo odiaban, pues él era el más famoso de los caballeros de esas tierras, el más amado por su pueblo, y el rey lo había nombrado heredero del trono. Esos malvados iban entre los demás barones y decían, "Tristán

debe ser un brujo. ¿De qué otro modo podría haber vencido al gigante? ¿Cómo se curó mágicamente de aquel veneno? ¿Cómo regresó de una muerte segura en el mar? Si se convierte en el rey, ¡nuestras tierras quedarán en manos de un hechicero!"

De esa manera, los barones se alzaron contra Tristán, pues poca gente sabe que lo que los brujos hacen con la magia, otros hombres lo hacen con la bondad, el amor y el coraje. Todos los barones se presentaron ante el rey Mark y dijeron que debía desposar a una reina y tener un hijo de su carne; caso contrario se rebelarían contra él. El rey quedó perplejo y secretamente reflexionó sobre el método de preservar el trono para Tristán.

Un día, dos gorriones entraron por el ventanal del castillo de Tintagel y soltaron un largo y brillante cabello dorado de mujer en la mano extendida del sorprendido rey. Entonces Mark reunió a los barones y dijo que sólo tomaría por reina a la damisela dueña de ese cabello, pues de ese modo esperaba aplacar los reclamos de los rebeldes. Pero Tristán estaba avergonzado, y para probar que él no codiciaba el trono, dio un paso al frente y se comprometió a encontrar a la dama del cabello de oro.

"La búsqueda es peligrosa, pero pondré mi vida en peligro por vos, para que vuestros barones sepan que os amo lealmente. Pronuncio este juramento: muero en la aventura o traigo de regreso a la reina de los cabellos dorados."

Pero Tristán, cuando vio el largo cabello, sonrió por dentro, pues recordó a Isolda la Hermosa y ya sabía que ella era su dueña.

Tristán equipó su navío y partió hacia Irlanda. Su tripulación

temblaba, pues desde la muerte de Morholt el rey irlandés colgaba a cuanto marinero de Cornwall capturaba. En Whitehaven, Tristán simuló ser un mercader y esperó su oportunidad para conquistar a la princesa Isolda. Entonces, un día apareció el rugido de un dragón terrible que asolaba la campiña irlandesa, y el rey de Irlanda ofreció a su hija, Isolda, en casamiento con el caballero que derrotase al dragón. Entonces, cuando Tristán oyó tal cosa, no perdió tiempo, velozmente calzó su armadura, montó su potro y salió a combatir.

Tan feroz era la bestia que la lanza de Tristán se quebró contra ella, y su caballo fue muerto por el ígneo aliento del dragón. Tristán clavó su espada en el blando cogote donde no tenía escamas, y el monstruo cayó muerto. Isolda encontró a Tristán herido y envenenado, cerca del humeante cadáver del dragón. Y una vez más, Isolda atendió a Tristán con hierbas curativas y lo rescató del borde la muerte.

Un día, Isolda y sus damas dieron a Tristán un baño caliente de hierbas. Mientras Tristán estaba satisfecho en el agua, Isolda comenzó a pulir su escudo, a limpiar la sangre de dragón presente en su espada y todas las atenciones que una dama debe a su huésped. Repentinamente, sus ojos percibieron una pequeña hendidura en la hoja. Tuvo vértigos y tembló. Fue en procura del fragmento de acero que había extraído de la cabeza de su tío, Morholt, que guardaba en un relicario sagrado. Y calzó esa astilla en la espada de Tristán. Clamó: "¡Sois el mismísimo Tristán, el asesino de mi tío!" Y alzó su propia espada para darle un golpe mortal. Pero Tristán habló con palabras serenas, e Isolda, escindida entre la esperanza de amor y su juramento de venganza, se detuvo para escucharlo.

"Hija del rey... un día volaron dos gorriones, y llegaron a Tintagel, con uno de vuestros cabellos dorados. Y pensé que

me traían buena voluntad y paz, así que vine a buscaros a través de los mares. Por eso enfrenté al monstruo y su veneno. Fijaos aquí, entre las hebras doradas de mi casaca está cosido el cabello de oro: los hilos lucen opacos, pero vuestro cabello todavía brilla."

Cuando Isolda escuchó estas palabras, bajó la espada. Fue a mirar el escudo de armas y vio allí su propio cabello dorado. Permaneció silenciosa un largo rato. Luego lo besó en los labios.

Varios días después, Tristán se hizo presente ante el rey y la reina de Irlanda, y todos los hidalgos irlandeses, reveló quién era ofrendó los preciosos presentes del rey Mark. Les dijo que había matado al dragón para pagarles una prenda compensatoria por Morholt. Y ofreció que Isolda fuera la prometida y la reina de Cornwall, para que existiese una alianza perpetua y paz entre los dos reinos, y el fin de las guerras. El rey y sus barones escucharon tales palabras con regocijo, y recibieron los obsequios, y les alegró el honor brindado a la princesa Isolda.

Isolda la Hermosa temblaba de verguenza y angustia. Pues Tristán, habiéndola conquistado, la desdeñaba; la linda historia del cabello de oro no era sino una mentira. El la entregaba a otro... Así, por amor al rey Mark, Tristán conquistó a la reina de cabellos dorados con una estratagema y por la fuerza...

El raptor había llegado a Irlanda... y mediante un ardid la arrebataba de su madre y de su patria; no se había dignado a conservarla para sí mismo, y ahora la llevaba lejos como su presa, por encima del oleaje, a la tierra del enemigo.

La Reina hechicera juntó flores, hierbas y raíces; las maceró en vino y a la poción le aplicó un hechizo mágico, y tal era el sortilegio: Quienes lo bebiesen juntos, se enamorarían con todos los sentidos y con cada pensamiento, pero su potencia se disiparía después de un lapso de tres años. Después se lo entregó secretamente a la criada de Isolda, Brangien, y le encomendó que lo ofreciera solamente al rey Mark y a Isolda en la noche de su boda, cuando estuviesen solos.

No bien concluyeron los preparativos, Isolda fue hasta el navío de Tristán, y partieron hacia Cornwall. Pero los vientos fallaron y echaron anclas en una pequeña isla. Todos fueron a la costa, salvo Tristán, Isolda y una niña sirvienta.

Entonces Tristán escuchó a Isolda, a solas en su tienda armada sobre la cubierta: lloraba lastimeramente y echaba de menos su tierra natal. Se acercó a ella, le habló suavemente y trató de consolarla. Pero ella le dio vuelta la cara, y respondía apenas con escuetas palabras.

Luego el sol se puso intenso, y pidieron algo para beber. La pequeña sirvienta buscó, y en un lugar secreto descubrió un cántaro con vino frío, que puso frente a ellos. Lo bebieron a fondo, pues estaban sedientos.

Horas más tarde, Brangien la criada encontró a Tristán e Isolda sentados, allí todavía, mirándose fijo a los ojos, en trance, hechizados. Vio el cántaro ante ellos y un miedo helado se apoderó de ella, pues era el recipiente del vino de hierbas.

Durante dos días la poción amorosa fluyó por las venas de Tristán y sufrió las agonías del amor, a veces como taladrado por espinas agudas, a veces como rodeado por flores dulces y fragantes, siempre con la imagen de Isolda flotando ante sus ojos. Finalmente, al tercer día, fue hacia la tienda de ella en la cubierta.

"Entrad, mi señor", dijo ella.

"¿Pero por qué me llamáis mi señor", preguntó él, "si en verdad sois mi reina?"

"De ningún modo", dijo ella, "pues sucede que yo –y contra mi voluntad– me he vuelto en verdad vuestra esclava. ¡Si acaso nunca hubierais llegado a mis playas! ¡Si os hubiese dejado morir y jamás os hubiese sanado! Pero entonces no lo sabía... no sabía cómo sería atormentada noche y día".

Tristán la observó como si fuese una visión de luz. "Isolda", susurró, "¿qué era lo que no sabíais?" Isolda, ¿qué os atormenta?"

"El amor que siento por vos", respondió ella. Entonces él besó su boca y la apretó estrechamente contra él. Brangien encaró la situación, y clamó:

"Parad y volved atrás si todavía podéis... Pero, ah, es un camino sin retorno. Ya el Amor y su fortaleza os ha arrastrado y ya nunca conoceréis de nuevo la alegría sin el dolor... pues por mi culpa y de esa copa, habéis bebido no apenas el amor, sino el amor y la muerte entremezclados."

Pero Tristán abrazó a Isolda, un deseo más grande que la voluntad de los mortales se agitó en ellos, y él dijo:

"Bueno, entonces ¡que venga la Muerte!"

No bien pronunció esas palabras, el viento se avivó, las velas se hincharon, y el barco surcó las olas espumosas. A través de la noche oscura, mientras el navío rolaba debajo de ellos y los llevaba a la carrera hacia las costas de Cornwall, ambos se entregaron plenamente al amor.

5
ABORDAJE DEL VINO

TRISTÁN E ISOLDA BEBEN LA POCIÓN AMOROSA, Y EN ESE INSTANTE el amor romántico entra para siempre a nuestras vidas, pues Tristán es un hombre occidental y su vida es nuestra experiencia universal del amor romántico. Su embriaguez surgida del vino predice un momento histórico de hace casi mil años atrás cuando el culto del romance irrumpió en nuestra cultura e inició una lenta evolución que giró por los siglos y formó nuestras ideas modernas sobre el amor.

Abordaremos la poción amorosa de una manera nueva. Todos ya la saboreamos, todos ya nos embriagamos con ella; ahora es preciso que la observemos conscientemente. El vino es fuerte e impetuoso y es mejor tener cuidado con él. Así que aquí haremos una pausa para tratar de configurar una idea más clara de lo que entendemos por "amor romántico".

En nuestra cultura, la gente usa esta expresión "amor romántico" indiscriminadamente para referirse a casi cualquier atracción entre un hombre y una mujer. Si una pareja tiene una relación sexual, la gente dirá que se "involucraron

románticamente". Si un hombre y una mujer se aman uno al otro y planean casarse, la gente dirá que es un "romance", pero de hecho, su vínculo puede no estar basado en el romance de modo alguno. ¡Puede basarse en el amor, que es algo completamente distinto del romance! O una mujer dirá, "Desearía que mi marido fuese más romántico". Pero lo que en verdad está diciendo es que su esposo tendría que ser más atento, más considerado, y demostrarle más sentimiento. Todos somos atrapados por la creencia de que el amor romántico es el "amor verdadero", así que usamos el término para muchas cosas que no son románticas en absoluto. Presumimos que si es amor, debe equivaler al "romance", y si es un "romance", tiene que ser "amor".

El hecho que digamos "romance" cuando nos referimos al "amor" nos demuestra que bajo nuestro lenguaje existe una confusión psicológica. Nuestra confusión lingüística es el síntoma que nos indica que perdimos la Conciencia de qué es el amor, de qué es el romance, y de cuál es la diferencia entre ambos. Confundimos dos grandes sistemas que existen en nosotros, y esto tiene un efecto devastador en nuestras vidas y en nuestros relacionamientos.

Muchos de nosotros conocimos parejas casadas que jamás atravesaron en sus vidas el tramo "romántico". Quizás comenzaron como amigos, se conocieron durante mucho tiempo como personas corrientes, y nunca experimentaron un apego romántico. Simplemente se amaron entre sí y decidieron vivir juntos la vida. O vimos parejas que comenzaron con una enorme ráfaga romántica pero eventualmente la graduaron hasta el punto en que se aceptaron como seres humanos comunes. Desecharon sus expectativas de perfección y se comprometieron más con un vínculo humano que

con una visión del éxtasis romántico.

Para nosotros es difícil imaginar que pueda existir amor, al menos un amor con validez, en una pareja donde el romanticismo se diluyó. Pero a menudo esa pareja tiene lo que al resto frecuentemente nos falta: amor, proximidad, estabilidad y compromiso. En nuestra cultura tenemos romance en abundancia. Nos enamoramos, nos desenamoramos; atravesamos grandes dramas, nos colma el éxtasis cuando el romance arde y nos atrapa la desesperación cuando el romance se enfría. Si observamos nuestras vidas y a la gente que nos rodea, veremos que el romance no se traduce necesariamente en amor, conectividad o compromiso. El romance es algo distinto, algo aparte, una realidad en sí misma.

Entonces, aquí está el punto de partida de nuestra exploración: el amor romántico no es amor sino un complejo de actitudes sobre el amor –sentimientos involuntarios, ideales y reacciones. Como Tristán, bebemos la poción y nos hallamos poseídos, atrapados por reacciones automáticas y sentimientos intensos, un estado casi visionario.

Nuestro ideal occidental del amor romántico nació en nuestra cultura alrededor del siglo XII, durante los tiempos en que Tristán bebía la poción amorosa por primera vez. Al comienzo, este fenómeno cultura era llamado *courtezia* –en inglés, "amor cortés". El amor cortés se basaba en una visión completamente nueva del amor y el relacionamiento. Bajo la influencia de ciertas ideas religiosas de esa época, el amor cortés idealizaba un vínculo "espiritual" entre los hombres y las mujeres. Era un antídoto para la actitud patriarcal que vemos en el mundo de Tristán: idealizaba lo femenino. En verdad, enseñaba a un caballero rústico como Tristán a venerar el universo femenino, simbolizado por la

bella dama a la que servía y adoraba. Es esta adoración lo que vemos en Tristán tan pronto bebe el vino; sentimos que no ve a Isolda sino como algo divino corporizado en ella, algo universal o trascendente que ella simboliza para él.

Bajo las leyes del amor cortés, cada caballero accedía a obedecer a su dama en todas las cosas referentes al amor, el relacionamiento, los modales y los gustos. En sus dominios, ella era su mujer cortejada, su reina.

Hubo tres características del amor cortés que nos ayudarán a comprenderlo. Primero, el caballero y su dama nunca se involucraban sexualmente entre sí. La suya era una relación idealizada, espiritualizada, concebida para elevarlos por encima del nivel de la grosería física, para cultivar el sentimiento refinado y la espiritualidad. El segundo requisito del amor cortés era que no se casaban entre sí. De hecho, usualmente la dama estaba casada con otro noble. El caballero errante la adoraba, la servía, y la convertía en el foco de su aspiración e idealismo espirituales, pero no podía tener una relación íntima con ella. Hacerlo equivalía a tratarla como una mujer común, mortal, y el amor cortés requería que la tratase como a una divinidad, como un símbolo del eterno femenino y de su alma femenina. El tercer requisito era que los amantes corteses se mantuviesen encendidos de pasión, que sufrieran un intenso deseo mutuo, pero que bregaran para espiritualizar su deseo viéndose uno al otro como símbolos del mundo arquetípico divino, sin reducir jamás su pasión a la ordinariez del sexo o del matrimonio.

El ideal del amor cortés capturó tanto la imaginación de Occidente que se volvió la fuerza motriz de un flujo de poesía, cánticos, historias amorosas y obras teatrales. Las histo-

rias francesas de amor eran llamadas romans: de ahí surgió el anglicismo "romance". En aquellos romances estaban presentes todos los grandes temas que constituyen la base de nuestra literatura romántica. El caballero ve a una bella dama y es arrebatado por su belleza y bondad; la adora siempre como la corporización de su ideal interno, su visión íntima del eterno femenino. Si bien lo colma una santa pasión por ella, jamás la toca, pero se involucra en inmensas aventuras y realiza grandes hazañas para honrarla, para vivir en sentido de nobleza que ella inspira en él. Para él ella no es una mujer; es Blancaflor, Isolda la Hermosa, Psique, Beatriz, y Julieta –el arquetipo femenino en su esencia divina.

Nuestra palabra *romántico* y nuestro ideal romántico nos llegaron a través de los romances. El amor romántico es un amor "libresco". Pero esa es una historia que todos tratamos de vivir a nuestra manera en el mundo corriente de las relaciones humanas y la practicidad humana. Pese a nuestra revolución sexual, pese a nuestra tendencia moderna de sexualizar cada relación, todavía buscamos en nuestros romances las mismas pautas psicológicas básicas. Una mujer que es más que una mujer, es el símbolo de algo tan perfecto y divino que ella inspira una pasión que va más allá de la atracción física, más allá del amor, hacia un sentido de adoración. Procuramos la intensidad "espiritual", el éxtasis y la desesperación, los encuentros gozosos y las separaciones lacrimosas de todos los romances. Y también sentimos, como los caballeros de antaño, que todo eso nos exalta, nos refina, y nos da un nuevo y especial significado: un significado que perdimos con la partida de Blanchefleur y un significado que esperamos encontrar en Isolda la Hermosa.

Podríamos esperar que un culto del amor que específica-

mente se opone al casamiento, que estimula las relaciones apasionadas fuera del matrimonio, que procura espiritualizar el vínculo en pos de una perpetua y sobrehumana intensidad, sea una base muy pobre para el casamiento y un abordaje muy arriesgado de las relaciones humanas. ¡No obstante, esos son los ideales que subyacen en nuestras pautas de cortejo y casamiento en estos días! Tomados a nivel erróneo, estos ideales heredados nos llevan a buscar la pasión y la intensidad por sí mismas; plantean un descontento eterno que jamás puede hallar la perfección que anhela. Este descontento empalidece todas las relaciones modernas, alza ante nuestros ojos un ideal inalcanzable que nos ciega perpetuamente al deleite y la belleza del mundo de aquí y ahora.

Hay algo pavoroso en estos inmensos sistemas de creencias trasmitidos culturalmente. Un día nos damos cuenta de que estamos completamente poseídos y dominados por un bloque de creencias que nosotros, como individuos, nunca elegimos. Es como si los hubiésemos aspirado de las novelas y las películas, del aire psicológico que nos rodea, y se hubiesen vuelto parte de nosotros, como fundidos con las células de nuestros cuerpos. Todos sabemos que se supone que "debemos enamorarnos" y que nuestras relaciones deben basarse en el romance –¡nada menos nos colmará! Todo hombre sabe qué espera sentir en una relación y qué se supone debe exigirle a su novia o esposa. Eso está grabado hasta el mínimo detalle en su mente inconsciente. Eso es el "romance".

Sin embargo, en el amor romántico hay algo real y verdadero, pese al modo en que lo malentendemos o aplicamos mal el ideal de nuestros ancestros. En las elevadas historias de amor romántico que nos estremecen existe una verdad.

Existe en las nobles hazañas del caballero, en la belleza y la bondad de la dama, en los sacrificios, la reverencia, las búsquedas y la lealtad hasta la muerte. En las aspiraciones del amor romántico hay una honda verdad psicológica que reverbera en nuestras almas, que nos despierta a lo mejor que somos, a lo que vivenciamos cuando somos íntegros. Nadie puede oír estos romances antiguos y permanecer incólume, pues estos amores, aventuras y actos de devoción revelan todo lo que existe de noble, amoroso, fiel y más elevado dentro de nosotros mismos.

Si debimos observar qué hubo de erróneo en el amor romántico, apreciemos también lo que tiene de correcto. En su forma más pura, es un ideal de enorme poderío, y contenida en tales ideas existe una profunda realidad. No se trata apenas de ideales, son ventanas de nuestra alma que nos muestra realidades vivientes y prácticas de nuestra intimidad, algo que podemos vivir y ser. Podemos malentender la verdad que existe detrás del ideal, podemos tratar de vivir en un nivel erróneo o ponerla en el sitio inadecuado; pero la verdad está allí para enriquecernos e impulsarnos más cerca de la integridad. Nuestra tarea consiste en encontrar la verdad del amor romántico y el nivel en que esa verdad pueda vivirse.

Resulta difícil mirar objetivamente el romance; es doloroso, pues tememos que la realidad nos extraiga del amor y que así la vida se vuelva fría y lúgubre. Pero una de las grandes necesidades de la gente moderna consiste en aprender la diferencia entre el amor humano como base de una relación, y el amor romántico como ideal interno, como sendero hacia el mundo interior. El amor no se daña cuando es liberado de los sistemas de creencias del amor romántico. La instancia amorosa sólo se perfecciona cuando se diferencia el

amor del romance.

Una vez Jung citó a un alquimista medieval que dijo, "Sólo lo que se separa puede ser unido adecuadamente." Cuando dos cosas están confundidas entre sí, necesitan ser separadas, distinguidas y desenredadas a fin de que luego puedan ser reunidas en una síntesis viable. Ese es el significado correcto del "análisis" en psicología; analizar es discernir los hilos entremezclados de la propia vida interior –valores, ideales, lealtades y sentimientos confusos– de modo que puedan ser sintetizados de una nueva manera. Analizamos el amor romántico, no para destruirlo sino para entender en qué consiste y a qué lugar de nuestras vidas pertenece. El análisis siempre debe servir para la síntesis a fin de servir para la vida; lo que se aparta debe ser reunido otra vez.

La reina hechicera mezcló extraños y maravillosos ingredientes en su poción. Se trata de hierbas secretas, sortilegios mágicos y poderes ajenos a la tierra. Brangien inclusive dice que la reina mezcló "no apenas el amor, sino el amor y la muerte juntos". Todos saboreamos este brebaje y deambulamos por otro mundo, ebrios de magia. Todos fuimos amantes, pero ahora podemos ser alquimistas: Todavía deberemos desintegrar el vino, destilar las hierbas y los hechizos. Entonces veremos las intimidantes fuerzas mezcladas en nosotros, reveladas a través de la capacidad para el amor, tanto humano como divino.

≈

6
El Vino de Hierbas

Siempre fuiste la razón de mi existir
Adorarte para mí fue religión

Es la historia de un amor
Como no hay otro igual,
Que me hizo comprender
Todo el bien, todo el mal;
¡Que le dio luz a mi vida!
Apagándola después...
¡Ay! ¡Qué vida tan oscura!
Sin tu amor no viviré.

–**Carlos Almarán**, *"Historia de un amor"*

Antes de beber la poción, Tristán es apenas un caballero convencido de que cumplió su deber hacia el rey. Persiguió a la princesa distante, la capturó, y la está llevando hacia el reino. Espera ser todavía más famoso, más admirado. Pero después de un trago de este vino extraño, Tristán clava su mirada

en los ojos de Isolda como alguien "encantado, ajeno a todo". Todo su mundo se revierte; queda parado sobre su cabeza, todos sus valores se ponen al revés. Hasta aquí fue leal a su monarca, pero ahora, súbitamente, todo el sentido del deber es calcinado por el ardor de su pasión. Antes, su mayor ambición era ser un renombrado caballero de Cornwall. Ahora, está dispuesto a negociarlo todo, inclusive la vida, por una noche en brazos de Isolda. Escucha la advertencia de Brangien: "¡Este sendero lleva a la muerte!" Pero su mente y su lengua están encadenadas a la pasión y sólo puede responder: "Bueno, que venga la Muerte".

¿Qué sucede con Isolda? Antes de beber la poción odiaba a Tristán. El no era solamente el matador de su tío, sino también el asesino de su orgullo, pues la conquistó, ganó su corazón, y después la traicionó. Ahora, con ese vino que recorre sus venas, ella dice: "Sabéis que sois mi amo y señor, y yo soy vuestra esclava."

Aunque esta escena nos resulta familiar, dado que la experimentamos en nuestras vidas, aun hay algo extraño en ella. Tristán e Isolda están "enamorados", no obstante nos preguntamos si es el uno con el otro. Están en trance, hipnotizados, enamorados de una visión mística: pero se trata de algo separado y distinto de su entidad humana, algo que ven a través de la magia del vino. Su "amor" no es el amor humano común que emana del conocerse uno al otro como individuos. El símbolo nos dice que este amor es "mágico", "sobrenatural": no es personal ni voluntario; surge fuera de los amantes y los posee contra su voluntad. Nos recuerda lo que la gente dice a menudo: "Están enamorados del amor."

El mito dice que el amor romántico tiene las mismas cualidades de la poción amorosa. Pero la poción amorosa es natural y "sobrenatural" a la vez. En parte consiste en vino y hierbas de la tierra, simbolizando el lado humano corriente del amor romántico. Pero en parte incluye hechizos mágicos y brujería. ¿Qué es lo evocado por estos símbolos en el amor romántico?

Sabemos que en el romance hay algo inexplicable. Cuando observamos los sentimientos que irrumpen en nosotros, sabemos que no se trata apenas de compañerismo o atracción sexual, y tampoco se trata del calmo, devoto y nada romántico amor que vemos a menudo en los matrimonios y relaciones estables. Se trata de algo más, algo diferente.

Cuando estamos "enamorados" nos sentimos completos, como si una parte faltante en nosotros hubiese regresado; nos sentimos elevados, como si repentinamente algo se hubiese levantado por encima del mundo ordinario. La vida posee intensidad, gloria, éxtasis y trascendencia.

En el amor romántico buscamos ser poseídos por nuestro amor, remontarnos a las alturas, encontrar en nuestro ser amado el significado supremo y la realización. Buscamos el sentimiento de integridad.

Si preguntamos en qué otro lugar buscamos ya cosas así, aparece una sorprendente y perturbadora respuesta: la experiencia religiosa. Cuando procuramos algo mayor que nuestros egos, cuando buscamos una visión de perfección, un sentido de integridad y unidad internas, cuando bregamos para alzarnos por encima de la pequeñez y las parcialidades de la vida personal hacia algo extraordinario e ilimitado, se trata de una aspiración espiritual.

Aquí nos enfrentamos con una paradoja que nos deja perplejos, si bien no debería sorprendernos que el amor román-

tico esté conectado con la aspiración espiritual –y hasta con nuestro instinto religioso– porque ya sabemos que el amor cortés, en sus propios comienzos hace muchos siglos, fue concebido como un amor espiritual, una manera de amar que espiritualizaba al caballero y a su dama, y los elevaba por encima de lo ordinario y lo grosero hacia una experiencia de otro mundo, una experiencia de alma y espíritu. El amor romántico comenzó como una senda de aspiración espiritual; inconscientemente, hoy buscamos ese camino en el amor romántico.

En el simbolismo de la poción amorosa estamos súbitamente cara a cara con la paradoja más grande y con el misterio más profundo de nuestras modernas vidas occidentales: lo que buscamos constantemente en el amor romántico no es sólo el amor humano o el vínculo humano; también buscamos una experiencia religiosa, una visión de plenitud. Aquí se encuentra el significado de la magia, la brujería, lo sobrenatural de la poción amorosa. Aquí tenemos otro mundo que está fuera de la visión de nuestras mentes egocéntricas: es el reino de la psique, el ámbito de lo inconsciente. Es allí que viven nuestras almas y nuestros espíritus. Desconocidos para nuestras mentes conscientes occidentales, nuestras almas y espíritus son realidades psicológicas, y viven en nuestras psiques sin que lo sepamos. Y es allí, en el inconsciente, que Dios vive, quienquiera sea Dios para nosotros como individuos. Todo lo que reside en el otro lado, en el ámbito de lo inconsciente, se le aparece al ego como algo fuera del dominio humano natural; por eso luce como mágico, como sobrenatural. Para el ego, la experiencia de ese otro mundo no es distinta de la experiencia religiosa; el impulso religioso, la aspiración, significa una búsqueda de

la totalidad de la propia vida, la totalidad del self, que vive en el inconsciente fuera del mundo del ego, en la invisible vastedad de la psique y el símbolo.

Tal es el significado de estos símbolos en nuestra historia, y ésta es la clave secreta que descifra el misterio del amor romántico.

≈

Volvamos al navío de Tristán; aquí está Tristán, inflamado con vino. ¿Qué es ese fervor en sus ojos? Isolda está a su lado, pero sus ojos están enfocados en algo distante –¡están enfocados en el infinito! El no ve a Isolda, sino una visión. ¿Qué es ese temblor de sus piernas? Si vamos a la celda de San Juan de la Cruz, encontraremos esta misma mirada, este mismo aire de contemplación mística. Si somos trasportados a través del mar a un templo de la India, encontraremos a un hombre santo temblando con el mismo éxtasis ante un altar de Shiva. Es el mismo instinto, el mismo fervor intenso, y conduce al mismo fin: la trascendencia.

El amor romántico siempre estuvo inextricablemente ligado a la aspiración religiosa. Esto resulta tan obvio que parecería innecesario decirlo, no obstante todos desviamos la mirada y perdemos lo obvio. Es una verdad demasiado próxima como para verla. Sólo necesitamos observar las historias de amor, la poesía, las canciones que salen de nuestra era romántica, y encontramos que el hombre enamorado convirtió a la mujer en un símbolo de algo universal, algo intrínseco, eterno y trascendente. Lo que él ve en la mujer le hace sentir que finalmente se realizó, que percibe el significado de la vida. Ve en ella revelada una realidad especial; se siente completo, ennoblecido, refinado, espiritualizado, exaltado, trasformado en un hombre nuevo, mejor, e íntegro.

Los grandes poetas románticos no ocultan este hecho; lo proclaman. Los trovadores y los caballeros de los tiempos de Tristán lo proclamaban abiertamente. A diferencia de nosotros, que nos creemos tan sofisticados, ellos eran plenamente conscientes de lo que buscaban mediante el amor romántico. Ellos desistían de ver a la mujer como mujer y en cambio la convertían en un símbolo del eterno femenino, del alma, el amor divino, el ennoblecimiento espiritual y la plenitud. Podemos discutir si se trata de una visión correcta de la mujer, si la ennoblece o la rebaja el volverla un símbolo de algo diferente de lo que ella es, una representación en base a la cual el hombre romántico medita sobre su visión del amor eterno. Pero a esta altura, sólo precisamos constatar que eso sucede.

En la canción mejicana de amor citada al comienzo de este capítulo, encontramos todo esto condensado en pocas líneas. En la franqueza de la poesía ingenua, el cantor nos dice lo que no siempre admitimos: "Siempre fuiste la razón de mi existir; Adorarte para mí fue religión". Cuando un ser humano se vuelve el objeto de esta adoración, cuando el ser amado tiene el poder de "darle luz a nuestras vidas" o de extinguir dicha luz, entonces lo adoptamos como imagen y símbolo de Dios.

Esta es la descripción más simple y directa de lo que es el amor romántico. La aspiración espiritual es el hecho que se oculta por detrás del amor romántico; la verdad que el hombre occidental busca inconsciente e involuntariamente en el amor romántico es la verdad interna de su propia alma. El hombre occidental, sin darse cuenta, está atrapado por la búsqueda de la totalidad y, contra su voluntad, es propulsado por una visión de lo universal y lo eterno. Pero es en la imagen de la mujer, vista a través de la lente del amor

romántico, que él concentra su búsqueda y su visión.

¿Por qué será que el hombre moderno no admite lo que los hombres de antaño proclamaban abiertamente e inclusive idealizaban? Se debe a que no queremos darle conscientemente un lugar a la aspiración espiritual en nuestras modernas vidas. Es algo fuera de moda, no entendemos de qué se trata, y no nos permitimos admitirlo. No estamos conscientemente interesados en la integridad –sólo en la producción, el control y el poder; no creemos en el espíritu– y apenas en lo que es físico y sexual. Pero nuestro ímpetu hacia el alma encuentra su rumbo involuntariamente en el único lugar donde jamás lo procuramos: en las proyecciones, los ideales, los éxtasis y las desesperaciones, las pasiones y los conflictos del amor romántico. Por falta de algún otro canal, de otra forma por la que pueda ser vivido en nuestra cultura moderna, nuestro instinto religioso migró casi completamente hacia el único lugar secreto donde se le permite existir sub rosa [1]: el amor romántico. Es por eso que sentimos nuestras vidas absolutamente carentes de significado excepto cuando estamos "enamorados", y es por eso que el amor romántico se convirtió en la mayor fuerza psicológica unitaria de nuestra cultura.

Los mitos están llenos de paradojas porque la realidad es intrínsecamente paradojal. En griego, *paradox* significa literalmente "contra lo opinado"; es decir, la paradoja se opone a nuestras nociones aceptadas de la realidad. Nos gusta creer que ya lo sabemos todo, que todo ya fue imaginado; de allí que la paradoja verdadera sea siempre dolorosa. La paradoja choca con nuestros prejuicios, desafía nuestras premisas y se ríe en la cara de nuestras "verdades" colectivas. Es por eso que preferimos llamar "cuentos de hadas" a los mitos y los confinamos en territorio infantil. Es por eso que nos gus-

ta explicar los mitos como inventos fantasiosos de mentes primitivas y pueriles. Si tomamos en serio a los mitos como los testimonios que son de la realidad, entonces vemos que todos nuestros cómodos lugares comunes, todas nuestras nociones fijas de la "realidad", son perturbadoramente cuestionadas.

Abordar un mito en pos de la sabiduría es regresar al material primitivo de la psique. Todos los símbolos de los sueños y los mitos nos impactan como paradojales, pues su completo propósito y su papel psicológico consiste en desgarrar lo "conocido" y enseñarnos algo nuevo a partir del inconsciente. Cuando nos ponemos a interpretar un sueño o un mito como confirmación de nuestras arraigadas opiniones, allí nos metemos en dificultades. Los símbolos no fluyen desde el inconsciente para contarnos lo que ya sabemos sino para mostrarnos lo que todavía nos falta aprender.

Es lo que sucede con la poción amorosa. ¡Cuanto más sencillo sería explicarla como una superstición fantasiosa de la mente primitiva del siglo XII! ¡La poción amorosa es la paradoja máxima! Nada contradice más el sentido común que sostener que es nuestro propio instinto religioso, nuestra búsqueda inconsciente de "otro mundo", lo que otorga su magia al amor romántico, su intensidad reveladora y su expectativa de trascendencia. Nada podría violentar más nuestro sentido común.

Presuponemos un conocimiento cabal de lo que es el amor romántico, si bien nada sabemos; presuponemos que lo comprendemos perfectamente, aunque de hecho es incomprensible; presumimos que lo controlamos, pero en verdad nos posee. Nuestra cultura brinda un lote completo de verdades sobre el romance que aceptamos inconsciente y automáticamente. Nunca las cuestionamos, y nos irrita que alguien lo haga. Pero aquí nos enfrentamos con la paradoja, y no podemos esquivarla: el amor romántico intenta vivenciar el otro mundo con un éxtasis candente, envolvente, que nos completa y nos hace sentir psicológicamente enteros, colmados por completo, y en contacto con el sentido de la vida.

Si eso nos mistifica, allí está la cuestión; el amor romántico es un misterio. Es un sistema energético que mana de profundidades desconocidas e inexploradas del inconsciente, desde una región de nosotros que no percibimos, no entendemos, y no podemos reducir al sentido común. Como la poción amorosa, nos atrapa contra nuestra voluntad, nos pone de cabeza, da vuelta nuestra vida, reconfigura nuestras lealtades. Olvidamos nuestros preciosos planes, desechamos nuestras creencias, y abandonamos los modos de vida a los que nos aferrábamos.

Esta es la característica "fuera-de-control" del amor romántico que nos brinda la pista más profunda de su naturaleza real. Este "enamorarse" de alguien arrolladora y extáticamente es un acontecimiento, que cala hondo en la psique inconsciente, que le sucede a uno. Uno no "lo hace", no lo controla, no lo comprende: simplemente le sucede.

Es por eso que el ego masculino occidental tiene tantos problemas para lidiar con el amor romántico: se halla, por definición, "fuera de control". Es incontrolable porque secreta e inconscientemente queremos que sea extático, que nos eleve por encima de los estériles confines del mundo de nuestro ego estrecho y diminuto. Ese estallido de los lazos, que trasciende el ego mental, es la "experiencia religiosa", y eso es lo que procuramos. Al hombre occidental se le enseña que el ego masculino debe controlarlo todo en lo interno y en lo circundante.

El único poder que resta en la vida, capaz de destruir nuestra ilusión de "control", que fuerza al hombre a ver que allí existe algo que está más allá de su comprensión y de su control, es el amor romántico. La religión formal y las iglesias cesaron hace mucho de amenazar la ilusión controladora del hombre occidental. El reduce su religión a lugares comunes o la ignora por entero. El no busca su alma en la religión ni en la experiencia espiritual, tampoco en su vida interior; sino que procura esa trascendencia, ese misterio, esa revelación... en la mujer. El se enamorará.

≈

En nuestra época tenemos una visión distorsionada de la religión, en parte porque lo que se nos presenta como religión cesó de tener significado para muchos de nosotros. Carl Jung abre un sendero que nos lleva de regreso a las raíces de la religión: la experiencia de la psique como alma, como una realidad. Descubrió que la estructura psicológica de cada individuo incluye una función "religiosa" independiente. Esto no significa que haya que ceñirse necesariamente a un credo o dogma particulares. Pero esto quiere decir que cada ser humano nace con la pulsión psicológicamente innata de encontrarle un significado a la vida. Todos tenemos la intuición de que podemos volvernos personas íntegras, apreciar el significado último de la vida, experimentarnos a nosotros mismos de manera completa. Jung verificó que muchos occidentales, sin bien conscientemente sólo creen en lo que es físico y racional, tienen sueños y fantasías desbordantes de símbolos de las cualidades que la gente solía buscar en su vida religiosa: símbolos que evocan un sentido de integridad y una visión del mundo mayor que la del ego.

Podemos examinar la geografía de la psique y comprender de una manera nueva el lado religioso de la vida; se trata de la misma facultad religiosa pero es abordada con un nuevo lenguaje. Advertimos que este ego, esta denominada mente consciente, es como una isla en el vasto océano de la psique. Allí afuera, en ese océano del ser, fuera de los límites del mundo del ego y más allá de lo que conoce o puede ver, están las partes faltantes de nuestro self total. Somos seres psicológicos. La parte mayor de nuestra totalidad no es físico sino psique, y la mayor parte de ella se encuentra en el inconsciente. En oposición a las nociones populares de la psicología, las regiones desconocidas e inconscientes de nuestra totalidad exceden inmensamente a las partes conscientes. No hallamos nuestro sentido de significación, de integridad y de realización en este diminuto mundo del ego. Advertimos que allí afuera hay más, muchísimo más, aunque no sabemos dónde mirar ni tampoco qué estamos procurando.

Lo que buscamos se manifiesta como un símbolo; brota de los estratos profundos de la psique que antiguamente se llamaba *imago dei*: la imagen divina. La imagen divina emana de la psique, y manifiesta nuestra muy arraigada urgencia de integridad y unidad. Esta imagen que se alza espontáneamente, impresión de lo que buscamos, es la fuente basal de nuestra intuición sobre que debe existir algo más elevado que este ego, capaz de unificar toda la vida y todos los fenómenos, y que nos revela el significado de la existencia. Crea en nosotros el sentir que la visión unificadora es posible.

Jung nos dice que nuestra necesidad de explorar los confines de nuestro inconsciente y nuestra necesidad de una vivencia religiosa son la misma cosa. En tiempos antiguos esto era algo muy bien conocido:

"Conocer al hombre es el comienzo de la integridad, pero el conocimiento de Dios es la plenitud perfecta."

Clemente de Alejandría dice en el *Paedagogus*: "Por lo tanto, tal como luce, conocerse a uno mismo es la más grande de todas las disciplinas; pues cuando un hombre se conoce a sí mismo, conoce a Dios." Y Monoimos, en su epístola a Teofrasto, escribe: "Búscalo a El fuera de ti y descubre quién está a cargo de todo dentro tuyo, diciendo: dios mío, espíritu mío, comprensión mía, alma mía, cuerpo mío; entiende desde dónde hay pena y alegría, amor y odio... y por qué te enojas cuando no deberías hacerlo, por qué te enamoras cuando no quieres. Si investigaras cuidadosamente estas cosas, lo hallarás a El en ti, el Uno y los Muchos." *(Jung, **Aion**)* [1]

≈

En tiempos antiguos, los occidentales experimentaban la imagen divina a través de su religión, mediante la contemplación mística, con un ritual cargado todavía de poder simbólico para ellos, en la imagen de la iglesia histórica, en el Verbo revelado, los santos, la comunidad de creyentes. Pero en tiempos recientes, muchos extraviaron los marcos de referencia tradicionales del imago dei. Si nos interrogamos acerca del motivo, ya tenemos parte de la respuesta en la historia de Tristán: intrínsecamente la mentalidad patriarcal de nuestra sociedad es parcial, se centra en vivir el lado masculino de la naturaleza humana a expensas de la integridad. Casi nada logra ingresar a esa mente estrechamente encapsulada. Reaccionamos contra el inconsciente, contra el sentimiento, contra lo femenino y contra nuestras propias almas. El único lugar donde somos vulnerables, el único sitio donde nuestras almas pueden ofrecer una brecha en la armadura moderna, está en nuestros amores.

El significado de la poción amorosa es que el mundo sobrenatural invade súbitamente el mundo natural mediante el amor romántico. ¡El fuego desciende desde los cielos! El mundo del alma y del espíritu, la energía avasalladora de la potencialidad religiosa de la psique, invade de pronto el mundo ordinario de las relaciones humanas. Lo que siempre estuvimos anhelando, una visión del significado supremo y de la unidad, se nos revela repentinamente en la forma de otro ser humano.

Capturar nuestro instinto de integridad y proyectarlo por completo en nuestros amores, es un descubrimiento trascendental. Sacamos al imago dei fuera del templo, fuera del cielo, y de pronto reubicamos aquí en nuestro medio, contenido por la relación entre dos seres humanos. Esta es la increíble reversión de los instintos humanos, la trascendental reorientación de las energías humanas, que fue lograda en la poción amorosa por la hechicería. Al sentirnos poseídos por nuestros amores, al estar atrapados por una energía que nos sobrepasa por completo, redescubrimos nuestra vida religiosa. Tan pronto como "nos enamoramos" de alguien, el mundo se reviste de un brillo y una significación que ningún mortal pudo jamás otorgar a alguien. Pero cuando nos "desenamoramos" el mundo parece de repente desolado y hueco, inclusive cuando seguimos todavía con el mismo ser humano que antes inspiró semejante arrebatamiento.

A esto se debe que los hombres y las mujeres les planteen exigencias tan imposibles a sus relaciones. ¡En verdad, creemos inconscientemente que este ser humano mortal tiene la responsabilidad de darle plenitud a nuestras vidas, manteniéndonos felices, haciendo que nuestra existencia abunde en significados, sea intensa y extática!

Alguien dijo una vez: "El inicio de la sabiduría está en la firme captura de lo obvio." Si parásemos de sorber la poción amorosa lo suficiente como para discernir su símbolo, tal vez ello nos permitiría despertar a lo que es evidente. Mientras proseguimos nuestro viaje mítico con Tristán e Isolda, viviremos con ellos la historia de todos los amantes que alguna vez bebieron el vino mágico. Veremos con mayor claridad cómo mezclamos nuestra aspiración espiritual —nuestro ansia de lo divino— con nuestras relaciones humanas. Este es el conocimiento secreto que se encuentra oculto tras el misterio del amor romántico: cómo convivir y cómo respetar estas dos poderosas energías, que mezclamos tan deliciosamente, y a la vez tan peligrosamente, en el vino del amor.

≈

[1] Antiguamente, una rosa colgada sobre la mesa de reuniones en una asamblea, indicaba a los participantes la obligación de mantener en secreto todo lo que allí se debatiera.

7
ISOLDA LA HERMOSA

EN NUESTRA TRAVESÍA ENCONTRAMOS MUCHOS ASPECTOS DEL femenino interior y descubrimos el papel que cada cual desempeña en la psicología del hombre y en la dinámica del amor romántico. Conocimos a Blanchefleur, símbolo del destino de lo femenino en nuestro mundo patriarcal. Ahora aparece Isolda la Hermosa, la presencia femenina más potente y más omnipresente de nuestro mundo moderno. Y tal vez, por esa misma razón, la de comprensión más dificultosa.

Princesa de la isla mística, hija de una reina hechicera, idónea en los misterios de la magia y el espíritu, Isolda es en parte una maga y en parte una mujer común, parcialmente humana y parcialmente divina. Es el ideal interno del eterno femenino, la diosa que vive alojada en la psique del hombre, una imagen de belleza y perfección que lo inspira a darle sentido al significado de la vida.

Carl Jung le daba un nombre especial a este aspecto de nuestra psique: lo denominaba *ánima*. Literalmente, ánima significa "alma" en latín, pues Jung descubrió que el ánima

personifica a esa parte de la psique que siempre hemos llamado "alma". Isolda la Hermosa aparece constantemente en los sueños y los mitos de los hombres, a menudo como una figura de belleza sobrehumana y significado divino. Esta es la parte de sí mismo que Tristán ve en Isolda cuando bebe la poción. El hombre siente que en ella encontrará el significado de su vida, su realización, la integridad y la experiencia del éxtasis.

En el hombre, el principio femenino es sobre todo un principio de vinculación; pero el ánima conduce al hombre a un tipo especial de nexo: ella personifica la capacidad de él para vincularse con su self personal, con el ámbito interno de su propia psique y con el inconsciente. Curiosamente, ella lo aparta del relacionamiento humano, así como distancia a Tristán de su lealtad humana hacia su tío y de su sentido del deber y la obligación. En cierto plano de nuestra evolución, nuestro vínculo con nuestra alma y nuestro vínculo con nuestro mundo humano y personal entran en conflicto mortal –y este conflicto es el crisol de la Conciencia.

Las mujeres poseen en ellas una estructura psicológica equivalente, que Jung denominaba *ánimus*. En la mujer el ánimus es el alma, así como el ánima es el alma del hombre. Usualmente, el ánimus se personifica como una fuerza masculina y aparece en los sueños de la mujer como una figura masculina. El modo en que las mujeres se vinculan con su ánimus es distinto del modo en que los hombres se vinculan con el ánima, pero existe algo que los hombres y las mujeres tienen en común: el amor romántico siempre consiste en la proyección de la imagen del alma. Cuando una mujer se enamora, es su ánimus lo que ella ve proyectado en el mortal que está frente a ella. Cuando un hombre bebe

la poción amorosa, es su ánima, su alma, lo que él ve sobreimpreso en la mujer.

≈

> La proyección sólo puede disolverse cuando el hijo ve que en el ámbito de su psique existe una imago... de la hija, la hermana, la amada, la diosa celestial, la Baubo ctónica [1]. Toda madre y toda amada es forzada a convertirse en portadora y en corporización de esta imagen omnipresente e intemporal, que corresponde a la realidad más profunda del hombre. Esta peligrosa imagen de la Mujer le pertenece; ella representa la lealtad que él a veces debe desechar según los intereses de la vida; ella es la muy necesaria compensación por los riesgos, conflictos y sacrificios que desembocan en la decepción; ella es el consuelo de todas las amarguras de la vida. Y al mismo tiempo, ella es la gran ilusionista, la seductora que con su Maya [2] lo atrae a la vida. No sólo a los aspectos razonables y útiles de la vida, sino a sus intimidantes paradojas y ambivalencias donde el bien y el mal, el éxito y la ruina, la esperanza y la desesperación, se equilibran entre sí. Dado que ella es su mayor peligro, ella le exige a él lo supremo, y si él lo lleva consigo, ella lo recibirá.
>
> Esta imagen es "Mi Señora Alma." (Jung, *Aion*)

≈

Una de las revelaciones peculiares de nuestro mundo occidental es que ya no tenemos la menor impresión de poseer un alma. Si nos preguntan en qué consiste el alma, nuestras mentes se ponen en blanco. La palabra alma no evoca sentimiento ni imagen alguna; no hay nada en nuestros sentimientos o en nuestras vidas de lo que podamos decir, "ésta es mi alma, aquí la tienen." Es una palabra usada por los filósofos, los teólogos y los poetas, pero no sabemos por qué,

y en secreto dudamos que por su parte ellos lo sepan. "Alma" se ha vuelto una mera figura retórica, un sentimentalismo.

La psicología de Jung nos lleva de regreso al alma como realidad concreta, pasible de ser conocida, descrita y experimentada en lo inmediato. Aquí se encuentra el punto de intersección entre la vida interior que se encontraba en las religiones de antaño y la vida interior de la psicología arquetípica. Ambas dan testimonio de la realidad del alma, y ambas saben que a través del alma se llega al inconsciente, a la vida interior, al lado que está más allá del ego y fuera del estrecho ámbito de su visión periférica.

Hay tres cosas que Jung dijo sobre el Alma que pueden guiarnos mientras efectuamos este viaje con Tristán e Isolda. Primero, el alma no es una figura retórica o una superstición: el alma es una realidad psicológica, un órgano de la psique; vive en nuestro plano inconsciente, pero afecta profundamente nuestras vidas. Nuestra alma es esa región del inconsciente que se encuentra fuera del ego, no la vemos pero es mediadora entre el ego y el inconsciente. El doctor Jung dijo que el alma es a la vez "el receptor y el trasmisor", el órgano que recibe las imágenes del inconsciente y las trasmite a la mente consciente.

Segundo, el alma y el inconsciente se manifiestan por medio de símbolos: esas imágenes que fluyen desde el inconsciente en forma de sueño, visión, fantasía y todas las formas de la imaginación. La cuestión vital que Jung descubrió para nosotros es que perdimos nuestro sentido del alma porque perdimos nuestro respeto a los símbolos; nuestra mente moderna fue entrenada para considerar que los símbolos son una ilusión. Decimos, "Se trata apenas de tu imagina-

ción", sin darnos cuenta de que todas las partes faltantes en nosotros y que anhelamos, la "senda perdida hacia el cielo", nos son ofrecidas constantemente con el lenguaje olvidado del alma: símbolos e imágenes que emanan a través del sueño y la imaginación.

Tercero, para los hombres, el símbolo del alma es la imagen de la mujer. Si un hombre se da cuenta de esto y sabe cuándo está usando la imagen de la mujer como símbolo de su propia alma, entonces puede aprender a relacionarse con esa imagen como un símbolo y vivenciar internamente su alma. Jung dice, "Ella le pertenece, esta peligrosa imagen de la mujer." Cuando un hombre comprende que está imagen es suya, que "le pertenece", entonces ha dado el primer paso hacia la incorporación del amor romántico a su Conciencia. Comienza a ver que "toda amada es forzada a volverse la portadora y la encarnación de esta imagen omnipresente e intemporal."

Todo hombre necesita aprender a vincularse con personas y situaciones externas. Pero resulta igualmente importante e inclusive más urgente, que aprenda a relacionarse con su propio self. A menos que aprenda a enfrentar los motivos, deseos y posibilidades no vividas de su propio corazón secreto, nunca logrará sentirse completo por dentro o genuinamente realizado. Esa fuerza interna, que constantemente nos impulsa a experimentar nuestras posibilidades y valores no vividos, es la fuerza más terrible de la vida humana. El ánima es esa fuerza en los hombres: ella es el alma. Entonces, no sorprende que los hombres la vean como una diosa, ¡sólo ella puede hacer que nuestras vidas valgan la pena! Pero el significado máximo debe ser encontrado adentro: El hombre debe vincularse con el mundo exterior a partir de la for-

taleza de su integridad interna, y no procurando afuera sin rumbo un significado que sólo se encuentra, al fin, en las solitarias sendas de su propia alma.

Aquí comenzamos a entender parte de lo que le sucede a Tristán cuando bebe la poción amorosa, y qué ve súbitamente revelado en Isolda la Hermosa. Mientras el vino mágico inflama sus miembros, observa por medio de nuevos ojos. Sentada ante él, no ve tanto a Isolda la mujer sino a una visión radiante de la diosa que lleva dentro de sí, que repentina y mágicamente se ha instalado en la carne de una mortal. Ve en Isolda a su "Señora Alma", pues Isolda se convirtió en la carne, la imagen y el símbolo de ella.

La faceta hermosa y prístina del amor romántico es inherente a la verdad de lo que es proyectado, a lo que se ve a través del ser amado: el alma y su mágico mundo de imágenes. ¿Quién le negaría esta visión o esta experiencia a un hombre o a una mujer? Sin embargo, existe otra faceta y debemos enfrentarla. Veamos a Tristán: acaba de beber la poción amorosa. ¿Y qué ha sucedido? ¡Las ramificaciones en su mundo humano y práctico son tremendas! Pone a un lado su deber hacia el rey Mark. Olvida sus obligaciones. Renuncia a la moralidad, la lealtad y hasta la necesidad. La senda de la traición que emprenden los amantes sólo puede conducirlos a su destrucción. El lo sabe, pero eso ya no importa: "Bueno, entonces, ¡que venga la Muerte!"

En los occidentales modernos vemos una camada de complicaciones que emanan de esta invasión del mundo exterior por parte del alma, hacia nuestras relaciones humanas. En verdad el hombre comienza a exigirle a su esposa o a su novia que sea una diosa, que ella sea su alma y le aporte un constante y extático sentido de perfección. En vez de buscar dentro de sí mismo, donde habita naturalmente el ánima, reclama su alma en el entorno exterior; se la exige a una mujer. Corrientemente, se encuentra tan empecinado en proyectar su ideal interno hacia ella, que raramente ve el valor y la belleza de la mujer que se encuentra verdaderamente allí. Y si su proyección se evapora de golpe y él deja de estar "enamorado" en el sentido romántico, entonces se ve envuelto en un terrible conflicto. Quiere perseguir su proyección a medida que vuela y se posa en otra mujer, como una mariposa que va de flor en flor. Aquí aparece un terrible conflicto de valores, la tremenda contienda de lealtades que vemos en Tristán. Súbitamente nuestras lealtades humanas y las proyecciones de nuestra alma van en diferentes direcciones, por completo en estado de guerra dentro del delicado y fácilmente fragmentable vaso de la relación humana.

Pero detrás de este choque de valores hay algo bueno, algo prístino, algo con un inmenso potencial evolutivo:

≈

> El poder que te fuerza hacia la Conciencia y que te sustenta en el mundo consciente se evidencia como el peor enemigo cuando llegas al centro siguiente, pues allí realmente sales de este mundo y todo a lo que te aferres será tu peor enemigo. La máxima bendición de este mundo es la máxima maldición en el próximo. (Jung, "Kundalini Yoga")

Cuando te convoca el destino, cuando te desplazas hacia el próximo chakra (nivel de Conciencia), experimentas la sensación de estar "con la cabeza en los pies", de que tu mundo se ha invertido y allí todos los valores y lealtades del mundo que conocías están en tremendo conflicto con el nuevo mundo que te convoca.

Es lo que sucede con el amor romántico: el hombre patriarcal occidental perdió su alma, y ella lo reclama por la fuerza, sacándolo de su mundo conocido y llevándolo a un ámbito donde todo parece al revés; y siempre, flotante ante sus ojos, está la imagen de Isolda la Hermosa.

≈

[1] Lo *ctónico*, del griego "khthonios", bajo la tierra, se refiere a los dioses y espíritus que pueblan el submundo terrestre. La sacerdotisa Baubo oficiaba las ceremonias en el misterioso templo de Eleusis.

[2] En el hinduismo se denomina a la apariencia ilusoria del mundo.

8
LA POCIÓN AMOROSA EN LA HISTORIA

A MENUDO, EL MUNDO EXTERNO PARECE RESPONDER A NUESTRO viaje interno: la vida exterior y la historia confirman lo que los símbolos míticos y los sueños nos han enseñado. De la poción amorosa aprendimos algunas cosas sorprendentes sobre la naturaleza de este fenómeno cultural y psicológico que llamamos amor romántico. También descubrimos que el amor romántico, llamado en sus orígenes amor cortés, fue concebido como una disciplina "espiritual"; lo cual confirma lo que está simbólicamente implícito en la poción amorosa. Ahora ello servirá para que profundicemos un poco más. Aprenderemos que el culto del amor romántico tenía sus raíces en una religión.

≈

Durante muchos siglos después del advenimiento de la era cristiana, Europa fue un verdadero mercado de religiones. Como reyes y emperadores impusieron el cristianismo a va-

rios pueblos, ellos continuaron adorando –abierta o secretamente– a sus antiguos dioses y diosas. La gente entremezclaba sus prácticas religiosas "paganas" con la apariencia del culto cristiano en combinaciones que hoy nos resultarían muy extrañas. Muchos de nuestros feriados seculares como el Primero de Mayo y Halloween, fueron originariamente celebraciones religiosas; son remanentes seculares de religiones antiguas que fueron suprimidas por el cristianismo. Lo mismo es cierto para los ideales y las creencias. Muchas de las actitudes y credos de las religiones antiguas fueron suprimidas superficialmente como herejías pero sobreviven inconscientemente en nosotros y en nuestra cultura. Sucede por una razón: corresponden a una necesidad psicológica y a una realidad psicológica de los seres humanos, que no son atendidas por la ortodoxia ni por los "puntos de vista" oficiales.

Esta es una manera válida de considerar al amor romántico como una fuerza psicológica: es la vía por la cual regresa a nosotros lo que fue erradicado de nuestras vidas y de nuestra cultura hace mucho tiempo. La naturaleza humana posee recursos ilimitados; aunque sea inconscientemente, siempre descubrimos el modo de aferrarnos a lo que necesitamos.

Una de las religiones tempranas más poderosas fue el movimiento maniqueísta, bautizado a partir del profeta persa Manes. En Europa, esta religión se volvió "catarismo" porque sus seguidores se llamaban a sí mismos cátaros, que significa "puros". Hacia el siglo XII, pueblos y provincias enteras del sur de Francia, aunque nominalmente cristianas, practicaban el catarismo, y en las cortes de Europa muchos nobles eran cátaros. En Francia, el movimiento fue conocido como herejía albigense porque tenía como centro la ciudad francesa de Albi.

Una de sus creencias básicas era que el "amor verdadero" no consistía en un amor humano común entre el marido y la esposa, sino más bien en la adoración de un salvador femenino, mediadora entre Dios y el hombre, que esperaba en el cielo para dar la bienvenida a los "puros" con un beso sagrado y conducirlos después a un Reino de Luz. En contraste con este amor "puro", la sexualidad humana corriente y el matrimonio eran bestiales y nada espirituales. Los cátaros creían que el amor de un hombre por una mujer debía ser una alegoría terrena de su amor espiritual por la Reina del Cielo.

Muchos cristianos veían al catarismo como un movimiento reformista, una reacción contra la corrupción y la politiquería de la jerarquía religiosa. La iglesia patriarcal de la Edad Media, desde mucho antes desvinculada del alma femenina, se había vuelto materialista y dogmática; ofrecía un paquete de leyes y enseñanzas "reveladas", todas muy racionales y masculinas. Exponía una experiencia colectiva de ritual y dogma en la que la gente común no hallaba espacio para una experiencia personal del dios viviente. Por el contrario, los cátaros practicaban una moralidad ejemplar y brindaban una experiencia de Dios que era de inmediato personal, individual y lírica. Ellos le devolvieron lo femenino a la religión: rescataron a Isolda la Hermosa.

Los cátaros creían en un mundo de bien y mal absolutos. El espíritu es bueno, pero este mundo físico es perverso. Nuestras almas son ángeles en verdad, fragmentos divinos de Dios que se extraviaron del cielo y fueron aprisionados aquí en la materia terrestre. Dentro de cada uno de nosotros

el ángel heroico puja hacia una existencia espiritual en el cielo, pero Venus, diosa de la sensualidad, nos retiene en la materia física opaca. Para encontrar la salvación, los cátaros se esforzaban por ser "puros", para desistir de las tentaciones que Venus colocaba en su camino, evitando la sexualidad, comiendo frugalmente y huyendo de los sensuales apetitos que nos entrampan en este mundo maligno y doloroso. Por ello, los cátaros eludían el matrimonio y la sexualidad.

El foco de la veneración era la salvadora femenina: un ser de luz pura ataviado todo de blanco, que nos esperaba en el cielo para guiarnos hacia la presencia de Dios. Para los cátaros, la salvación sólo llegaba a través de la muerte física: dejando este cuerpo y elevándose para el encuentro con la Señora en las alturas. Pero la preparación del varón cátaro para la liberación de la carne era ver a la mujer, no como esposa, no como compañera mortal o socia sexual, sino como la imagen de la Redención: para adorarla con pasión, pero siempre como un símbolo, siempre como un recordatorio del "otro mundo" de pureza y luz.

El Papa declaró al catarismo como herejía y San Bernardo de Clairvaux lo redujo a la clandestinidad mediante cruzadas implacables. Pero como toda idea poderosa que es impulsada a la marginalidad, reapareció con otra forma: una forma supuestamente "secular". Las enseñanzas e ideales de los cátaros reaparecieron en el culto del amor cortés, en las canciones y los poemas de los trovadores y de los "romances". Algunos historiadores culturales creen que el amor cortés fue una deliberada continuación secular del catarismo, que los caballeros y las damas que primero practicaron el amor cortés eran cátaros que proseguían su práctica religiosa bajo el disfraz de un culto secular del amor. A

los de afuera les parecía una nueva y elegante manera de enamorar, de cortejar y lisonjear a lindas damiselas, pero para el círculo de iniciados era una práctica alegórica de los ideales cátaros.

El ideal del amor cortés se expandió a través de las cortes feudales de la Europa medieval e inició una revolución en nuestras actitudes hacia los valores femeninos del amor, el vínculo, el sentimiento refinado, la devoción, la experiencia espiritual y la procura de la belleza. Finalmente, esa revolución maduró en lo que denominamos romanticismo. También revolucionó nuestras actitudes hacia las mujeres; pero causó una extraña escisión en nuestros sentimientos. Por una parte, los occidentales comenzaron a ver a la mujer como la corporización de todo lo que era peru, sagrado y pleno; la mujer se volvió el símbolo del ánima: "Mi Señora Alma". Pero por otra parte, todavía atrapados por la mente patriarcal, los hombres siguieron viendo a la mujer como portadora del emocionalismo, la irracionalidad, la suavidad y la debilidad "femeninas"; todos los cuales son más síntomas del propio lado femenino del hombre que características de las mujeres.

Todavía no le ha sucedido al hombre occidental que cese de considerar a la mujer como el símbolo de algo y comience a verla simplemente como una mujer: como un ser humano. El está atrapado por la ambivalencia que siente hacia su propia interioridad femenina, a veces corriendo hacia ello en procura de su alma perdida, a veces desechándolo como una complicación innecesaria de su vida, un engranaje desquiciado de su maquinaria patriarcal. Es esta fragmentación no suturada lo que el hombre proyecta hacia la mujer exterior, la guerra que combate a expensas de ella.

Algunas cosas cambiaron desde los tiempos del amor cortés. Al comienzo, cuando se trataba de un ideal espiritual, el amor cortés no permitía la sexualidad o la boda entre los amantes. Sentían que la intensidad de esa adoración pertenecía a otro mundo y que no podía mezclarse con la relación personal, el matrimonio y el contacto físico. Como contraste, nosotros siempre mezclamos el romance con el sexo y el casamiento. La noción principal que no se modificó a través de los siglos es ésta: nuestra creencia inconsciente de que el "amor verdadero" debe ser una adoración religiosa mutua de tamaña intensidad que en nuestro amor sentimos revelados el cielo y la tierra. Pero a diferencia de nuestros corteses antecesores, tratamos de mezclar esa veneración con nuestras vidas personales, con el sexo, el matrimonio, el cocinar, el desayuno, el pagar las cuentas, y el criar hijos.

La creencia cortés de que el amor verdadero puede existir solamente fuera del matrimonio sigue con nosotros en la actualidad, afectándonos inconscientemente mucho más de lo que suponemos. El hombre espera que la mujer se haga cargo de los hijos, que ponga la comida en la mesa, que aporte a los ingresos familiares, y lo respalde en las luchas cotidianas de la vida humana. Pero otra parte de él quiere que ella sea la encarnación del ánima, la sagrada Señora de los cielos que siempre es bella y perfecta. El no entiende cómo la pura y radiante diosa que adoraba se ha convertido en esta esposa común que parece extremadamente irrazonable. La mujer ve que su marido trabaja, paga las cuentas, hace reparar el auto y defiende sus imperios, viviendo la ordinariez de la vida. Ella no entiende qué sucedió con el caballero que la adoraba y veneraba cuando la "cortejaba", esos

días en los que todo era tan intenso, tan extático, tan embelesante. La antigua creencia inconsciente regresa para perseguirlos, susurrándoles que el "amor verdadero" está en alguna otra parte, que no puede encontrarse dentro de los matices vulgares del matrimonio.

Estas son las terribles escisiones que todos acarreamos con nosotros. Por un lado, queremos estabilidad y relacionamiento con un ser humano común; por el otro, inconscientemente exigimos que alguien sea la encarnación del alma, que revele la divinidad y el Reino de la Luz, que nos traslade a un estado de adoración religiosa y colme con éxtasis nuestras vidas. Aquí hallamos, todavía vida entre nosotros, a la fantasía cátara, el ideal religioso bajo un disfraz.

Cada uno de estos ideales es una verdad psicológica; es una fantasía activa en nosotros, que nos dice quiénes somos, de qué estamos hechos, y qué es lo que necesitamos.

La religión de los cátaros y su descendencia, el amor cortés, son portadoras de la magnífica fantasía de la mente del hombre occidental, la fantasía que el amor romántico representa hoy para nosotros. Pero esta fantasía descomunal no es una ilusión: toda fantasía es una realidad, realidad expresada en símbolo y que fluye desde una fuente inefable. El catarismo es la fantasía de hallar el alma perdida de uno. Es la portentosa fantasía de descubrir que el mundo interno es real, que el alma es real, que los dioses son reales, y que verdaderamente podemos encontrar ese mundo, esa belleza, esa comunión con los dioses.

Muchos hombres aceptarían que el amor romántico es una "fantasía", pero no sabrían qué gran cosa han dicho: pues como fantasía también es una verdad, una verdad vivible, si la comprendiéramos en el nivel adecuado. La verdad exis-

tente detrás de la fantasía debe ser merecida. Para encontrar esa realidad, debemos buscar detrás de la fantasía y sus símbolos; debemos dejar de tratar de vivir como cátaros y desencarnar literalmente las fantasías corteses –fuera de nosotros, con gente mortal en el mundo temporal– y vivir la verdad de esta fantasía como un acontecimiento interno, experimentado en el reino intemporal de Ella, a quien ahora afirmamos.

≈

9
ARTIMAÑAS Y FUERZA

YA NAVEGAMOS CON TRISTÁN EN SUS DOS TRAVESÍAS POR LOS mares hacia Irlanda. La primera vez está enfermo y al borde de la muerte; va a la deriva sobre las aguas apenas con su arpa, y confía en que el mar lo llevará a su cura. Su viaje interior lo conduce a Isolda la Hermosa, una mujer de belleza insuperable y de dones pasmosos, pero curiosamente él no reacciona ante ellos. No está interesado en Isolda; si la ama, todavía no lo sabe. No se esfuerza en volverse amigo de ella ni en conquistarla. Sólo quiere que ella lo sane, para volver a Cornwall, a su status quo.

De regreso en Cornwall, hay sucesos y actitudes perturbadoras. El rey Mark no quiere una reina. Durante todos esos años desde la muerte de Blanchefleur no hubo una presencia femenina en la corte de Cornwall, y no obstante el rey Mark no desea casarse: no quiere esposa ni reina. Seguramente escuchó hablar sobre Isolda la Hermosa, pero no evidenció más interés que Tristán. El rey y su sobrino retoman sus rutinas; se contentan con el montaje de contiendas sangrientas,

ganar guerras, eliminar enemigos, matar dragones y otros pasatiempos masculinos favoritos de ese tipo. Y cuando Tristán regresa a Irlanda, no es porque vaya en pos de Isolda para sí mismo, no porque la valorice junto a lo que ella representa, no porque anhele entablar un vínculo con ella. Va como un pirata al ataque, "mediante artimañas y fuerza", para llevársela como un botín de combate.

¿Por qué emprende Tristán esta búsqueda de la Reina de los Cabellos Dorados? Al comienzo sus motivos lucen nobles y bravíos: Le dice al rey Mark, "Pondré mi vida en peligro por vos, para que vuestros barones sepan que os amo lealmente." Pero sabemos que por detrás estas palabras en verdad significan: él quiere usar a Isolda como prenda de su enfrentamiento con los barones, quiere llevarla a casa como una pluma de su sombrero, como trofeo de su virilidad, como prueba de que es el más leal y heroico de los campeones de la corte de Cornwall. Es así que convertimos las virtudes del héroe en un vicio, pues en la actitud de Tristán hacia Isolda se refleja la actitud del hombre occidental hacia su alma.

Cuando estamos tan heridos que nada puede ayudarnos, cuando nada encontramos en el cofre de trucos del ego que restituya el significado o la cordura a nuestras vidas, entonces acudimos a nuestras almas a regañadientes. Como Tristán, finalmente iremos a la deriva en el inconsciente. Al final, exploraremos nuestros dominios internos y buscaremos el significado de nuestras vidas. Pero una vez que llegamos allí y encontramos la cura en las manos de Isolda, nos reenfocamos instantáneamente en nuestro ego patriarcal: nuestros proyectos, nuestras líneas de producción, nuestro status y prestigio en el mundo externo. Como Tristán, le damos

prioridad absoluta a las apariencias: ¿Qué piensan de nosotros los demás barones? ¿Quién es el mayor campeón de todos? ¿Quién produce más? ¿Quién logra mayores lucros?

Que el rey Mark rehuse casarse es una señal nefasta. En el mito o en el sueño, cuando el rey no toma una reina y falla en generar un heredero, eso simboliza un rechazo de la integridad, un negarse a crecer, un no aceptar el destino que viene con la forma de un niño. En tiempos antiguos, la gente se preocupaba cuando el rey no tenía hijos; temían que los suelos no fueran fértiles, que no hubiera lluvias, que sus familias tuvieran menos descendientes, que el reino se volviera seco y estéril. En contraste, el casamiento del rey o la reina y el nacimiento de un heredero los colmaba de alegría. Inclusive hoy, cuando el monarca o el príncipe genera un hijo, especialmente un heredero del trono, el mundo entero se interesa y millones de personas se regocijan como si estuviesen personalmente relacionadas con el niño. Hay una profunda energía psicológica subyacente en nuestra reacción colectiva ante el nacimiento de un bebé real. En el nivel profundo de la psique el rey y la reina simbolizan para nosotros la evolución del self integral, y el heredero recién nacido simboliza la nueva Conciencia y la energía que albergamos potencialmente en nosotros.

Cualesquiera sean nuestras actitudes conscientes hacia la realeza, haremos bien en recordar que en cada uno de nosotros existe una realeza arquetípica. El símbolo del rey y la reina orienta a nuestra Conciencia hacia lo que es más elevado y verdadero dentro de nosotros, y hacia nuestro potencial para efectuar una síntesis de los valores masculinos y femeninos.

Así, el rechazo del rey Mark a tomar una reina nos dice que algo falta en la psique masculina occidental: no sólo

perdió lo femenino, ni siquiera está interesado en ella –ya que ni siquiera sabe conscientemente que la ha perdido. Perseguimos nuestros valores masculinos y extrovertidos durante tanto tiempo que llegamos al punto de considerar al alma como una complicación innecesaria en un mundo masculino de otro modo prolijo y ordenado.

Extrañamente, esos son los barones "malvados". Enemigos mortales de Tristán, que desafían este estado de cosas. Desde el punto de vista de Tristán, ellos son los "hombres malos" de la psique. Pero es siempre algo que consideramos maligno en nosotros mismos, lo que nos impulsa hacia la totalidad. Es una amenaza, una mosca en la oreja, algo que desestabiliza nuestro mundo egocéntrico y la línea de producción de nuestras vidas. Puede ser una enfermedad, agotamiento por exceso de trabajo, una neurosis que brota de repente y desbarata nuestra vida, forzándonos a buscar un significado detrás de lo que no logramos explicar. Nuestros síntomas y nuestras complicaciones se nos presentan como "malvados" que sólo buscan camorra, pero son estos malvados los que nos fuerzan a buscar a la reina.

Cuando finalmente partimos para buscarla, vamos, como Tristán, con "artimañas y fuerza". Cuando la vida se vuelve estéril, vamos en procura del ánima. Pero la queremos en nuestros términos; queremos incorporarla como un apéndice de nuestro ego, un adorno de nuestra persona. Queremos que el ánima nos energice, que cargue nuestras baterías, que nos de un sentido de significado y dirección, y haga nuestras vidas más excitantes; pero no queremos aprender de ella en sus términos y tampoco queremos tratarla como a una igual. Tristán quiere tratar a Isolda como una prenda del juego de poder, como un modo de sellar alianzas entre egos

masculinos. Esa es nuestra actitud usual.

Tristán, que nos habla de nuestro heroísmo, también nos muestra dónde se extravió dicho heroísmo. Tristán está en el baño de hierbas cuando convence a Isolda de su devoción con palabras almibaradas:

≈

"Hija del rey... un día volaron dos gorriones, y llegaron a Tintagel con uno de vuestro cabellos dorados. Y pensé que me traían buena voluntad y paz, así que vine a buscaros a través de los mares. Por eso enfrenté al monstruo y su veneno. Fijaos aquí, entre las hebras doradas de mi casaca está cosido el cabello de oro: los hilos lucen opacos, pero vuestro cabello todavía brilla."

≈

Podría ser que toda la tragedia de la vida del hombre moderno se inicie en este fraude fatal –pues él se engaña a sí mismo. La belleza de las palabras de Tristán consiste en su precisión; ¡la tragedia de sus palabras es que carecen de contenido! Si hubiesen tenido significado, eso representaría una inmensa evolución, una reversión del ego masculino occidental, una búsqueda afirmativa de lo femenino. Pero si Tristán, nuestro antecesor patriarcal, no sustentaba lo que dijo, ¿qué ocurre con nosotros? ¿Podemos aprender a acercarnos al lado femenino de la vida con estas mismas palabras bonitas y ser sinceros? El ánima nos envía ondas de paz. Tras siglos de artimañas, ¿podemos aprender a abordarla honestamente?

Cuando Isolda escucha las bonitas palabras de Tristán, cuando oye que uno de sus cabellos dorados está cosido al blasón de su casaca, ella baja la espada. Procura encontrar

la prueba de esa devoción, y cuando piensa que la encontró, depone las armas. En vez de abatirlo, lo besa. Aquí vemos la similitud entre lo femenino interno y la mujer externa. En ambos casos, el principio dominante es el relacionamiento.

Como Isolda, si una mujer es ignorada o herida por un hombre, a menudo ella encontrará la manera de volver contra él su propia espada, de herirlo mediante su propio impulso. Pero en el instante en que el hombre responde a su necesidad, le ofrece su amor, y se vincula afirmativamente con ella, la mujer posee un poder casi mágico para perdonar. Lo femenino utiliza la espada de su antagonista; cuando él entierra su espada y le ofrece vincularse, en ese mismo instante ella sepulta la suya. La agresión es trasformada en vínculo afectivo. Lo femenino, sea en un hombre o en una mujer, habitualmente olvida sus rencores si se le ofrece un relacionamiento genuino y afectuoso en el presente. En la mujer, éste es uno de los instintos más nobles y hermosos, una de las maneras con que ella asegura y trasforma la vida. Vincularse es su principio básico, la tónica dominante de su naturaleza. Más que para alguna otra cosa, ella vive para eso.

Así sucede con Isolda. Cuando Tristán la convence de que le ofrece un vínculo y amor, que la valoriza y la desea por lo que ella es, entonces todo su odio y planes de venganza son puestos a un lado; ella baja su espada. Aquí tenemos dos facetas del ánima. El alma no es apenas un sentimiento cálido que llevamos en nosotros por ahí, para extraerlo según la necesidad, o para pasarlo por alto. Ella también requiere relacionamiento, con el mundo interno propio. Ella también requiere algo del tiempo y esfuerzo del hombre. Cuando él la ignora, ella estalla de furia. El ánima marcha

a la carga enarbolando su propia espada y amenaza con partirlo en dos. Ella trastorna la vida de él, crea obsesiones y neurosis, y logra abrirse camino en las proyecciones y las convulsiones del amor romántico. El ánima, espada en mano, es un ser peligroso, capaz de dejar un rastro de destrucción en su huella. Pero el ánima, como Isolda, hará las paces. Si vamos en su búsqueda, si la tratamos como a una igual, si localizamos su mundo y su sabiduría, ella hará las paces y abrirá hacia nosotros su mundo interno.

Desafortunadamente, el hombre occidental es como Tristán: un meloso charlatán. Pero aquí hay un rompecabezas que ofrece redención: a menudo, cuando mentimos, inadvertidamente decimos la verdad. Lo que conscientemente pensamos que no estamos significando, es exactamente verdadero a nivel inconsciente. Tristán cree que está mintiendo. El ignora que, bajo sus motivos conscientes, el inconsciente lo arrastra inexorablemente hacia Isolda. Y todo lo que le dijo es verdad en la profundidad de su ser, aunque será el último en darse cuenta.

¿Por qué le cree Isolda? El alma es una vidente mágica; ¡ella no es idiota! ¿Por qué ella le cree? Porque ella oye la verdad existente detrás de la mentira, y es a esta verdad más profunda que lo interno femenino responde.

A menudo, nuestras falsedades expresan nuestras necesidades y deseos más profundamente inconscientes, esos que conscientemente no reconocemos. Este principio no nos autoriza a mentir o a traicionar, pero si aprendiéramos a ver la verdad que subyace en nuestras imposturas, tanto cuando nos encontramos mintiéndonos a nosotros mismos como a los demás, entonces podríamos comenzar a volvernos responsables de esas verdades y a vivirlas frontal y honestamente.

Como Tristán, todos hemos pronunciado palabras floridas en las que no creíamos. Pero si observamos cuidadosamente para ver ese lugar secreto y oculto del cual salieron tales palabras, descubriremos que es a Isolda a quien buscamos y es Isolda a quien necesitamos.

Tristán no sabe qué es lo que busca, ni lo que necesita, y así mediante una extraña alquimia revertida del inconsciente, convierte la verdad en mentira. Cuando Isolda se ubica ante los barones irlandeses y escucha el propósito de la búsqueda de Tristán, descubre que fue engañada y una daga traspasa su corazón; y tiembla "de verguenza y angustia".

> Pues Tristán, habiéndola conquistado, la desdeñaba; ¡la linda historia del cabello de oro no era sino una mentira! El la entregaba a otro... Así... con una estratagema y la fuerza Tristán conquistó a la reina de cabellos dorados.

Pero la fuerza y la artimaña nunca funcionan hasta el fin. Mediante la artimaña y la fuerza este ego masculino es arrojado contra su propio self, contra sus necesidades más profundas y contra su propia alma. Tristán cree que conquistó lo femenino, que la arrastrará a casa para asegurar alianzas y el poder masculino del ego. Pero no sabe lo que lo espera a su frente. Cree que conquistó, pero el conquistado fue él.

El destino coloca a Tristán frente a una vasija de barro llena con un raro y vivificante vino. Y él, lejos de toda sospecha, lo bebe a fondo.

≈

PARTE III

NARRATIVA

Cómo Tristán e Isolda Deambularon por el Bosque Encantado

AHORA VOLVEMOS A NUESTRA HISTORIA, Y ENCONTRAMOS A Tristán e Isolda en un pequeño navío enfilado hacia la costa de Cornwall. Tristán lleva en sus brazos a la Reina de los Cabellos Dorados –que se suponía era para el Rey.

El rey Mark quedó pasmado y todo el pueblo encantado cuando vieron a su nueva reina, pues era la doncella más hermosa que su hubiese visto en esas tierras, y su gracia cautivaba tanto a nobles como plebeyos. La boda real fue celebrada en medio del esplendor y el regocijo. Pero en su noche de bodas Isolda envió a Brangien, su criada, a la cama del rey en su lugar. La vistió con sus finas ropas y le aplicó a Brangien un sortilegio para engañar al monarca. Así fue engañado el rey y nunca supo que su reina había perdido su virginidad en los brazos de su bello sobrino, antes de pisar siquiera las orillas de Cornwall.

Todos los barones y el pueblo estaban contentos con la rei-

na. Pero en los corazones de Isolda y Tristán ardía una llama incontenible. Sin tomar en cuenta el peligro, se encontraban en secreto y daban rienda suelta a su pasión.

Detrás del palacio había un hermoso jardín de flores fragantes y un manantial burbujeante, y en el medio se alzaba un pino muy elevado. Bajo el alto pino se encontraban los amantes, protegidos –eso creían– de ojos indiscretos. Y cuando sentían la pena de la separación, al despuntar el amanecer, a veces Isolda decía:

"Oh, Tristán, oí decir que el castillo es mágico y que dos veces por año se esfuma. Sucedió ahora y éste es el bosque encantado que cantan los arpistas. Un muro etéreo lo circunda; hay árboles floridos, un suelo balsámico. Aquí el héroe vive sin necesidad de vigilancia en los brazos de su amiga y no hay fuerza hostil alguna que pueda abatir el muro etéreo..."

"No", dijo Tristán... "éste no es el bosque encantado. Pero un día, amiga mía, iremos juntos a tierras afortunadas de las que nadie regresa. Allí se alza un castillo de mármol blanco; en cada uno de sus mil ventanales arde una vela; y en cada uno un trovador toca y canta una melodía interminable; allí no brilla el sol pero nadie echa de menos su luz: es la tierra feliz de los que están vivos."

≈

Tales eran las miradas que ambos entrelazaban día tras día, que toda su pasión podía ser advertida por quien se molestase en prestar atención. Eso hicieron los barones malvados que los espiaban –¡que Dios los maldiga!– y los denunciaron al rey. Llevaron al monarca al lugar de las citas, lo ubicaron en lo alto del pino, y allí esperó hasta que vio a Isolda llegando furtivamente al jardín. Pero la luna brillaba tanto que Isolda

vio la sombra del rey proyectada sobre el suelo. Tembló por entero y oró para que Tristán no apareciese.

Poco después, Tristán saltó el muro como una serena pantera, e Isolda gritó con un severo tono de advertencia: "Señor Tristán, decidme rápidamente por qué me habéis pedido este encuentro secreto, pues el rey pensará lo peor si se entera, y eso me costaría la vida".

Entonces, Tristán observó el agua del manantial y vio el reflejo del rey; supo así por qué Isolda se expresaba con tanta severidad. La presencia de ánimo de Tristán fue tan veloz como su espada. Se arrodilló y le rogó a la reina que intercediera con el rey Mark, que le manifestara al monarca su plena lealtad. Lamentó que algunos traidores hubiesen dicho falsedades sobre él y a la reina. "Sabed, oh mi reina, que enfrentaré en combate a cualquier caballero para probar vuestra pureza y mi propia inocencia."

Así hicieron su representación los amantes hasta que el rey Mark pensó que eran inocentes. Bajó la flecha que tenía tendida en su arco y apuntada al corazón de Tristán.

Después, cuando Isolda le contó su aventura nocturna a Brangien, ésta clamó: "Isolda, Dios ha hecho un milagro por la reina, pues es compasivo y no lastimará a los de corazón inocente."

El rey manifestó su furia a los cuatro barones malvados y ellos desaparecieron de su vista.

Aun así Tristán no renunció a la reina, y corrió todo tipo de riesgos para seguir teniéndola en sus brazos y sumergirse en el placer. Finalmente, fueron descubiertos, y las pruebas eran tan rotundas que el rey rugió como un jabalí herido y ordenó que los amantes fuesen a parar a la hoguera. Pe-

ro rumbo a la pira, Tristán pasó frente a una pequeña capilla en lo alto de los peñascos que miraban al mar, y los guardias le permitieron entrar a ella para pronunciar sus últimas plegarias. Una vez en la capilla dijo: "¡Prefiero arrojarme al acantilado antes que la deshonra de la hoguera!" Y se lanzó hacia el vacío por el ventanal. Pero un viento poderoso infló su manto, el aliento de Dios atenuó su caída, y se posó sano y salvo sobre las arenas de la playa. Su fiel escudero, que presenció todo ese descenso, acudió hacia la playa con su caballo y sus armas, y ambos huyeron velozmente.

El rey tuvo un estallido de ira, entregó a Isolda a una banda de leprosos para que la disfrutaran como mujer y la condenaran a una muerte muy lenta. Pero Tristán cayó sobre los leprosos desplegando su espada, los abatió uno tras otro, rescató a Isolda y así escapó con ella hacia el bosque salvaje de Morois.

≈

Durante tres años los amantes vivieron en el bosque silvestre. Se alimentaban con raíces, hierbas y carne de animales salvajes. Su piel se tensó sobre los cuerpos enflaquecidos, están pálidos y sus ropas se convirtieron en harapos. Pero sus miradas extraviadas seguían encontrándose, la poción circulaba todavía por sus venas, y ellos no sabían que sufrían.

Un día, por azar, se encontraron con el ermitaño Ogrin, un hombre santo y justo, que no bien posó su mirada sobre Tristán sancionó de inmediato:

"Dios os ayude, señor Tristán, ¡pues habéis perdido este mundo y el próximo! Un hombre que traiciona a su amo merece ser descuartizado por caballos, ser quemado en la pira y donde sus cenizas caigan ninguna hierba deberá crecer... Señor Tristán, devolved la reina al hombre que la desposó legítimamente según las leyes de Roma... Y haced penitencia, Tristán."

Pero Tristán respondió:

"¿Y de qué delito debo arrepentirme, Ogrin, mi señor? ..Estáis ahí juzgándonos, ¿y acaso sabéis algo de la copa que bebimos en alta mar? Aquel buen y espléndido trago nos embriaga, prefiero... seguir alimentándome con raíces y hierbas junto a Isolda que, sin ella, ser rey de una comarca incomensurable."

Entonces, le dijo Isolda al señor Ogrin:

"Sire, por Dieu omnipotent
Il ne m'aime pas, ne je lui.
Fors par un herbé
Dont je bui
*Et il en but: ce fu pechiez."**

"Señor, por Dios Todopoderoso
El no me ama, ni yo a él.
Una poción de hierbas es culpable
De la cual yo bebí
Y él también bebió: pecado fue."

De este modo Tristán e Isolda se desligaron de su culpa y le dijeron a Ogrin que todo se debía a la poción. Luego se dieron vuelta y regresaron al bosque.

Poco después, un avieso leñador descubrió su cabaña entre los árboles y corrió de inmediato a Tintagel. Este traidor desvergonzado se vendió al rey para guiarlo hasta ese lugar. Cuando el rey llegó cerca de ellos, desmontó y se aproximó y, espada en mano, se aproximó furtivamente. Pero cuando llegó hasta los amantes, ellos estaban completamente vesti-

dos, con la espada desenvainada de Tristán entre ellos. Y sus rostros eran castos e inocentes.

Entonces el rey pensó para sí mismo:

"¡Dios mío, no debo matarlos! Después de todo el tiempo que han vivido juntos en en este bosque, de haberse amado desaforadamente, ¿habrían colocado esa espada entre ambos? ¿Acaso todo el mundo no sabe que una espada desnuda que separa a dos cuerpos es prueba y guardián de la castidad? ¿Si se amaran de manera desenfrenada, yacerían aquí tan puramente?"

Luego, Mark se quitó un anillo de la mano y lo calzó en un dedo de Isolda. Tomó del suelo la espada de Tristán y clavó la suya entre ambos. De este modo, les dejó señales de reconciliación y perdón.

Tristán e Isolda despertaron sobresaltados y encontraron el anillo y la espada del rey. Su miedo repentino se convirtió lentamente en azoramiento. La compasión del rey los perturbaba como su odio jamás había podido hacerlo. Por primera vez, Tristán se preguntó si había actuado correctamente; sentía la falta del amor y la camaradería de su tío.

"Pero", pensó, "¡él va a recuperar a Isolda! ¿Qué estoy pensando? ¿Cómo puedo soportar tal cosa? ¡Hubiese sido mejor que el rey me matara durante el sueño, pues ahora con su compasión ha despertado mi Conciencia!"

Tristán evocó cómo Isolda había sido reina al lado de Mark, cómo ella había vivido en un palacio rodeada de finas sedas, pero en el bosque vivió como una esclava, malgastó su juventud viviendo como una salvaje en una cabaña diminuta.

"Sin duda alguna", pensó, "ella es su esposa. Y ella es la reina, casada bajo las leyes de Dios y coronada ante todos

los barones. Con certeza debo entregarla al rey."

Pero durante toda la noche él permaneció indeciso, torturado por la pena. Isolda, por su parte, también repensó el asunto:

"Tristán debió haber vivido en el palacio del rey con sus pares. ¡Debió embarcarse en aventuras, pero a mi lado dejó de ser un caballero, quedó exiliado de la corte y sujeto a persecusión, y llevó una vida azarosa y carente de sentido!"

De este modo, Tristán e Isolda decidieron que debían regresar al rey.

Pero Tristán dijo:

"Mi reina, suceda lo que suceda, y dondequiera que vaya, sólo seré vuestro, pues sólo seré siervo de un amor único."

Entonces, los amantes partieron hacia los lindes del bosque, en procura de Ogrin el ermitaño. Al instante de verlos, él gritó:

"Amigos míos, ¿no vendréis por fin para arrepentiros de vuestra locura? Tristán, hijo mío, ¿no devolveréis la reina y pediréis misericordia al rey?"

Y Tristán respondió: "Mi señor, Ogrin, por nuestro amor no puede haber penitencia. Pero no será por mi causa que Isolda languidezca aquí en esta tierra condenada. Rezad, señor mío, enviadle un escrito al rey y decidle que si él acepta a la reina, yo se la devuelvo. Y si él me acepta como su súbdito, regresaré y cumpliré con mi deber como corresponde."

Ogrin fue hasta el altar, rezó y alabó a Dios. Luego el buen ermitaño redactó el escrito con pulcras palabras que los sacerdotes conocen, y lo despachó esa misma noche para el rey Mark.

Tan pronto el rey reunió a sus barones, que le debían consejo, mostró el escrito y ordenó que les fuera leído. Y los barones dijeron:

"Rey, permitid que la reina regrese a vuestro lado. En cuanto a Tristán, él debe dejar estas tierras y servir a un rey en Francia o, quien sabe, al rey de los Países Nórdicos. Pues si él regresa a Tintagel, abundarán los rumores y las habladurías y la corona se verá deshonrada."

Así fue. El rey Mark le envió su mensaje a Tristán, para que la reina regresase a los vados del río en un día determinado, y que él abandonase la tierra de Cornwal para servir en otras latitudes.

≈

En el día que Tristán devolvió a Isolda, los amantes se sentaron juntos en un bonito lugar del bosque y lloraron amargamente. Y antes de ir al encuentro del rey hicieron votos, uno al otro, de este modo:

"Reina", dijo Tristán, "dondequiera que mi senda vaya, os enviaré mensajeros. Y si me lo pedís, volveré, no importa bajo las órdenes de quien cabalgue, no importa lo lejos que me encuentre."

Isolda le dio a Tristán un anillo de jaspe verde y le dijo:

"Amigo, tengo aquí un anillo de jaspe verde. Llevadlo por amor hacia mí, y ponedlo en vuestro dedo; y si alguien viene de vuestra parte, no confiaré en él hasta que me muestre este anillo, y una vez que lo haya visto, no habrá poder ni prohibición real que me impida hacer lo que me pidáis –sabio o idiota."

≈

Después que Isolda regresó, toda la comarca fue feliz de nuevo, y todo el pueblo de Cornwall vivió su vida en paz. Pero los barones malvados siguieron diciendo maldades sobre Isolda y afirmando que actuó vilmente con Tristán: el asunto llegó a los oídos de ella. Entonces Isolda le exigió a su marido y rey lo que constituía su derecho: el Juicio de Dios. Y es de este modo que se consuma el juicio: Se calienta una barra de hierro hasta que se pone al rojo; Isolda debe jurar por la verdad de lo que enuncia sobre reliquias de santos; luego debe aferrar la barra al rojo con sus manos. Si ella dice la verdad, Dios no permitirá que se queme (como todo buen cristiano sabe). Pero si ella miente, ella se quemará, y sobre esa evidencia debe ser inmolada en la hoguera por su traición.

Isolda le hace llegar un mensaje a Tristán, pidiéndole ayuda para un plan secreto. Consiste en que en el día del juicio, Tristán llegue a la playa disfrazado de peregrino pobre, lleno de harapos. Todo se dispone para el juicio: el fuego encendido, las reliquias de santos custodiadas por guardias en la cercanía, y la hoguera preparada con ramas secas y leña menuda a su alrededor.

La reina llegó desde el mar en su barca, señaló a Tristán y le dijo a un caballero:

"Llama a ese pobre peregrino para que me cargue a través del barro, así puedo llegar hasta el pueblo limpia y con buen aspecto."

Entonces Tristán penetró en los bajíos, alzó a la reina desde la barca, y la cargó hasta la tierra seca. Vestida con una toga blanca como la nieve ella se paró ante los barones de Tintagel y de Camelot, pues hasta el rey Arturo y su corte viajaron desde Camelot para ser testigos, de modo que nadie cuestionara el juicio de Dios. Y todos quedaron atónitos ante su belleza. Entonces, sosteniendo las reliquias de los santos, Isolda hizo su juramento:

"Juro por los santos que ningún otro hombre me ha tenido en sus brazos salvo mi marido el rey y también ese pobre peregrino que me cargó desde mi barca."

Luego la reina, pálida de temor pero firme en su coraje, fue hasta el fuego y tomó el hierro al rojo. Sosteniéndolo ante ella, dio nueve lentos pasos, y luego lo arrojó al suelo. Estiró sus brazos en forma de cruz, enfrentó al pueblo y lentamente abrió las manos. ¡Y contemplad! Las palmas de sus manos estaban frescas y limpias. La gente permaneció en silencio, azorada, y luego todos al mismo tiempo irrumpieron en alabanzas a Dios, y lloraban de alegría por su reina.

Inclusive después de estos problemas y siempre a punto de ser atrapado, Tristán no abandonó Cornwall; ni tampoco pudo mantenerse alejado de la reina. Una noche, se acercó furtivamente a su ventana e hizo el llamado del ruiseñor. La reina conocía ese llamado; recordaba su juramento ante Dios, su juramento a Ogrin, su juramento al rey; sentía el peligro de muerte. No obstante gritó:

"¡Qué importa la muerte! Me llamáis, me queréis, ¡yo voy!"

Y así se encontraban en la oscuridad de las noches y satisfacían su amor. Pero espías traicioneros y otros villanos merodeaban y espiaban a la reina. Ella y Tristán sabían que volverían a ser descubiertos. Finalmente, él partió, y tras muchas llorosas palabras de despedida, abandonó Cornwall.

Apartados, los amantes no pueden vivir ni morir, pues era vida y muerte a la vez; y Tristán trató de huir de sus penas por mares, islas y muchas tierras.

≈

* *El texto en francés antiguo proviene de la versión del mito según Béroul.*

10
LA REINA DEL MUNDO INTERIOR

EN NUESTRA PSIQUE, EL CASAMIENTO DE ISOLDA CON EL REY Mark de Cornwall representa algo profundo y poderoso. El ánima regresa al reino interior, lo femenino y lo masculino se reúnen, el self se completa y se vuelve entero. Oímos el repicar de campanas, la gente atesta la gran iglesia y se ubica a lo largo de las calles para contemplar a la nueva reina y deleitarse con su belleza. El alma está de regreso en Cornwall, el rey tiene esposa, las tierras florecen.

Debemos hacer una pausa para apreciar qué significa eso para nosotros, pues en nuestro interior se produce una boda complementaria, una unión que no debemos tomar a la ligera. Isolda se volvió la reina desde el momento en que el gorrión atravesó el ventanal de Tintagel y llevó su cabello dorado a Mark. Tristán la llama reina antes de que se case con el rey Mark y se dirige a ella como "Reina" hasta en el bosque de Morois. Isolda la Hermosa es la reina al principio, al final y siempre: ella no puede ser otra cosa.

El matrimonio real nos dice que es correcto que el ánima se una al rey interior. Pese a que Tristán la engañó y usó la fuer-

za y la artimaña, aunque los motivos de él fuesen inapropiados y ella viajase contra su voluntad, aunque bebieran la poción amorosa en alta mar, no obstante Isolda es la reina del mundo interior y está destinada a un lugar único: ser reina en el trono junto al rey Mark, el rey interior. Ningún otro lugar puede ser apropiado para su realeza y su divinidad.

Si advertimos esto, entonces entenderemos por qué Tristán destruye el reino cuando traiciona al rey Mark. No solamente traiciona al rey, sino que reduce a la reina a un lugar de menor dignidad que el que constituye su derecho. Ello no sólo afecta a Tristán en su mundo personal sino que afecta al reino entero. Cuando Isolda se casó con el rey Mark, el bienestar y la alegría fluyeron por toda la comarca. Cuando Tristán seduce a Isolda en citas secretas debajo del pino, las reverberaciones se sienten en todas partes: la reina es reducida a menos de lo que es, es derribada de su trono y relegada. El corazón de la reina se divide, Tristán está dividido, y pronto el reino se llenará de discordia porque ellos no pueden resolver el conflicto en sí mismos.

El dilema del mito, y la fuente de todos los conflictos, confusiones y sufrimientos, es una simple exigencia: Tristán exige el derecho a poseer a Isolda con exclusividad. Ella, que debería ser la reina de todo un reino es robada por un individuo. El ego usurpa lo que pertenece al self.

Ahora bien: ¿qué significa esto en la vida del hombre moderno? El modo en que arrancamos al ánima de su papel apropiado dentro de nosotros, como reina del mundo interior, se da mediante nuestros intentos de convertirla en una mujer física, externa. Lo hacemos mediante una proyección. De ese modo nuestro ego trata de poseer al ánima, de aprisionarla en carne mortal, de experimentarla a nivel físico, personal, externo.

Se requiere algo específico para reintegrar al ánima a su papel psicológico como reina del mundo interior: el hombre de-

be disponerse a *cesar de proyectar* el ánima de las mujeres de su vida. Sólo esto posibilita que el ánima asuma su papel apropiado dentro de su psique. Sólo esto permite que él vea a su mujer tal como es, librada de sus proyecciones.

Sobre el replanteo de las proyecciones, Jung dice:

> Con el descarte de las proyecciones, el ánima vuelve a ser lo que era originariamente: una imagen arquetípica que, en su lugar adecuado, funciona para beneficiar al individuo... funcionando entre el ego y el Inconsciente... (Jung, *Psicología de la Trasferencia*, *)

≈

¿Cuál es el lugar exacto del ánima? Es el "funcionando entre el ego y el Inconsciente", el vivir en la psique interna del hombre, en su imaginación, inspirándolo desde adentro.

Cuando Tristán demanda la posesión de la reina, eso significa que insiste en convertir al ánima en un ser físico. Trata de convertir a su alma en algo físico, en vez de reconocer que ella es un ente psicológico que vive en el mundo interior. En vez de vivenciarla de modo simbólico, como una imagen femenina interna, literalmente él trata de convertirla en una mujer de carne y hueso.

No sólo tomamos la imagen de la mujer como símbolo del ánima, sino que olvidamos que la convertimos en un símbolo. Creemos que el ánima es la mujer, y que la mujer es el ánima. Le exigimos a las mujeres que encarnen ese papel y que dejen de ser humanas para convertirse en diosas. Al humanizar al ánima perdemos de vista a nuestras almas. Al tratar de divinizar a las mujeres perdemos de vista su humanidad y les arrebatamos su femineidad.

El matrimonio real de Isolda y su coronación como reina, nos dicen que ella siempre debe reinar en el mundo interior: ser allí una reina. Por más que lo intentemos, no la apartaremos de su

rey interior, no la despojaremos de su matrimonio real, ni la exteriorizaremos en nuestras relaciones físicas. Si tratamos de hacer algunas de esas cosas, el reino cae a pedazos, se daña la estructura de la vida y las relaciones humanas. Y dado que Tristán sigue tratando de ver al ánima como una mujer física, nunca la vivenciará como "Mi Señora Alma", lo cual es su genuino deseo y su profunda sabiduría.

Existe otro camino. Podemos aprender a diferenciar lo interno de lo externo, a ceder la reina al rey, a dejar que ella revele todo un mundo nuevo de Conciencia –un mundo que sólo podemos apreciar cuando la abordamos como un arquetipo experimentado interiormente.

En lo hondo de su corazón, Tristán sabe que Isolda siempre debe ser la reina. Es por eso que jamás intenta concretar una boda común con ella. Es por eso, en un momento crucial, que coloca la espada desnuda entre él e Isolda. En última instancia, sabe que no puede poseerla de manera personal y física. Con una mano se la devuelve al rey, y al mismo tiempo trata de poseerla con la otra. Lo hace inconsciente y envidiosamente, lamentando su destino y viendo las razones que existen detrás de sus propias acciones.

Si Tristán lograra efectuar conscientemente este acto de sacrificio, si él pudiera restablecer a la reina a su trono y comprender por qué eso debe hacerse, su destino no sería la historia trágica que es. Podría permanecer cerca de su reina, podría vivenciarla como la diosa que ella es, podría vivir con ella internamente, en la dimensión apropiada. Tendría a su alma, la Reina Suprema, como realidad interior, y quedaría en libertad para vivir externamente con una mujer mortal, para amarla intensamente *en su propia esencia*, como ella merece.

≈

* *Para la cita íntegra de este pasaje, ver capítulo 16.*

11
ENGAÑO BAJO EL PINO

¿Y de qué delito debo arrepentirme, Ogrin, mi señor? ...Estáis ahí juzgándonos, ¿y acaso sabéis algo de la copa que bebimos en alta mar? Aquel buen y espléndido trago nos embriaga.

TRISTÁN RESPONDE CON ESTAS PALABRAS CUANDO OGRIN EL Ermitaño le exige que se arrepienta por la traición y el adulterio. Y con estas palabras ingresa al mundo una nueva moralidad. Quienes beben la poción amorosa exigen una exención especial. Tristán nos dice que es inocente, que no cometió error alguno, que responde a una nueva gama de leyes. Tan embriagado está con el vino mágico, que se alza por encima de los antiguos parámetros del bien y el mal: no será juzgado por otra regla, salvo la de su pasión. Y Dios intervino tantas veces a su favor, que se siente con el derecho de reclamarle un aval a los cielos.

La primera vez sucede bajo el elevado pino, el lugar secreto donde se encuentran los amantes. La luna se alía con ellos y les revela que el rey los vigila desde lo alto del árbol. Y

una vez que arman la escena y engañan al rey, Brangien exclama:

"Dios ha hecho un milagro para vosotros, pues es compasivo y no lastimará a los de corazón inocente."

≈

¿Qué es esto? Se trata de una contradicción difícil de explicar. ¿Cómo es que estos amantes son "de corazón inocente" si traicionan al rey, quiebran sus votos de lealtad hacia él, y lo toman como a un idiota? ¿Se trata del mismo Dios que santifica el matrimonio? ¿Que prescribe la fidelidad y la verdad? ¿Acaso Dios bebió el mismo vino que los amantes y pasó a complicarse en traiciones y adulterios?

Hay más todavía. Cuando los amantes son atrapados, y Tristán marcha hacia la hoguera, salta desde un acantilado. Milagrosamente, un viento repentino y poderoso insufla su manto, atrapado en su bota, y amortigua su caída. Más adelante, cuando el rey Mark llega hasta los amantes que yacen juntos en los bosques de Morois, sucede que Tristán ha colocado su espada desnuda entre él e Isolda; los amantes se salvan de nuevo. Finalmente, cuando Isolda está de pie ante todos los barones reunidos y encara el Juicio de Dios, alza una barra de hierro calentada al rojo y no se quema. Dios mismo confirma que ella ha dicho la verdad.

¿Qué son estos milagros? ¿Qué pueden significar? No se trata de simples artificios dramáticos. Tratemos de entender, los amantes dicen la verdad: ¡son "inocentes"! Son "de corazón inocente". Fueron sometidos por una verdad y un poder tan tremendos que extraviaron sus conductas. Resuenan en otro mundo, en un plano distinto de la existencia, y ello los colocó en oposición a todos los parámetros del mundo

humano corriente.

Estos milagros nos dicen que los amantes actúan correctamente, inclusive si parece que cometen "errores". Por lo menos, hacen lo mejor que pueden con la terrible revelación que cayó sobre ellos. El "otro mundo" interviene una y otra vez en la vida corriente para aliviar a ambos amantes de las consecuencias normales de sus actos, pues si bien están a contrapelo de este mundo común y de la moralidad humana, están completamente en sintonía con aquel otro mundo. Pero aquel mundo establece sus propios precios y sus propias consecuencias, y pronto veremos cuáles son estas consecuencias.

Si preguntamos en qué mundo están sintonizados estos amantes, sólo debemos regresar al elevado pino y escuchar a Tristán:

≈

"Este no es el bosque encantado. Pero un día, amiga mía, iremos juntos a tierras afortunadas de las que nadie regresa. Allí se alza un castillo de mármol blanco; en cada uno de sus mil ventanales arde una vela; y en cada uno un trovador toca y canta una melodía interminable..."

≈

Este bosque encantado es el mundo interior de la psique, la región inexplorada del ser humano que está fuera del tiempo y el espacio. Tristán no sabe nada de este mundo hasta que bebe la poción amorosa, pero una vez que lo hace este mundo lo consume. Sus ojos se deslumbran con lo que nunca vio antes, su mente, su cuerpo y todos sus sentidos quedan sintonizados de allí en adelante en un único nivel de la existencia.

¿Pero qué sucede con el rey? ¿Y qué hay de la vida y los

deberes humanos de Tristán? ¿Qué sucede con la boda de Isolda, sus votos, la vida con su marido? Aquí, debajo del pino, comenzamos a percibir que la poción amorosa exige demasiado. A menos que la volvamos consciente, a menos que la situemos en el nivel correcto, nos posee por completo y nos domina desde las profundidades; disuelve nuestras vidas humanas, nuestros vínculos y compromisos: no deja nada en su sitio. El mundo que nos abre es extraño y maravilloso; es una región de nosotros mismos que hace tiempo necesitábamos redescubrir y tocar. Pero, como ocurre con toda nueva verdad poderosa que emerge de inconsciente, la poción amorosa se filtra a lugares a los que no pertenece, destruye cosas que deberían preservarse, reclama más de lo debido.

Cuando la poción amorosa exalta a Tristán e Isolda, no sólo les requiere que agreguen una nueva dimensión a sus vidas, les exige que extingan todo sentido del bien y el mal, todos los parámetros de lealtad, compromiso y fidelidad por cuyo intermedio los mortales comunes mantenemos intactas nuestras vidas y nuestros vínculos humanos sobre la faz de esta tierra.

Vimos que un sólo trago de la poción amorosa pone su mundo de cabeza para abajo. Ahora vemos que revierte la moralidad: invierte nuestros valores, lo acertado se vuelve erróneo y lo errado se vuelve correcto. Desde la aparición del amor romántico, la mayoría de los occidentales es desgarrada constantemente entre dos ideales contrapuestos: uno es el ideal del romance, el otro es el ideal del compromiso en las relaciones humanas. Corrientemente pensamos que se trata de la misma cosa, pero se oponen radicalmente.

Con el amor cortés, se introdujo en nuestra cultura un conjunto de valores completamente nuevos. Sin darnos cuenta, nació en nosotros una nueva moralidad y comenzó

a moldear nuestras actitudes. En su forma más pura, el romance busca una sola cosa: la pasión. Está dispuesto a sacrificar todo lo demás –cada deber, obligación, vínculo y compromiso– con tal de alcanzar la pasión. Con el amor cortés empezamos a creer que la cosa más importante de la vida es buscar la propia alma mediante una proyección romántica. No aprendimos que hay otra manera de encontrar nuestra alma. Nuestro ideal del romance nos enseña que debemos procurar el éxtasis supremo, descubrir el "bosque encantado", por el único medio que conocemos: "enamorarnos".

El culto del romance legisla una nueva definición de lo "bueno" y lo "malo". Nuestra nueva moralidad dice que no hay nada más importante que estar "enamorados", sentir esa intensidad y ese éxtasis, creer que se ha vuelto a encontrar el alma extraviada, revelada por el ser amado. La pasión se convierte en el camino –el único– hacia la integridad y la realización. La pasión es la única senda que conduce al mundo perdido de los dioses.

Si creemos en esto, no podemos evitar la instauración de un nuevo parámetro para lo correcto y lo impropio: lo que venga del estar "enamorado" es correcto, lo que sirve a la pasión está bien, y todo lo que se interponga en mi camino hacia la pasión debe ser puesto a un lado por un "bien" superior. Todos contestamos con Tristán: "Vos que nos juzgáis aquí, ¿sabéis de qué copa bebimos cuando estábamos en alta mar?" Creemos que tenemos el derecho de seguir nuestras proyecciones dondequiera que puedan llevarnos y de procurar la pasión por la pasión misma, sin detenernos a considerar los vínculos que quebramos, sin importarnos las personas que resultan heridas. Inconscientemente, la pasión

pasó a definirse como nuestro bien supremo, nuestra meta principal en la vida, y todos los demás valores son comúnmente sacrificados ante ella.

≈

Típicamente, el hombre moderno comenzará un matrimonio con la imagen de su alma proyectada en la esposa. Sólo comienza a conocer a su esposa como mujer después que la proyección empieza a diluirse. Descubre que la ama como una mujer, la valoriza y la respeta, siente la belleza de su compromiso con ella y del saber que ella está comprometida con él. Pero un día se encuentra con una mujer que captura la proyección del ánima. El nada sabe del ánima y mucho menos de la proyección; sólo sabe que esta "otra mujer" luce como la esencia de la perfección. Una luz dorada parece envolverla, y la vida de él se vuelve excitante y significativa cuando está con ella.

Ese día, los dos ejércitos rivales de la psique occidental alzan sus espadas y van a la guerra dentro de él. Las dos moralidades inician su duelo. Por un lado, su moralidad "humana" le dice que se equivoca al traicionar a su esposa y al embarcarse en un rumbo que romperá su relación con ella. Sus instintos le advierten que reafirme lo que ya tiene, que celebre el amor durable que lo nutre, la estabilidad y la confianza mutua que él y su esposa ya consolidaron.

Por el lado de su mente inconsciente, se escucha otra voz: la moralidad del romance. El romance le dice que su vida sólo tendrá significado si marcha tras el ánima, y que él debe procurar su alma específicamente en el cuerpo de la "otra mujer". Ninguna otra cosa funcionará, pues allí reside la pasión, y la pasión es todo. La moralidad de la poción amorosa le dice que debe buscar la pasión a cualquier precio. Que

tiene un "derecho" a "enamorarse" al azar –¡que en eso consiste la vida! Ante sí mismo, tiene un "deber" afirmativo de lograr toda la excitación y la intensidad que pueda encontrar. Las antiguas voces de los cátaros y los caballeros y damas corteses le susurran todas al unísono que el "amor verdadero" no se encuentra en el matrimonio ni en las relaciones comunes, que el "amor verdadero" sólo se encuentra en una mujer que no es su esposa: una mujer que él no ver como mujer sino como la imagen de la diosa.

≈

Tal es la moralidad que envuelve a Tristán, tal es la ley bajo la cual vive, ya sea citándose secretamente debajo del elevado pino o deambulando con Isolda por los senderos del bosque salvaje. La única voz cuestionadora que escuchamos es la voz ronca del viejo Ogrin:

> "Un hombre que traiciona a su amo merece ser descuartizado por caballos, ser quemado en la pira y donde sus cenizas caigan ninguna hierba deberá crecer... Señor Tristán, devolved la reina al hombre que la desposó legítimamente según las leyes de Roma... Haced penitencia, Tristán."

≈

Aquí tenemos a un anciano encantador y pintoresco, una voz de los tiempos antiguos. La vieja ley suena extraña al partir de su boca. Nos tienta reírnos y desestimar sus exhortaciones como si fuesen ingenuas e inútiles, moralidad anticuada de una época superada.

Pero detrás de cada ideal de moralidad hay algo que vale la pena considerar: un conjunto de valores humanos. Estos valores no son fabricados a partir de una leve brisa, provie-

nen de algún punto de las profundidades de la psique humana y responden a genuinas necesidades humanas. Muy prematuramente la moralidad se convierte en un sistema social superficial, un fósil calcificado que ha perdido el contacto con las necesidades reales de la gente y que establece reglas arbitrarias. Pero podemos mirar detrás de la artificialidad y descubrir las necesidades reales que esas reglas atienden.

Por debajo de sus pintorescas palabras, el viejo ermitaño pregona desesperadamente las cualidades de la lealtad y el compromiso –en especial dentro del matrimonio. Ogrin proclama que los seres humanos deben ser capaces de depender unos de los otros. Dice que la vida no puede continuar, que las relaciones no pueden mantenerse, que las personas no pueden vivir realmente su amor entre sí de manera significativa, a menos que los seres humanos honren los compromisos que contrajeron mutuamente. Ogrin sabe que Tristán e Isolda no sólo no sólo desecharon la fidelidad sexual, sino que renunciaron a toda lealtad, a todo compromiso, a todo deber, excepto uno: su dedicación a la pasión.

Pero un compromiso con la pasión no es substituto de un compromiso con un ser humano. En nuestra cultura confundimos completamente estos dos sentimientos. Todos nos comprometemos a encontrar la pasión, nos comprometemos a estar eternamente "enamorados", e imaginamos que esto es lo mismo que estar comprometidos con una persona. Pero la pasión se esfuma, la pasión migra hacia alguna otra persona que nos atrae. Si nos comprometemos sólo a perseguir la pasión adonde ella conduzca, entonces resulta imposible que exista lealtad genuina hacia una persona individual.

La lealtad y el compromiso son arquetipos de nuestra estructura humana. Para nosotros resultan tan necesarios como

el alimento y el aire. Es a partir de esta profunda necesidad humana de vínculos estables, leales y perdurables que crece la moralidad de Ogrin, la moralidad del compromiso.

Casi todo el mundo busca "relaciones comprometidas". Mucha gente siente que esto es lo que necesita, la gente conversa y lee sobre los "vínculos" incesantemente. Pero pese a toda nuestra charla sobre el "compromiso", antes de comenzar ya somos saboteados por nuestras presunciones. Presumimos que el único ingrediente que precisamos para relacionarnos, lo único que resulta indispensable, es el romance. Pero de hecho, los ingredientes esenciales del relacionamiento son el afecto y el compromiso. Si lo examinamos con nitidez, comenzamos a ver que el romance es un sistema energético completamente distinto, con un sistema de valores totalmente diferente del amor y del compromiso. Si lo que buscamos es el romance, es romance lo que tendremos: no un compromiso y mucho menos un vínculo.

Un hombre se compromete con una mujer sólo cuando internamente puede afirmar que se une a ella como individuo y que la acompañará incluso cuando deje de "estar enamorado", incluso cuando ambos dejen de arder apasionadamente y él ya no la vea como su ideal de perfección y el reflejo de su alma. Cuando un hombre puede afirma esto internamente, y estar a su altura, entonces ha tocado la esencia del compromiso. Pero debe saber que tiene una batalla interna por delante. La poción amorosa es potente: la nueva moralidad del romance está hondamente arraigada en nosotros, nos atrapa y domina cuando menos lo esperamos. Poner la poción amorosa en el plano exacto, vivirla sin traicionar nuestros vínculos humanos, es la más difícil obra de Conciencia que cualquier hombre pueda emprender e-

nuestro moderno mundo occidental.

≈

Entonces, aquí están las dos moralidades que encontramos en conflicto debajo del elevado pino: la moralidad del romance y la moralidad del compromiso humano. Dentro de cada uno de nosotros, dos ejércitos provenientes del remoto pasado, con sus atavíos fantasmagóricos, todavía entablan interminables batallas de un milenio distante. En esta guerra no puede haber una resolución por medio de la batalla, pues grabada en el estandarte de cada tropa hay una verdad que necesitamos, que no debe perderse ni ser destruida. Pero estos dos ejércitos chocarán y se destruirán a menos que aprendamos finalmente en qué nivel vive cada verdad. La verdad oculta en la moralidad del romance es la del alma, la del mundo interior, la del genuino "bosque encantado": debe vivirse internamente. La verdad escondida en la moralidad de Ogrin es la de la lealtad humana y el compromiso; debe vivirse hacia afuera, en el plano de nuestros vínculos con otras personas.

Nuestro papel consiste en ser pacificadores y buscadores del nivel apropiado, para encontrar el plano donde cada verdad pueda ser experimentada y vivida afirmativamente. Cuando cada necesidad sea respetada y lo mismo suceda con cada mundo dentro de nosotros, aquellos antiguos ejércitos depondrán sus armas. Y harán las paces.

≈

12
El Cuarto Año en Morois

El sortilegio de la poción amorosa debía durar tres años:

La märe Yseut, qui le bollí. A trois Anz d'amistié le fist.

"La madre de Isolda la destiló, para durar tres años la hizo" –así decía el poeta Béroul en el primer y más antiguo relato sobre Tristán e Isolda.

No es por simple azar que el hechizo dure tres años. No es accidental que Tristán e Isolda dejen el bosque de Morois en el cuarto año. Los números son símbolos: los números tres y cuatro representan estados particulares de Conciencia. Cuatro es el símbolo de la integridad, la unidad y la consumación. Los cuatro elementos, las cuatro direcciones, las cuatro estaciones, las cuatro divisiones del *mandala*: todos son símbolos universales de la unificación de la Conciencia desde antes que comiencen los tiempos históricos. En los sueños y en los mitos, el acontecimiento del cuatro –sean cuatro objetos, cuatro personas, o el tiempo dividido en cuartos– demuestra que es posible la unificación, que la psique se desplaza hacia una síntesis o que una evolución se desplaza hacia su consuma-

ción. Es posible un nuevo nivel de Conciencia. Si uno paga el precio, un nuevo comienzo está al alcance.

Como contraste, el tres es el símbolo de lo incompleto, ese estadio de la Conciencia en el que nos damos cuenta de que nos falta algo, que no nos conocemos a nosotros mismos, que todavía somos incapaces de resolver el enigma de la vida. El tres es dinámico, nunca descansa, siempre procura el elemento faltante, el desconocido cuarto componente de la cuaternidad. El tres es el nivel en el que todavía no somos conscientes de nosotros mismos como integridad o totalidad. Nos esforzamos y buscamos, procuramos el significado, la respuesta, la senda imperceptible que conduce a nuestro verdadero self. El tres se trasforma en cuatro con el agregado de la parte faltante de nuestra vida, y el cuatro puede volverse uno: la Conciencia de nuestra integridad e individualidad como un hecho.

Vemos cómo Blanchefleur languidece tres días después de la muerte del padre de Tristán, y su hijo nace al cuarto día. Oímos que Morholt grita tres veces en el islote donde Tristán lucha con él, luego se cumple su destino. Todavía veremos repetirse el tres y el cuatro muchas veces durante nuestro mito, inclusive en el momento final de la vida de Tristán.

Durante tres años, Tristán e Isolda permanecen en el bosque de Morois. Pero en esa floresta viven bajo un hechizo. Los vemos como criaturas salvajes –rostros pálidos y chupados, ropajes raídos y rasgados por los espinos– que se alimentan con animales silvestres y raíces. Pero no advierten sus contratiempos, siguen embriagados con el vino mágico, embriagados con el verse uno al otro, despiertos sólo para su mutuo sueño. Los amantes creen que Morois es la totalidad de la vida, el "bosque encantado". Pero nosotros, que los observamos, sabemos que las proyecciones del romance no son la vida entera, apenas parecen serlo. Los amantes moran bajo el signo del tres, y sabemos que fuera del bosque el mundo es mucho más amplio.

Una vez que trascurren los tres años, el sortilegio se quiebra de repente. El imperceptible reloj de la evolución hace una pausa en su lento tic-tac y da la hora: es el cuarto año de Morois. Milagrosamente, el rey Mark penetra a su diminuta cabaña; deja allí su espada y su anillo como símbolos de su ley y de su amor. Convoca de nuevo a Tristán a la vida humana corriente. Llama a Isolda, alma de Tristán, para que retome su lugar en el mundo interior, para que reine de nuevo a su lado. La evolución siguió su curso; es el tiempo de asumirse, la hora en que una nueva vida se revela.

Todo hombre, cuando "se enamora", huye al bosque de Morois. Enfoca la totalidad de su ser en su fantasía del romance, pues cree que en esa proyección se "encuentra a sí mismo" y logra la integridad de la vida. Pero, y esto no lo sabe, en las brumas de Morois se desvincula del mundo y se extravía un tiempo entre la niebla de sus proyecciones. En el bosque de Morois no vive con una esposa ni con el ánima que procura. Vive durante cierto tiempo con la proyección del ánima: una imagen radiante ante sus ojos pero fantasmal, se diluye hasta cuando la estrecha en sus brazos para reaparecer medio oculta entre los árboles, tras una roca, o entre las neblinas sobre las aguas. En esto él no tiene opción, porque se encuentra totalmente poseído por la poción amorosa. Pero inevitablemente llega el momento, al cumplirse el ciclo, y el hechizo se quiebra.

Tristán despierta de un sueño, un sueño de tres años. Descubre que hasta durante su sueño el rey vino hasta él. Los

símbolos de reconciliación del monarca ubican a Tristán en la órbita del mundo humano, un mundo que olvidó –amistades, intereses, trabajo, deber, entusiasmos, gente, relaciones– y que se encuentra fuera del "bosque encantado". Tristán decide que debe devolver la reina al rey, a su vida, a su "palacio colmado de finas sedas".

Este es el punto exacto donde el hombre tiene, por primera vez, una oportunidad para librarse de sus proyecciones y embarcarse en un vínculo. ¡Se ha quebrado el hechizo! ¡El rey aparece para reclamar lo que le pertenece! Si Tristán logra verlo y lo acepta, está despuntando una nueva era. Esta es la evolución simbolizada por el cuatro, tal es la imponente posibilidad que el destino le concede. Liberado de la poción, el hombre tiene la oportunidad de ver que la mujer que ama y las proyecciones que coloca sobre ella son realidades separadas. En realidad, tiene la oportunidad de aprender que sus proyecciones son parte de sí mismo: potencialidades intrínsecas que nunca encaró y nunca descubrió porque siempre trató de vivirlas a través de una mujer.

El cuarto año en Morois produce una doble revelación. La remoción de las proyecciones románticas también le dan el poder de ver a la mujer tal como ella es, de vincularse con ella y valorizarla como persona, en vez de tomarla como portadora de su alma perdida y de su vida no vivida. Abre la posibilidad de relacionarse con la mujer como individuo, como alguien equivalente, como un ser por derecho propio. Le permite comenzar a conocerla tal como es, con toda su complejidad, son todos sus potenciales y dones –tan diferenciados de los suyos y no obstante tan necesarios para su mundo.

Extrañamente, muchos hombres reaccionan en esta fase del amor romántico –la ruptura del sortilegio–, ¡como si

fuese una gran desgracia! Es el punto crucial de una evolución, la apertura de una maravillosa posibilidad; pero de alguna manera él se convence de que es un desastre.

Cuando inesperadamente, las proyecciones de un hombre sobre una mujer se evaporan, a menudo él anuncia que se "desencantó" con ella: le decepciona que ella sea un ser humano en vez que la corporización de su fantasía. Actúa como si ella hubiese cometido algún error. Si él pudiese abrir los ojos, vería que la quiebra del hechizo abre una oportunidad dorada para descubrir a la persona real que está allí. Al mismo tiempo, es la oportunidad de descubrir sus partes desconocidas que estuvo proyectando sobre ella y tratando de vivir a través de ella.

Enfrentado con esta nueva era, Tristán reacciona como lo hace la mayoría de los hombres; lamenta su infeliz destino: "¡El se llevará a la reina! ¿Cómo podré vivir?" Cree que si deja de tener a Isolda a través de la proyección, entonces no podrá tenerla de ningún otro modo.

El hecho crucial que debe comprenderse es éste: Tristán no está perdiendo a la mujer, ni está perdiendo al ánima. Toda su conmoción gira sobre un único eje: ¿En qué plano va a vivir con el ánima? ¿Va a reintegrarse con su propia alma? ¿Va a vivirla como parte de su self personal? ¿Se volverá responsable de la porción no vivida de su vida? Devolver el alma al rey interior significa exactamente eso: comenzar a hacerse responsable de vivir su propia alma, en vez de delegarle esa faena a una mujer.

Para el hombre moderno esta cuestión es siempre dolorosa. Está tan acostumbrado a su pauta de tratar de asumir su self no vivido a través de otras personas, que la perspectiva de rendirse a la evidencia le parece un desastre. Siente que

toda la alegría y la intensidad de la vida están contenidas en la esperanza de que algún día vendrá la mujer que lo complete y haga perfecta la vida. Resulta duro para él ver que podría vivir en gran cercanía con una mujer y, aun así, no tratar de vivir su vida a través de ella.

La cuestión es igualmente difícil para la mujer. Muchas mujeres están dispuestas a rebelarse frente al ser puestas en el papel perpetuo de amas de casa, criadoras de niños y empleadas domésticas. Pero pocas mujeres cuestionan el ser convertidas en las pantallas sobre las cuales el hombre proyecta el ánima. Nuestra cultura entrena a las mujeres no para ser humanas sino para ser espejos que le reflejen al hombre su ideal o su fantasía. Ella debe esforzarse para lucir como las actuales estrellitas de Hollywood; debe vestirse, arreglarse y comportarse de modo que se convierta en la imagen colectiva del ánima. Ella no debe ser un individuo sino la encarnación de la fantasía masculina.

Muchas mujeres están tan acostumbradas a este papel que se resisten a cualquier cambio de libreto. Quieren seguir luciendo como diosas frente al hombre, antes que mujeres de carne y hueso. Hay algo muy atractivo en el ser venerada y adorada como una divinidad. Pero este papel va acompañado de un precio muy alto. El hombre que la ve como a una diosa no se vincula a ella como mujer; sólo se conecta con con su propia proyección, su propia divinidad interior que ubica sobre ella. Y cuando esta proyección se diluye, cuando migra lejos de ella hacia otra mujer, entonces la adoración y la veneración de él se van a otra parte. Si el vínculo de él con ella no es el de un ser humano con otro, nada queda cuando las proyecciones se evaporan.

Muchas personas perciben esto, e invierten tremenda energía y tiempo en la búsqueda de maneras para sostener las proyecciones entre sí, modos de hacer que la cualidad fantasiosa se mantenga vida entre ellas, aferrándose a un sentimiento de intensidad sobrehumana. Cuando la gente se refiere a técnicas para "preservar el romance en el matrimonio" o para "asegurarse de que la esposa siga enamorada de uno", presupone que la única base posible para la "relación" debe estar en las proyecciones. Suponen que si se permite la evaporación de las proyecciones, no quedará cimiento alguno para el relacionamiento o el matrimonio. De este modo, la mayoría de las técnicas aplicadas para salvar matrimonios se convierten en técnicas para manipular proyecciones y para mantenerlas activas. A los occidentales modernos no se les ocurre que un vínculo puede establecerse entre dos seres humanos corrientes y mortales, que pueden amarse uno al otro como gente común e imperfecta, dejando que se evaporen las proyecciones. Esto es exactamente lo que hace falta. En última instancia, los únicos vínculos perdurables se darán en parejas que admiten verse entre sí como personas comunes e imperfectas que se aman una a la otra sin ilusiones ni expectativas desorbitadas.

En sí mismas, las proyecciones constituyen una ley. Podemos manipularlas, estimularlas artificialmente y mantenerlas activas durante cierto tiempo. Pero siempre se llega a un punto en que transcurren los "tres años" simbólicos, se quiebra el sortilegio de la poción amorosa, y las proyecciones se diluyen. En este punto, todos somos Tristanes, parados en Morois con un dilema al frente y algunas decisiones a tomar.

Si un hombre aprueba el examen del bosque de Morois, ante él se abre un mundo nuevo. Descubre que hay regiones suyas, potencialidades y energías, que no pueden vivirse a través de una mujer. Descubre que no puede trasformar a la

mujer en portadora de su vida no vivida y de su self no realizado. Comprueba que hay cosas que debe hacer por sí mismo y para sí mismo: debe tener una vida interior, debe asumir valores con significado para sí mismo, debe tener intereses y entusiasmos que manen de su propia alma y que no sean apenas subproductos de su vida con una mujer. Esta es la espada desnuda que Tristán coloca entre sí mismo e Isolda. Es la Conciencia de su propia individualidad, de su propia vida, distinta de la vida que lleva con la mujer.

Establecer la diferencia no lesiona su vínculo con la mujer: por el contrario, hace posible el relacionamiento. A medida que el hombre alivia a su mujer del peso de cargar su alma, por primera vez se vuelve posible verla como una mujer, relacionarse con ella en su individualidad, su especialidad, su humanidad. El se da cuenta de que ella también precisa ser un individuo, que debe tener su propia vida y su propia razón para existir. Ella no puede proyectar todo su ser sobre él, ni vivir su vida a través de él, y tampoco pasar el resto de su vida como complemento del self que él no vive.

En esta evolución se juega un tremendo potencial. Es el potencial de ser un individuo pleno y de vincularse a la vez genuinamente con un ser humano afín. Es abandonando el bosque de Morois, devolviendo Isolda al rey, restituyendo su propia alma en sí mismo, que el hombre despierta al hecho de su individualidad. Al darse cuenta que hay una parte de sí mismo que no puede vivirse a través de otra persona, de la que debe volverse responsable por su cuenta, él despierta a la inesperada grandiosidad y complejidad de su self individual. A la vez, a medida que asume su unicidad, se vuelve capaz de vincularse directamente con la individualidad de la mujer. La prueba de la diferenciación individual verdadera incluye la capacidad de relacionarse con otra persona y de respetarla en su propia individualidad.

Infortunadamente, es exactamente en este punto de nuestra evolución, donde nuestras posibilidades son más ricas, que mucha gente malogra su oportunidad. Al negarse a aprender la lección de Morois, encuentran en cambio una senda tortuosa que los llevará de vuelta a los boscosos prados de sus propias proyecciones.

Cuando un hombre advierte que estuvo tratando de vivir su vida a través de otra persona, usualmente pasa por alto las verdaderas consecuencias y saca conclusiones equivocadas. Comienza a hablar sobre separarse de su esposa para poder "encontrarse a sí mismo". Piensa en todas las cosas que no hizo durante su matrimonio. Quiere tener un propósito en la vida, quiere alcanzar algunos objetivos, pues siente que la vida se le está escurriendo. Quiere volver a estudiar, comenzar una nueva carrera, perfeccionarse, hacer una dieta, visitar lugares que no llegó a conocer y hacer las cosas que nunca hizo.

Si considerara objetivamente estos ideales, verificaría que todas esas cosas podría hacerlas perfectamente bien dentro del matrimonio o de su pareja. No tiene que inventar una proposición de esto o aquello: "mi individualidad o mi matrimonio". La razón por la cual no concretó tales cosas no surge de estar casado ni de su esposa interponiéndose. El motivo verdadero es que no tuvo la autodisciplina o la imaginación para realizar tales cosas. Esperaba que su esposa viviese por él su vida no vivida, esperaba que ella completase su vida y le diese plenitud sin que él tuviera que ocuparse de ello. Entonces, un día él descubre súbitamente que está incompleto, lleno de frustraciones, que nada hace para su propio desarrollo, y en vez de culparse a sí misma se lo

atribuye a ella. Dice que ella "se interpone en su camino", que "lo socava", que le impide "ser él mismo".

Esta actitud sólo perpetúa los ciclos de la proyección. Conduce de nuevo a las brumas y los pantanos del bosque de Morois. El hombre que enfoca así las cosas habitualmente rompe su relación, hace proclamas sobre cómo va a cambiar su vida unilateralmente, y luego sale a buscar otra mujer que resuelva todos sus problemas y complete su existencia –sin esfuerzos de su parte. Recompone su rutina de tratar de vivir su self inconsciente a través de una mujer, pero la pauta es la misma, y lleva al mismo estilo de vida. Su "individualidad" resulta ser una evasión, un sendero circular que va de regreso a los bosques. Si este hombre hubiese permanecido con su pareja o su esposa, y hubiese asumido la responsabilidad de desarrollar su individualidad allí, entonces podría haber encarado de lleno la cuestión.

Nuestra necesidad desesperada es darnos cuenta de que en la vida precisamos ambas cualidades: necesitamos la individualidad y también un relacionamiento con una persona específica. No podemos disfrutar de una a expensas de la otra. Ningún hombre puede ser plenamente un individuo a menos que esté plenamente vinculado, y su capacidad para una relación genuina crece proporcionalmente al hecho de volverse un individuo completo. Estos dos aspectos de la vida están ligados entre sí por un lazo profundo y antiguo, pues se trata realmente de los dos lados del mismo arquetipo, las dos caras de la misma realidad.

Entonces, esta es la gran evolución que se vuelve posible en el cuarto año de Morois, cuando el hechizo se quiebra. Consiste en el maravilloso potencial para hacer una síntesis entre individualidad y relacionamiento, para superar el conflicto ilusorio entre estas dos poderosas energías internas y vivirlas en la unidad de una vida humana.

Tristán es convocado al sacrificio. Piensa que se le exige que sacrifique tanto el ánima como la mujer; pero no es así. Sólo se le requiere que deseche una manera de abordar el ánima y una manera de acercarse a la mujer. Se le requiere que desista de la preciada exigencia del derecho a vivir su alma mediante una proyección. Que desista de exigirle a la mujer que banque su inconsciente por él. Si él pudiese hacer tal sacrificio, de modo limpio, descubriría que lo que cree perdido le es reintegrado: su alma volverá a él como experiencia interior, y descubrirá que existe otra Isolda, una mujer mortal, que lo estuvo esperando todo el tiempo fuera del bosque de Morois, justo detrás de las brumas de las proyecciones de su mundo.

Esta es la ley del sacrificio: si un hombre renuncia honestamente a lo que posee en un plano equivocado, ello le será devuelto en el plano apropiado. Si desiste de tratar de vivir con Isolda la Hermosa en el nivel incorrecto, descubrirá que la recuperará en un nivel correcto y viable. De hecho, su recompensa se duplicará, pues verificará que existen dos Isoldas. Cada cual será vivenciada según su propia idiosincracia. Una Isolda es la imagen de su alma, la otra es Isolda la mujer.

Desdichadamente, Tristán fracasa en su sacrificio. A último momento, su masculinidad y su poder resolutivo son demasiado débiles. Hace con Isolda un acuerdo secreto para permanecer en las cercanías y reunirse con ella clandestinamente. Acepta su anillo de jaspe verde como garantía de su promesa de acudir a él toda vez que la llame, para traicionar de nuevo a rey. El se reserva el derecho de restituirla al mundo de la proyección, de poner de nuevo su relación en el mismo nivel antiguo, de renovar los ciclos de la intriga, los encuen-

tros furtivos, las promesas quebradas, y las traiciones.

Si Tristán cumpliese su palabra, efectuaría limpiamente el sacrificio, y elevaría su relación con Isolda a un nuevo nivel. Pero él renuncia al sacrificio, efectúa una excepción secreta, y la evolución se aborta. El símbolo de ese sacrificio incompleto es el anillo de jaspe verde , pues con ese anillo sellan el acuerdo que desbarata el sacrificio. Pronto veremos que jugarretas terribles desatará ese anillo antes del final de nuestra historia.

En el destino de todo hombre está la llegada a un punto de su vida donde el sortilegio se quiebra y él es convocado a salir del bosque de Morois. Tiempo de decisión y sacrificio. El rey nos provoca para asumir un nuevo estilo de vida con Isolda la Hermosa y una nueva manera de vivir con la mujer.

Cuando lidiamos con un material arquetípico como el que retrata este mito, es bueno recordar que expresa un ideal que no siempre puede aplicarse directamente en la vida práctica. Así como los criterios católicos tradicionales sobre los anticonceptivos, el divorcio y la monogamia son postulaciones ideales de las cuales la cultura debería extraer sus orientaciones, también el ideal mitológico presentado por Tristán e Isolda es una visión elevada que no siempre puede ser posible en el toma y daca de los asuntos humanos.

Un apunte del *I Ching* resulta estimulante a esta altura:

> En China, la monogamia es formalmente la regla, y oficialmente todo hombre toma una única esposa. Este matrimonio, que es más una preocupación de sus familias que de los dos contrayentes, se concreta con una estricta observancia de las formas. Pero el marido retiene también el derecho a satisfacer sus inclinaciones más personales... Por supuesto, se trata de una cuestión difícil y delicada, que requiere tacto por parte de todas las partes involucradas. Pero bajo circunstancias favorables ello representa la solución de un problema al cual la cultura europea no pudo hallarle una respuesta. No hace falta decir que el ideal establecido para la mujer en China resulta tan inalcanzable como el ideal europeo.

Esta delicada observación sobre la antigua China nos da coraje para decir que un ideal es un faro excelso, que no siempre logra alcanzarse.

≈

PARTE IV

NARRATIVA

Cómo Tristán Encontró a la Isolda de Blancas Manos y Cómo el Amor y la Muerte Finalmente se Mezclaron

Ahora retornamos a la historia de Tristán. Lo encontramos donde lo dejamos, deambulando por tierras distantes. Al abandonar a Isolda y la comarca de Cornwall, "Tristán buscó alivio para sus penas por mares, islas y tierras remotas." Sin Isolda, el vivir resultaba vacío, una muerte en vida, y él anhelaba una muerte que lo aliviara de sus pesa-

res. No obstante, se aferraba a su recuerdo, alentaba esos pesares como si fuesen el acto de vivir, y rechazaba a todas las demás mujeres. En sitios remotos se involucró en guerras y aventuras, siempre a la deriva, siempre desarraigado.

"Estoy harto, todas mis proezas no me recompensan; mi dama está distante y nunca más volveré a verla. ¿Por qué en dos años no me dio alguna señal? ¿Por qué no envió algún mensajero mientras yo iba errante? Pero en Tintagel, Mark la reverencia y le brinda alegría... En mi lugar, ¿podré olvidar alguna vez a quien me olvida? ¿Acaso encontraré a alguien que ponga fin a mi infelicidad?"

Tristán lo ignoraba, pero pronto los cielos le enviarían una respuesta a su interrogante.

Tristán marchó hasta Bretaña, y allí se topó con un panorama deplorable, la tierra estaba desolada, los pueblos desiertos y las plantaciones quemadas. Un ermitaño le dijo, "Generoso caballero, nuestro rey Hoâl está atrapado en su castillo de Carhaix, sitiado por su vasallo, el conde Riol de Nantes. Y Riol, ese traidor, está devastando las tierras." Entonces, Tristán cabalgó hasta los muros de Carhaix y proclamó hacia el rey: "Soy Tristán, rey de Lyonesse, y Mark de Cornwall es mi tío. Puesto que vuestro vasallo os agrede, vengo a ofrecer mis armas."

Pero el rey no aceptaba a Tristán, porque quedaban pocos alimentos en Carhaix, su causa estaba perdida, y la amarga derrota no lucía muy distante. Pero el joven hijo del rey, Kaherdin, dijo: "Padre mío, éste es un noble caballero. Dejadlo entrar, dado que es tan valiente, para que comparta nuestra suerte y nuestros infortunios."

Kaherdin recibió a Tristán con honores, y lo trató como

amigo y hermano, le mostró todo el castillo, sus defensas y sus calabozos. Así, tomados de la mano, llegaron hasta el salón de las mujeres donde la madre y la hermana de Kaherdin estaban sentadas juntas, bordando un emblema dorado sobre un paño inglés y cantando una balada de tejedoras. Entonces Kaherdin dijo: "Fijaos, amigo Tristán cómo las manos de mi hermana bordan este paño con hilos dorados. Con justicia, hermana, sois llamada Isolda la de Blancas Manos ."

Al oír ese nombre, Tristán se sobresaltó. Sonrió y la miró con la mayor gentileza.

Mientras, el traidor conde Riol estaba acampado con un enorme ejército a tres millas de Carhaix. Durante las noches pedían verse las hogueras de sus emplazamientos, que rodeaban el castillo y aseguraban el hambre. Pero a partir de aquella jornada, Tristán y Kaherdin salían diariamente a combatir junto a varios leales caballeros. Furtiva y osadamente emboscaban al enemigo y siempre regresaban con un botín: carromatos llenos de víveres y armas. La esperanza se reavivó en Carhaix y los hombres del rey Hoâl combatieron con mayor coraje. Entre las tropas de Riol se esparció el rumor acerca de dos caballeros invencibles que luchaban siempre lado a lado, y eso preocupó al traidor.

Kaherdin batallaba a la par de Tristán, y ambos reforzaban sus posiciones entre sí. Cada uno protegía al otro, y cabalgaba velozmente para auxiliarlo. Regresaban contentos de los combates, conversando sobre caballería, proezas nobles, amor y aventuras. Creció entre ellos un inmenso afecto, y la historia narra que fueron más que hermanos, ligados por la confianza y la gentileza. Siempre que Kaherdin cabalgaba con Tristán, ponderaba a su hermana Isolda, por su belleza,

su bondad y su sencillez.

Cierto día el conde Riol atacó fieramente a Carhaix, con un gran ejército y máquinas sitiadoras. Pero Tristán y Kaherdin lideraron a sus caballeros en un osado ataque al otro lado de los muros. Tristán cabalgó hasta enfrentar al conde Riol y lo atacó espada contra espada, hombre contra hombre, hasta que Riol, con su yelmo partido por el arma de Tristán, pidió clemencia. Riol se rindió y retiró a sus tropas; entró a Caihaix para rogarle misericordia al rey Hoâl y allí mismo juró obediencia a la corona.

Ahora que todo había pasado, Kaherdin le dijo a su padre, "Mi señor, conservad a Tristán. Permitid que se case con mi hermana, que sea vuestro hijo y que sea mi hermano." El rey conversó con sus consejeros y le dijo a Tristán:

"Amigo, habéis ganado mi afecto. Tomad ahora a mi hija, Isolda la de Blancas Manos, cuya sangre proviene de reyes y reinas, y de nobles estirpes. Tomadla, es vuestra."

Y Tristán respondió: "Sí mi señor, la acepto."

Así Tristán olvidó sus pesadumbres y su vida se reavivó. Amaba a Isolda la de Blancas Manos, por su bondad y su belleza. Amaba a su hermano Kaherdin, tenía ante sí grandes emprendimientos, y un rey a quien servir.

Lord Tristán se casó con Isolda la de Blancas Manos, princesa de Bretaña, ante los portales de la catedral, e Isolda se sentía feliz. El corazón de Kaherdin se desbordaba, y todo el pueblo estaba alegre.

Pero esa noche, mientras los criados lo desvestían, un anillo de jaspe verde se deslizó del dedo de Tristán, y golpeó audiblemente contra el suelo de piedra. Para los oídos de Tristán ese sonido fue como el tañido de las campanas del

destino. Despertó y observó el anillo. Recordó a Isolda la Hermosa, distante en Cornwall. De inmediato, los pesares regresaron.

"Ah, ahora mi corazón me dice que cometí un error. Fue en el bosque que me disteis este anillo, allí donde sufristeis privaciones por mí. ¡Qué equivocado estuve al acusaros de traición, Isolda la Hermosa, pues ahora os estoy traicionando! Me casé con otra. Y qué pena siento por mi esposa, por su confianza y su corazón sencillo. ¡Ved ahora como estas dos Isoldas me conocieron en una hora infortunada! ¡Y a las dos les soy infiel!"

En el lecho conyugal, Tristán yacía quieto y frío como una roca y no lograba tocar a su flamante esposa. Finalmente, ella preguntó: "¿Mi señor, ¿qué hice para enojaros o en qué me equivoqué, que no merezco siquiera un beso de mi esposo?"

Entonces Tristán fabricó una historia. Contó que una vez, en su lecho de muerte a causa de una herida de dragón, le había hecho un sagrado juramento a la Madre de Dios. Si lo curaba, cuando se casase, no besaría a su cónyuge ni gozaría con ella durante un año. Y dijo: "Debo cumplir mi juramento, o me arriesgo a la ira de Dios Todopoderoso." Isolda concordó, pero a la mañana siguiente, cuando las criadas colocaron sobre su cabeza la toca de las mujeres casadas, ella emitió un triste suspiro y pensó que de hecho poco merecía llevarla. Y Tristán se volvió cada vez más melancólico, penaba por Isolda la Hermosa y observaba el anillo de jaspe verde en su dedo.

A medida que pasó el tiempo, Isolda la de Blancas Manos no pudo ocultarle el secreto a su hermano Kaherdin. El su-

po la verdad: Tristán nunca la poseyó físicamente como su genuina esposa. Primero, Kaherdin quedó azorado, después se enfureció. Cabalgó hasta Tristán y dijo:

"Aunque sois mi más querido amigo y hermano, no puedo dejar pasar esta humillación. O trasformáis a mi hermana en vuestra verdadera esposa o deberé desafiaros con las armas para librar a mi hermana de este deshonor." Entonces Tristán lo contó a Kaherdin lo que a ningún otro hombre le había confiado, salvo a Ogrin el Ermitaño. Le habló sobre la búsqueda de Isolda la Hermosa, de cómo bebieron la poción amorosa en alta mar, del dolor y los anhelos que día y noche destrozaban su mente y su cuerpo, de la permanencia en el bosque de Morois, de los leprosos y la hoguera, de los votos intercambiados, del anillo de jaspe verde. "Ahora sé que sin Isolda la Hermosa no puedo vivir ni morir, y la vida que llevo es la de los muertos vivos."

A medida que Kaherdin escuchaba no lograba refrenar su ira. Finalmente, con pena dijo: "Amigo Tristán, ¡Dios salve a cualquier hombre de los pesares que padecisteis! Reflexionaré sobre ello durante tres días, y luego os comunicaré mi dictamen sobre el asunto."

Luego que pasaron los tres días, Kaherdin le dijo a Tristán:

"Amigo, le pedí consejo a mi corazón. Sí, me dijisteis la verdad, la vida que vivís en esta tierra es frenética y demencial, y nada bueno podrá surgir de ello para vos o para mi hermana, Isolda la de Blancas Manos. Oíd lo que os propongo. Viajaremos juntos hasta Tintagel, veréis a la reina para ver si todavía os extraña y os es fiel. Si ella os olvidó, entonces tal vez podréis expresarle mayor afecto a mi hermana Isolda, la del corazón gentil, la sencilla. Os acompañaré: ¿acaso no soy vuestro par y camarada?"

"Hermano", dijo Tristán, "habéis hablado bien: 'El corazón de un hombre vale todo el oro de un país.'"

≈

Kaherdin y Tristán se disfrazaron de peregrinos y se embarcaron hasta Cornwall. Tristán envió el anillo de jaspe verde con un mensaje para que ella fuese a su encuentro. Pero Isolda la Hermosa enfrentaba un dilema: había recibido la noticia del casamiento de Tristán con Isolda la de Blancas Manos. Creía que él la había traicionado y preferido a otra mujer en su lugar. ¡Pese a lo que ella había prometido! ¿...Qué debía hacer? Se preparó para el encuentro con Tristán, pero le llegaron más rumores sobre la traición. Finalmente, cuando Tristán llegó hasta ella disfrazado de pordiosero, ella le dijo a sus criados que lo apalearan y lo expulsasen de allí. Así que Tristán quedó desolado y se embarcó con Kaherdin hacia Bretaña. Pero Isolda, al saber que Tristán había partido desesperado, dedujo que había cometido un error. Llorando amargamente, pasó largas noche y largos días hundida en la pena y el arrepentimiento.

En Carhaix, Tristán languidecía. Ni su esposa, ni las aventuras, ni las cacerías, ni la mismísima vida tenían algún encanto para él. Finalmente dijo, "Debo regresar para verla, pues prefiero morir viéndola una vez más que morir aquí de nostalgia por ella. Quien vive en el infortunio ya es como un hombre muerto, y podría ser que deba morir, pero que la reina sepa que fue por amor a ella que fenezco. ¡Si por lo menos pudiese saber que ella sufrió por mí así como sufro por

ella!"

Otra vez Tristán se disfrazó de peregrino y sin decírselo a Kaherdin, regresó a Tintagel. Frotó barro sobre su rostro y simuló ser un payaso, un tonto, un alucinado bufón viajero. Presentándose en la corte del rey Mark, le dijo al monarca: "Dadme a la reina Isolda, la alzaré en mis brazos y os serviré por su amor."

Riendo, el rey preguntó: "¿Y a dónde la llevaréis, don bufón?"

"Oh, muy alto, entre las nubes y el cielo, hacia una bella cámara de cristales. Los rayos del sol brillarán a través de ellos, pero los vientos no podrán perturbarlos. Llevaría a la reina a mi cámara de cristales, repleta de rosas y de mañanas."

Haciéndose el loco, más tarde Tristán logró introducirse en los aposentos de la reina y le mostró el anillo de jaspe verde. Al principio ella desconfió, pero por fin lo reconoció y cayó en sus brazos. Trastornado por el deseo, volvió tres veces para saciar con ella su pasión, hasta que los guardias comenzaron a sospechar y él supo que debía partir o ser descubierto.

"Amiga, es preciso que huya, pues están descubriéndonos. Debo huir y tal vez no pueda veros más. Mi muerte está próxima, y lejos de vos ella será consecuencia del deseo."

"Oh amigo", dijo ella, "abrazadme con todas vuestras fuerzas para que nuestros corazones estallen y nuestras almas se liberen por fin. Llevadme a aquel lugar feliz del que me hablasteis hace mucho. Los campos de los que no se regresa, pero donde grandes voces entonan sus cantos eternamente. Llevadme ahora."

"¡Os llevaré al Palacio Feliz de los Vivientes, reina! El tiempo está cercano. Cuando haya llegado, si os llamo, ¿vendréis amiga mía?"

"Amigo", dijo ella, "llamadme y sabréis que iré."

≈

Con esa profecía de muerte, Tristán se alejó e Isolda no lo vio más con vida.

Tristán regresó a Carhaix, pero siguió negándose a tocar a su mujer, y jamás la felicidad humana iluminó sus ojos ni la alegría asomó en su semblante. Tiempo después, cabalgó en ayuda de Kaherdin, que batallaba contra un barón enemigo. Fueron emboscados, y aunque Tristán y Kaherdin mataron a los siete caballeros que los cercaban, Tristán fue herido con una lanza envenenada. Por última vez en su vida, Tristán se desplomó con el fatídico veneno en su sangre, y ningún médico o mago logró encontrarle remedio. Pero Tristán llamó a Kaherdin y le dijo:

"Hermano, no existe cura para mí. Tomad este anillo verde de jaspe e id hasta Isolda la Hermosa. Mostrádselo, y decidle que si no viene moriré; *decidle que debe venir porque bebimos juntos nuestra muerte y debe recordar el juramento que le hice de servir a un único amor, pues cumplí con él."*

Se pusieron de acuerdo sobre una señal: si Kaherdin regresaba con Isolda la Hermosa, él izaría una vela blanca; si ella se negaba a viajar, la vela sería negra.

"No lloréis, mi camarada", dijo Kaherdin, "pues haré lo

que deseáis."

Pero Isolda la de Blancas Manos los escuchó desde la puerta y casi se desvanece ante esas palabras. Por primera vez comprendió por qué su esposo la rechazaba. Y desde ese día, sin dar evidencia alguna, sólo meditó amargamente sobre su venganza –venganza contra Isolda la Hermosa, que le robó tanto a su marido como la felicidad terrena.

Kaherdin tomó un navío y navegó directamente hasta Tintagel con buenos vientos a su favor. Se aproximó a la corte del rey como un mercader y, mostrándole sus mercancías a la reina, puso ante ella el anillo de jaspe verde. Luego le susurró el mensaje de Tristán. De inmediato, la reina abandonó el castillo y en secreto abordó la nave de Kaherdin. El buque partió con la marea, e Isolda observó cómo la proa cortaba las olas espumosas, pero su mirada apuntaba siempre hacia Carhaix.

Tristán estaba tan débil que ya no lograba vigilar el mar desde los acantilados de Carhaix. Pero cada día, mientras yacía en su jergón, le preguntaba a su esposa si veía regresar al navío. Hasta que un día ella miró hacia el mar y lo vio, con su blanca vela desplegada al viento. Entonces, con amargura en su corazón, concretó su venganza. Se aproximó a su esposo y dijo:

"Mi señor, el buque está a la vista."

"¿Y la vela", preguntó Tristán, "de qué color es la vela?"

"Bien, su color", dijo ella, "es negro."

Tristán se volvió hacia el muro.

"No puedo seguir más con esta vida", murmuró.

Luego dijo suavemente, "Isolda, amiga mía." Lo repitió muy lentamente cuatro veces, y a la cuarta expiró.

Pero en el mar se alzó el viento; impulsó con fuerza el velamen, condujo el navío hasta la orilla e Isolda la Hermosa posó sus pies en esa tierra. Oyó lamentos de luto por las calles y el tañido de las campanas en la catedral y en las torres de las capillas; le preguntó a la gente el motivo del sonido lúgubre y de las lágrimas. Un anciano le dijo:

"Mi señora, sufrimos una inmensa pena. Tristán, que fue tan leal y tan justo, está muerto. Es el mayor infortunio que haya caído alguna vez sobre esta comarca."

Ella fue hacia el palacio, siguiendo el sendero, y su capa ondeaba salvaje al azar. Los bretones se maravillaban a su paso; jamás habían visto a una mujer tan hermosa, y dijeron:

"¿Quién es ella, y de dónde viene?"

Junto a Tristán, Isolda la de Blancas Manos estaba de rodillas, trastornada por el mal que había causado, clamando y lamentándose sobre el cadáver. La otra Isolda entró y le dijo:

"Señora, levantaos y dejadme estar a su lado; tengo más motivos para velarlo que vos, creedme."

Después de mirar hacia el este y de orarle a Dios, ella desplazó un poco el cuerpo y se recostó junto a Tristán, su amigo. Besó su boca y su rostro, y lo abrazó con fuerza; de este modo entregó su alma y murió a su lado de pena por su amante.

≈

Cuando la noticia llegó hasta el rey Mark, cruzó el mar, los llevó hasta su hogar en Cornwall y construyó para cada uno de ellos una imponente tumba, a derecha e izquierda de

una capilla. Una noche, un rosal silvestre surgió de la tumba de Tristán. Fuertes eran sus ramas, verdes sus hojas, perfumadas sus flores. Velozmente trepó por la capilla y descendió hasta arraigarse próximo a la tumba de Isolda. Y durante muchas generaciones de hombres, persistió allí, fuerte, bello y fragante.

≈

13
ENIGMAS Y PARADOJAS

HICIMOS LA TRAVESÍA COMPLETA CON TRISTÁN E ISOLDA. PERmanecimos cerca y los vimos a través de sus alegrías, sus sufrimientos y, finalmente, su muerte. Pero nuestro viaje no terminó todavía, pues debemos realizarlo dos veces: una para vivirlo, otra para aprender y comprenderlo. Ahora nuestra tarea consiste en dar marcha atrás y preguntar: ¿Qué significa todo esto? ¿Qué lección hay aquí para mí?

En esta última y más dramática porción de la historia, surgen algunos enigmas, ciertos interrogantes y varias paradojas. Ahora es preciso que las consideremos y las clarifiquemos en nuestras mentes. Entonces, a medida que nos desplacemos a través de los símbolos, podremos tenerlos presentes en nuestras mentes y retomarlos cuando sea preciso.

La paradoja inicial y la más obvia, es el rechazo de Tristán a Isolda la de Blancas Manos. Cuando se inicia esta parte de nuestra historia, hallamos a Tristán deambulando con desesperación y soledad profundas. Clama: "¿Nunca encontraré a alguien que ponga fin a mi infelicidad?"

Esta pregunta es respondida rápidamente. Encuentra a Isolda la de Blancas Manos, a Kaherdin, a un rey a quien servir, y una vida humana decente para ser vivida. ¡Pero entonces lo rechaza todo! ¿Por qué? Todo ello carece de sentido humano. Fracasó en establecer un vínculo humano con Isolda la Hermosa, la devolvió al rey Mark, e Isolda la Hermosa tiene allí una vida propia. Entonces, ¿por qué no concreta una vida humana con Isolda la de Blancas Manos? ¿En base a qué extraña moralidad, qué extrañas nociones acerca de lo "correcto" y lo "erróneo", "fidelidad" y "traición", cree él que debe condenarse a un sufrimiento y a una soledad perpetuos? ¿Por qué cree que su deber es rechazar a la mujer con la cual vive y morir de anhelo por una diosa idealizada que lleva en su mente pero que nunca puede poseer verdaderamente en esta vida física?

En términos humanos, esto carece de sentido, pues dicha actitud destruye la vida personal. Literalmente reduce la existencia de Tristán a una "muerte viviente". No obstante, para nuestra faz romántica, las actitudes de Tristán poseen un sentido perfecto. Dentro de cada hombre, una voz insiste fervorosamente en que es algo maravilloso procurar eternamente la femineidad idealizada a la perfección, en vez de contentarse con una mujer de carne y hueso que la vida real puso en sus brazos.

Todo psicólogo cuenta con con una corriente constante de pacientes que repiten el interrogante de Tristán: "Nunca encontraré a alguien que ponga fin a mi infelicidad?" Se trata de la pregunta más planteada en nuestra sociedad. No obstante, muchos hombres repiten en esquema de Tristán. Cuando una mortal humana, de carne y hueso, aparece en la vida de un hombre y le ofrece amor y relacionamiento, el

termina rechazándola porque ella no está a la altura de la perfección idealizada –Isolda la Hermosa– que sólo puede vivir en el interior de su mente.

≈

El segundo gran enigma de esta parte de nuestra historia es éste: ¿Qué es este "amor" que existe entre Tristán e Isolda la Hermosa? A medida que los acompañamos somos crédulos la mayor parte del tiempo; después de todo, somos occidentales románticos. Pero finalmente comenzamos a cavilar ante el egocentrismo estrepitoso, que los impele a visitarse mutuamente en nombre del "amor".

En relación a Isolda, Tristán se queja de que "¡Mark la reverencia y le brinda alegría!" ¿Por qué, si Tristán la ama tanto, no quiere verla feliz con su marido? Esta podría parecer una pregunta ingenua, pero si Tristán sostiene que lo motiva el "amor", tenemos el derecho de formular tal pregunta. Luego él dice: "Desearía morir, pero que la reina sepa que fue por amor a ella que fenezco. ¡Si por lo menos pudiese saber que ella sufre por mí así como yo sufro por ella!"

¿Qué clase de "amor" es ésta por la cual Tristán quiere que su amada sufra en vez de que sea feliz? Si él cree que ella hizo las paces con el pasado y es feliz con el rey Mark, ¿por qué regresa Tristán para echarle leña a la hoguera de la pasión de Isolda? ¿Por qué intenta renovar el sufrimiento de ella, y socavar su vida con el rey Mark.

¿Y qué hay de Isolda? ¿Qué es este "amor" que la impulsa a desdeñar a Tristán porque se casó con otra mujer? Isolda está casada con el rey Mark y vive con él. Sin embargo, mediante estos extraños parámetros, Tristán no debería casarse con otra mujer, no debería amar a otra; después de to-

do, él no sería feliz. Si hace alguna de estas cosas humanas normales, ¡entonces "traiciona" a Isolda la Hermosa! ¿Qué especie de amor hace que Isolda quiera que Tristán esté solo e infeliz, sin esposa, sin hogar, sin hijos?

Eso no es amor. El amor es un sentimiento que se dirige hacia otro ser humano, no hacia la propia pasión. El amor desea el bienestar y la felicidad del ser amado, no un drama espectacular a expensas de la otra persona. No obstante, y extrañamente, Tristán e Isolda lo denominan "amor".

Según los esquemas humanos, todo eso es retrógrado: Se "aman" entre sí, pero cada cual quiere que el otro sufra, que sea infeliz. Hablan de "traición", pero su modo de ser mutuamente "fieles" es traicionar al esposo de Isolda y a la esposa de Tristán. Se negaron a consolidar una familia y a asumir juntos una vida humana, pero ninguno permitirá que el otro viva de manera humana normal con otra persona.

Todo esto no nos resulta realmente novedoso. Todos conocimos a personas "enamoradas" que actúan de esa manera. La mayoría de nosotros vivenció estas mismas actitudes contradictorias. A veces nos las arreglamos para ser algo más sutiles al respecto, pero la paradoja irrumpe tan estrepitosamente en el mito porque emerge cruda y fresca desde el inconsciente.

A medida que elaboremos nuestros símbolos, se volverá crecientemente claro que la máxima paradoja es el propio amor romántico. Como sistema de actitudes, es la fuente de la cual emanan estas singulares contradicciones. El amor romántico es una profana confusión de dos amores sagrados. Uno es el amor "divino", al que ya nos referimos antes: es nuestra propensión natural hacia el mundo interior, el

amor del alma por Dios, o los dioses. El otro es el amor "humano", que es nuestro amor por la gente, por los seres humanos de carne y hueso. Ambos son válidos, ambos son necesarios. Pero por algún artificio de la evolución psicológica, nuestra cultura confundió los dos amores en la poción del amor romántico y casi los perdió a ambos.

En su mejor expresión, el romanticismo y el amor romántico son intentos válidos para restaurar en la Conciencia occidental lo que se había perdido. El romanticismo trata de restituir nuestro sentido del lado divino de la vida, la vida interior, el poder de la imaginación, el mito, los sueños, y la visión. La tragedia que nos expone esta porción de nuestra historia es que utilizamos mal el ideal del romanticismo, ponemos el amor divino en un sitio errado, y durante ese proceso destruímos nuestras relaciones humanas. Llamamos "amor" a lo que no es amor, revertimos el significado de la "fidelidad" y perseguimos una efímera imagen idealizada del ánima, en vez de amar a un ser humano de carne y hueso.

Aquí aparece una advertencia: cuando examinamos algunas de las espantosas instancias en las que desemboca la tragedia de Tristán e Isolda, es preciso recordar que el amor romántico es una etapa necesaria de nuestra evolución psicológica. Pese a todo lo que pueda decirse en su contra, pese a todo lo que debamos hacer para enderezar nuestro vínculo con él, se trata de nuestro sendero: es nuestro modo occidental de evolucionar y de refinar los dos amores que se mezclaron en la poción amorosa. El amor romántico es como un "túnel del amor": no podemos quedarnos atascados en la oscuridad, tenemos que salir por el otro lado y resolver la paradoja. Pero para los occidentales, entrar al túnel parece ne-

cesario. La única manera que conocemos de encontrar el sentimiento, de aproximar los dos grandes amores, es "enamorarnos", ser crucificados en la paradoja y aprender la lección.

A medida que avancemos, mientras desenmascaremos las ilusiones y expongamos las contradicciones, recordemos que la cuestión no consiste en ponderar o vituperar el amor romántico, conservarlo o descartarlo. Nuestra tarea reside en convertirlo en un acceso a la Conciencia, en vivir honestamente la paradoja, en aprender cómo respetar los dos mundos contenidos por el amor romántico: el mundo divino de Isolda la Hermosa que Tristán persigue, y el mundo humano de Isolda la de Blancas Manos que él rechaza.



14
ISOLDA DE LA TIERRA

TRISTÁN JAMÁS CONSOLIDA UN VÍNCULO HUMANO CON ISOLDA la Hermosa. Nunca establece una vida comprometida, estable y cotidiana que les brinde la calidez humana y el compañerismo que cada cual necesita. Nos espanta darnos cuenta de esto cuando pensamos en todos los dramas y las aventuras que ellos atraviesan. Se reúnen en secreto, corren terribles peligros, son arrastrados a la hoguera, huyen, prosiguen el drama en el bosque de Morois –luchan contra la naturaleza y contra los enemigos. Y pese a todo, ¡nada de eso se convierte en un vínculo humano!

Una de las grandes paradojas del amor romántico es que *jamás produce relaciones humanas mientras persiste como romántico*. Produce dramas, aventuras osadas, escenas de amor intensas y espléndidas, celos y traiciones; pero las personas nunca parecen establecer un vínculo entre sí como seres humanos de carne y hueso hasta que salen del ciclo del amor romántico, hasta que se aman uno al otro en vez de estar "enamorados".

Comenzamos a comprender por qué sucede tal cosa. Isolda la Hermosa es el ánima. Es el amor divino que Tristán busca en ella; inconscientemente el busca un acceso a su mundo interior. Tristán no puede concretar una relación humana común con Isolda la Hermosa porque ella es el ánima y debe vivenciarse como persona interna, como un símbolo.

Cuando Tristán abandona Cornwall y deja a Isolda con el rey Mark, cae en la desesperación. Cree que abandonó al ánima, literalmente corporizado por una mujer mortal, tal como hacen todos los hombres cuando están "enamorados". Desde el punto de vista de su ego, la vida carece de significado, pues él piensa que el significado sólo se encuentra en Isolda la Hermosa.

≈

Apartados, los amantes no pueden vivir ni morir, pues era la vida y la muerte a la vez, y Tristán trató de huir de sus penas por mares, islas y muchas tierras.

≈

Y así llegamos a la famosa pregunta de Tristán: "¿Nunca encontraré a alguien que ponga fin a mi infelicidad?"

Aunque su ego lo ve como la muerte, ¡el destino lo proyecta hacia la vida misma! Pues la tranquila y nada pretensiosa mujer que lo espera en el castillo de Carhaix es la encarnación de la vida humana: ella es Isolda la de Blancas Manos, Isolda de la Tierra.

Como Tristán, llegamos hasta esta Isolda sobrecargados de prejuicios, con nuestra realidad previamente comprometida. No nos atrae algo que sea "sencillo": para nosotros

"sencillo" significa tedioso, opaco o estúpido. Hemos olvidado que la simplicidad es una necesidad de la vida humana: es el arte humano de encontrar significación y deleite en las cosas pequeñas, naturales y menos dramáticas. En su punto máximo, es una Conciencia que ve a través de las confusiones que inventamos para la realidad esencial y nada complicada de la vida. Pero en nuestra época, tenemos un prejuicio colectivo contra Isolda de Blancas Manos. Si un relacionamiento sencillo, directo y nada complicado nos ofrece la felicidad, no lo aceptamos. Es "demasiado simplón", "demasiado obtuso". Fuimos condicionados para respetar sólo lo que es desmesurado, superintenso, de alta presión, inmenso y complicado.

La verdadera tragedia de Tristán e Isolda está oculta en un quieto y humilde sitio donde no solemos mirar. No se trata de la muerte de Tristán, pues todos los hombres mueren. La tragedia de Tristán es que rehusa vivir mientras todavía está vivo, y así carece de vida o de amor humano. De allí que su vida se vuelva una "muerte viviente". La tragedia real sucede en el momento en que Tristán rechaza a la Isolda de Blancas Manos; en ese acto él rechaza a la tierra y todo lo que acompaña a esta vida humana terrestre: amor humano, relacionamiento, todos los deleites de la tierra.

Para nosotros los occidentales, que absorbemos el licor del romance con la leche de nuestras madres, Isolda la de Blancas Manos luce como un personaje menor. Estamos hipnotizados por el otro drama: los encuentros secretos y las separaciones, las intrigas, la intensidad sobrenatural que hierve entre Tristán e Isolda la Hermosa. Pero si ponemos eso a un lado y en cambio prestamos atención a Isolda la de Blancas Manos, todo podría ser como dijo Kaherdin: "En-

tonces tal vez podríais expresarle más afecto a mi hermana, Isolda la de corazón gentil, la sencilla."

Esta Isolda personifica un lado distinto del femenino interior, una faceta que no encontramos antes. Sus "blancas manos" implican simbólicamente muchas cosas. Son bellas y delicadas, aunque dotadas para las tareas prácticas de la vida. Esta Isolda se deleita con la vida común, humana y terrena. Primero la encontramos en el salón de mujeres del castillo; está tejiendo tapices, bordando hilos dorados en un fino paño inglés. Es de sangre real, aunque podemos imaginarla teniendo hijos, criándolos, cocinando, viviendo con las simples actividades que hacen posible la vida humana.

A este aspecto femenino lo llamaremos "femenino terrestre", pues es ella quien vincula al hombre con esta tierra física, con sus semejantes humanos, con la vida corriente, con todo lo que es parte del estar encarnado en este reino humano, limitado por la necesidad, el compromiso, el deber, el tiempo y el espacio. El femenino terrestre es la persona interna que le permite amar a nivel humano, concretar vínculos humanos.

Ella personifica la capacidad interna de cada hombre para ver la belleza, el valor y lo sagrado en el mundo físico, en la vida física, y en la humanidad corriente. Es ella quien preside sus relaciones con las personas de afuera en el mundo externo. Por el contrario, el ánima preside sus vínculos con las personas de adentro en el mundo interno. El femenino terrestre sabe cómo amar de una manera que no es idealismo romántico, ni una proyección de los dioses internos hacia los mortales externos. El de ella es un amor humano que nos vincula con hombres y mujeres de carne y hueso, que los ratifica en su humanidad y su cotidianeidad.

Todo lo que Isolda la de Blancas Manos hace, nos demuestra que su única preocupación es el vincularse. Ese es su único principio, su sistema energético fundamental. Tristán dice de Isolda la Hermosa: "Bebimos juntos nuestra muerte." Pero esta Isolda no se interesa en la muerte: está interesada en la vida, una vida humana común en esta tierra con una persona que la amará como ella es, la cuidará, y será nutrida por ella. Esta Isolda de la Tierra no pide ser trasportada al "bosque encantado" hallado sólo en la comarca de la muerte; mas bien, le pide a Tristán que la ame y consolide una vida con ella en Carhaix, durante sus vidas en esta tierra.

Vemos más claramente al femenino terrestre cuando cotejamos a Isolda la de Blancas Manos con Isolda la Hermosa. No podemos imaginar a Isolda la Hermosa como ama de casa, criando hijos, revolviendo cacerolas de sopa, tejiendo mantas, envejeciendo con su marido en un hogar sencillo. Sólo podemos imaginarla como parte de un gran drama, encuentros peligrosos, encuentros extáticos, despedidas llorosas, o como reina, sentada en el trono de un palacio encantado. Ella es la hechicera, la hija de una reina maga, nacida en una isla mística más allá de lo Desconocido. Es una diosa, a medias divina, a medias humana. Es ese aspecto de lo femenino que siempre debe ser esquivo, inabordable, la "Princesa distante" que sólo puede ser vivenciada genuinamente a nivel de lo simbólico y lo imaginario. El ánima puede vivirse internamente, o puede extrovertirse en un drama: la hoguera, los leprosos, el bosque de Morois. Pero no puede ser contenida en ningún vínculo humano corriente, con sus obligaciones, y sus límites finitos.

¿Qué ocurre con Isolda la de Blancas Manos? Ella es hu-

mana. No es hija de hechiceras y semidioses en un puesto fronterizo del "otro mundo". Nació de padres mortales en el mundo conocido, creció en entornos humanos comunes, fue preparada para una vida humana, una vida personal. Ella es el aspecto de lo femenino que calza en nuestras vidas corrientes y en nuestras relaciones personales.

El objetivo del ánima es siempre conducirnos al mundo interior, a las ilimitadas e infinitas regiones del inconsciente, sin limitaciones, sin compromisos de tipo alguno, sin condicionamientos en base a la necesidad o al deber. Pero el femenino terrestre nos dirige hacia lo finito, al mundo personal de los vínculos humanos: el enmarcado por el compromiso, el deber, la obligación, el afecto, y el relacionamiento con una persona.

≈

A medida que la vida se convierte en muerte, y que esa muerte se aproxima, hay un sólo momento en el que Tristán comienza a vivir de nuevo. Se acerca a Isolda la de Blancas Manos: anhela vivir, anhela amar, quiere ser humano otra vez. Olvida su inusitado pacto con la muerte. Kaherdin abre los portales de Cairhax y atrae a Tristán hacia su corazón. Tristán encuentra afecto, amistad, amor, nobles causas para emprender.

"¿Nunca encontraré a alguien que ponga fin a mi infelicidad?" He ahí una esposa que lo ama, que le brindará camaradería, devoción, una vida sentimental, amor erótico, lazos humanos del hogar y la familia. Con ella vienen un hermano, un padre, una patria. ¿Por qué lo rechaza todo?

Nos lo dice más adelante en el relato... Postrado en su lecho de muerte, confía el anillo de jaspe verde a Kaherdin y

lo envía hacia una última tentativa de atraer a Isolda la Hermosa. "Decidle que debe venir, porque bebimos juntos nuestra muerte, y debe recordar el juramento que le hice de servir a un único amor, pues cumplí con él."

Lo que cimenta la tragedia íntegra del amor romántico, es ese ideal erróneo, ese juramento. Tristán juró servir a un único amor. Este amor único es el amor divino que ya mencionamos: el amor que nos arrastra al mundo interior. Pero cuando Tristán jura servir sólo al amor divino del ánima, también jura renunciar al amor y al vínculo humanos. Hay dos grandes amores, dos mundos en los que el hombre debe vivir, dos Isoldas a las que debe servir. El gran defecto del amor romántico es que procura un amor pero olvida al otro. Este es el significado exacto del acto con que Tristán rechaza a Isolda la de Blancas Manos.

Cuando Tristán desecha a Isolda la de Blancas Manos, él expone la actitud corriente del hombre occidental. Este cree inconscientemente que corresponde usar su casamiento para tratar de conectarse con su ánima, utilizar a una mujer para que sea portadora de la imagen proyectada de su alma, y que jamás tome en serio a una mujer por lo que es en sí misma, como ser individual físico con su propia estructura compleja y una conciencia. El hombre siempre cree que debe procurar a Isolda la Hermosa y siempre debe rechazar a Isolda la de Blancas Manos; siempre debe buscar el mundo divino que proyecta en una mujer pero nunca relacionarse con esta mujer como ser individual.

El amor romántico, fiel a su naturaleza paradojal, no engaña: *luce como si apuntara* a establecer una relación humana con una persona. Después de todo, uno no está meditando en un templo, está "enamorado" de un ser humano. ¿O

no lo es? Nos resulta difícil advertir la diferencia –la vasta diferencia– entre *vincularse* con un ser humano y usar a esa persona como vehículo de una proyección propia.

En el juramento de Tristán, y en su rechazo de la consumación del matrimonio, vemos el defecto básico del romanticismo: su parcialidad. Intenta equilibrar la unilateralidad de nuestra psique occidental mediante la restauración de la experiencia de los dioses, del mundo interior, de los misterios y del amor divino. Pero, como todos los intentos colectivos de equilibrio, se volvió unilateral en sentido contrario. Abraza la polaridad opuesta, idealiza el mundo divino y extático pero no deja espacio para humanidad común. La vida humana corriente, con sus obligaciones, lazos, compromisos, deberes, limitaciones y su foco en seres humanos comunes, resulta demasiado terrena, muy monótona y sórdida según nuestros prejuicios románticos.

El casamiento de Tristán simboliza su aceptación instintiva e involuntaria de la vida y la vinculación humanas. Sus instintos claman por una camaradería terrena, física y amorosa con una mujer común. El rey Hoâl le ofrece a su hija. Tristán responde, por puro reflejo y voluntad de vida, "La acepto, mi señor." Ella no es su alma, ella no es la perfección, ella no es una visitante del cielo. Pero es hermosa en su configuración humana, es amorosa, siente afecto hacia él, y es real. No es su fantasía proyectada en la pantalla del mundo exterior.

Pero Tristán, casado formalmente con esta Isolda, la rechaza de hecho. Cuando rehusa consumar su boda, eso significa que rechaza una relación humana con un ser mortal a favor de una visión apasionada, una fantasía que sólo puede ser experimentada interiormente. Este es el efecto que el

carácter tiene en la mayoría de los matrimonios y las parejas modernas. Nos casamos formalmente, pronunciamos las palabras, pero no asumimos internamente el compromiso. En la mayoría de los relacionamientos existe una peculiaridad provisional, secretamente cada persona redacta una cláusula para fugarse de ello. Cada uno de nosotros se reserva el derecho de romper el compromiso con esta persona física si se presenta una visión apasionada proyectada en otra persona.

Esto es exactamente lo que el mito predecía para nuestra cultura, y es exactamente lo que vemos como pauta normal. Las personas contraen matrimonio en lo formal, pero lo rechazan de hecho. Rehusan establecer un compromiso real con un ser humano, porque sólo se comprometen con su visión interior, su ideal interno, su búsqueda de la manifestación perfecta del ánima o el ánimus, su anhelo de amor divino. dado que no aprendieron que se trata de una obra interna, imaginan que siempre deben dejar abiertas sus opciones, que siempre deben reservarse el derecho de ir hacia dondequiera se proyecte el ideal interno. En nuestra bruma romántica, pensamos que esto es muy noble, muy "liberado", pero de hecho es una incomprensión de la realidad. Es nuestro modo de bloquear el lado humano de la ecuación, nuestra manera de evitar un compromiso con Isolda la de Blancas Manos.

La tragedia es que Tristán, en plena posesión de una vida de relacionamiento, rodeado por la calidez humana, rehusa disfrutarla o hacerla suya. Curiosamente, nada debe hacer. Sólo precisa abrir sus ojos, despertar a los tesoros que lo circundan, y vivir. Pero esa bruma de idealismo romántico, esa denigración del mundo humano, lo segrega del mismísimo

amor que tanto anhela. Rechaza a Isolda la de Blancas Manos, renueva su pacto con la muerte.

Esta pauta del amor romántico se reedita constantemente en las vidas de la gente moderna. Un hombre casado o en pareja se siente vagamente insatisfecho: la vida no posee suficiente significado, o se le escapa el éxtasis o el "pique" que solía tener. En vez de darse cuenta de que se trata de un anhelo del amor divino, pues la experiencia interna del ánima es su responsabilidad, le atribuye la falla a la mujer. Ella no lo hace feliz, ella no es lo suficientemente buena, ella no colma sus sueños. Si bien ella le brinda todo lo que un ser mortal puede proporcionar, él la rechaza y va en busca de Isolda la Hermosa. Siempre presume que en algún lugar, en alguna mujer o en alguna aventura, va a encontrar a Isolda la Hermosa, le será posible poseerla físicamente, y así encontrará el significado y la realización de su vida. De este modo, denigramos el amor humano; así rechazamos a Isolda la de Blancas Manos, y así renovamos nuestro juramento colectivo de "servir a un único amor".

El amor humano, simbolizado por Isolda la de Blancas Manos, es totalmente distinto de lo que llamamos "enamorarse". Para un hombre, amar de modo humano al femenino terrestre significa dirigir su amor a un ser humano mortal, no a una imagen idealizada que él proyecta. Para él significa vincularse con una mujer de verdad, darle valor, identificarse con ella, afirmar su validez y su sacralidad tal como ella es, en su totalidad –con su lado sombrío, sus imperfecciones, y todo lo que la convierte en una mortal corriente. Estar "enamorado" es diferente, ello no se dirige a una mujer, se dirige a un ánima, al ideal de un hombre; su sueño, su fantasía, su esperanza, su expectativa, su pasión por un

ser interior que él superpone sobre la mujer externa.

Esto explica por qué tanto de este "amor" entre Tristán e Isolda la Hermosa es tan inequívocamente egocéntrico. Tristán quiere que Isolda sufra, que lo acompañe en su infelicidad, ¡porque su amor no está realmente dirigido a Isolda como mujer mortal, sino hacia sí mismo! El está involucrado en su proyección hacia ella, con su pasión: esta pasión que atribuye a la poción amorosa pero que cuidadosamente fomenta con sus viajes de regreso a Isolda.

Similarmente, Isolda parece no preocuparse por la felicidad o el bienestar de Tristán. A ella le importa saber si él la coloca en primer término, si ella es destinataria exclusiva de su lealtad, si él mantendrá con ella el drama que los trasporta al "bosque encantado". A ninguno de los dos les importa la felicidad, el bienestar o la sobrevivencia del otro, sino apenas renovar la propia pasión, ser trasportado a un lugar mágico, usar al otro para que el intenso drama siga funcionando. Por fin, en el desenlace, la única preocupación de ambos consiste en usar al otro para librarse por completo de la tierra ordinaria, para volar hacia ese mundo mágico e imaginario donde "las grandes voces entonan sus cantos eternamente". En verdad no se aman entre sí. Usan al otro como vehículo para consumar las experiencias intensas y apasionadas que apetecen.

Esto, lo admitamos o no, es lo que constituye el amor romántico. En Tristán e Isolda el egoísmo, el uso del otro para crear la pasión por la pasión misma, es tan flagrante, tan ingenuo y tan pueril que resulta inconfundible. Pero nuestras propias versiones de ello son raras veces más sutiles. Simplemente, jamás entra en nuestras románticas cabezas que hay algo extraño en eso de buscar ese llamado "amor"

para plasmar mi realización, mis emociones impactantes, mis sueños hechos realidad, mi fantasía, mi "necesidad de ser amado", mi ideal del amor perfecto, mi seguridad, mi diversión.

Cuando amamos genuinamente a otra persona, es un acto espontáneo del ser, una identificación con la otra persona que nos motiva para reafirmarla, valorizarla y honrarla; para desear la felicidad y el bienestar de esa persona. Durante aquellos fugaces momentos en los que amamos, en vez de enfocarnos en nuestros egos, dejamos de preguntar qué sueños esa persona va a colmar en nosotros, qué aventuras intensas y extraordinarias va a proporcionar.

Dos son los matrimonios que debe contraer Tristán. La primera boda es interna, con su propia alma, con Isolda la Hermosa. Ese casamiento se concreta yendo al mundo interior, practicando su religión, su obra intrínseca, viviendo con las deidades de esa interioridad. La segunda boda en con Isolda la de Blancas Manos. Este matrimonio implica una unión con otro ser humano, y significa aceptarla como tal. También significa establecer otros relacionamientos –hacer amistades– y asumirlos como seres humanos.

Podemos entender a estos dos matrimonios como reflejo de las dos naturalezas que se combinan en los individuos: lo humano y lo divino. El penúltimo símbolo occidental de nuestras dos naturalezas en síntesis es Cristo, y las dimensiones de esa realidad se expresan perfectamente en el simbolismo de la doctrina cristiana de la Encarnación. Ella dice que Dios vino al mundo físico y lo redimió –¡Dios se volvió humano! Los resultados de esta creencia, tomada como símbolo, son enormes. Implican que este mundo físico, este cuerpo físico y esta vida mundana que llevamos en la

tierra también son sagrados. Significa que nuestros semejantes humanos tienen su propio valor intrínseco: no están aquí apenas para reflejar nuestra fantasía de un mundo más perfecto, para trasportar nuestras proyecciones del ánima o para ligarse a nosotros para representar una alegoría de otro mundo. El mundo corriente, físico y mundano tiene su propia belleza, su propia validez, y leyes propias que deben ser respetadas.

En el Zen existe un dicho: "Esta tierra, ¡tal es el Camino!" El sendero hacia la iluminación, al alma, no se encuentra a través de las nubes, ni negando esta tierra. Está en esta vida mortal, dentro de la simplicidad de nuestras labores mundanas y de nuestras relaciones con personas comunes. Todo esto es expresado por la realidad simbólica de la Encarnación.

La Encarnación nos indica la paradoja de dos naturalezas: el amor divino y el amor humano mezclados en el mismo recipiente, contenidos en un ser humano único. La Encarnación dice que Dios se hizo Hombre; y el Dios encarnado, Cristo, era plenamente humano y plenamente divino al mismo tiempo. En esta imagen se refleja la naturaleza dual de todo ser humano, los dos amores que legítimamente reclaman nuestra lealtad, y la síntesis que debemos hacer entre ambos. La Encarnación nos muestra que el mundo divino y el mundo humano coexisten dentro de cada ser humano. Cuando ambas naturalezas conviven en una síntesis consciente, la persona se vuelve un self consciente.

Cualesquiera sean nuestras ideas sobre la Encarnación histórica literal, es preciso que advirtamos las impresionantes derivaciones del símbolo del Dios hecho hombre, como modelo arquetípico enclavado hondamente en el incons-

ciente occidental. Se trata de una realidad psicológica, de un principio unificador que actúa sobre nosotros desde la interioridad, seamos o no conscientes de ello. Viviremos esta naturaleza dual de un modo u otro, consciente o inconscientemente.

La Encarnación simboliza la síntesis; la poción amorosa simboliza la mescolanza. Si asumimos conscientemente nuestra naturaleza dual, logramos una síntesis trascendente; si lo hacemos al azar, tendremos la poción amorosa. La historia psicológica occidental es ésta: a medida que cesamos de tomar seriamente la Encarnación, hasta como realidad simbólica, la verdad de nuestra naturaleza dual queda confinada en la clandestinidad. Inconscientemente, el amor divino y la completa paradoja del amor divino y el amor humano, desembocan en la poción amorosa. Y allí reposa hoy, burbujeando en un caldero de proyecciones, mezclados en la sopa del amor romántico.

Aprendimos que una de las raíces del amor romántico es el dualismo maniqueísta, vigente en la Europa occidental durante el siglo XII como herejía albigense. La enseñanza de esa religión fue que la mitad divina de la realidad era absolutamente buena y lado humano de la realidad era absolutamente maligno. Para los albigenses, el único bien era lo que existía en el plano "espiritual", que se encontraba en el "cielo". Los seres humanos físicos, la vida humana común, la sexualidad, el amor erótico, y la totalidad de esta tierra física eran vistos como "perversos", corruptos, un abismo emisor de vapores oscuros. Esta es la expresión teológica de lo que Tristán dice en el lenguaje del romance: "Recordad el juramento que hice sobre servir a un único amor". El dualismo albigense, el dualismo cristiano y el idealismo román-

tico nos enseñan al unísono que todos deberíamos servir al amor divino, que los seres humanos comunes no son dignos de nuestro amor, que deberíamos amar a la gente sólo si refleja nuestro ideal, si refleja nuestra proyección de la intensidad del otro mundo –lo sobrehumano, lo cósmico, lo divino.

El culto del romance nos enseña que la gente común no alcanza, que debemos buscar un dios o una diosa, una estrella de Hollywood, la mujer de los sueños o el hombre de los sueños, una reina de belleza: un ánima o un ánimus corporizados. Mientras el hombre siga prisionero de esta mentalidad, nunca aceptará nada excepto su ánima; se relaciona con una mujer sólo si ella refleja su sueño de Isolda la Hermosa.

El relato sobre Isolda la de Blancas Manos es la narración de la oportunidad perdida de Tristán. Tristán malogra su posibilidad de descubrir que existen dos amores y dos vínculos: uno con el ánima interior y otro con la mujer del mundo físico. Cada cual es diferente, y cada cual tiene su propia validez. Pero, si Tristán, como nosotros, tuviese una segunda oportunidad, podría aprender de Isolda la de Blancas Manos en vez de rechazarla. Podría aprender que el significado de la vida no se encuentra sólo en la búsqueda del ideal interno; también se encuentra en la mujer física con la que vive en el castillo de Carhaix.

≈

15

SUFRIMIENTO Y MUERTE

De toux les maux, le
mien diffäre;
Il me plait; je me réjouis
de lui;
Mon mal est ce que
je veux
Et ma doleur est
ma santé!
Je ne vois donc pas de
quoi je me plains,
Car mon mal me vient
de ma volonté;
C'est mon vouloir que
devient mon mal,
Mais j'ai tant d'aise á
vouloir ainsi
Que je souffre
agréablement,
Et tant de joie dans
ma doleur
Que je suis malade avec
délices.

De todos los males, el
mío difiere;
Me complace, me regocijo
en él;
Mi dolencia es lo que
anhelo
Y mi padecimiento es
mi salud!
No veo entonces de
qué quejarme,
Pues mi mal proviene
de mi voluntad;
Es mi querer lo que
deviene mi mal,
Mas encuentro tanto gusto
en quererlo así
Que sufro
agradablemente,
Y hay tanto goce en
mi dolor
Que estoy enfermo
de delicias.

–Chrétien de Troyes

ESTAS SON PALABRAS DE UNO DE LOS MAYORES POETAS DE LA era de los trovadores, la voz que registró uno de los primeros mayores "romances" de los albores de la literatura romántica. ¡Con qué perfección captura la extraña y desconocida conexión entre el romance y el sufrimiento! El sufrimiento parece ser una parte inseparable del romance, como lo saben todo hombre y toda mujer que hayan estado enamorados. No podemos evitarlo, a veces imaginamos que lo evitamos, pero siempre nos espera en el lugar menos pensado. Hasta la palabra pasión significaba originalmente "sufrir".

Es como si el sufrimiento hubiese sido esbozado dentro del romance por nuestros antecesores, quienes, a diferencia de nosotros, en verdad consideraban al romance como una disciplina espiritual. Al enseñarnos a buscar, en un hombre o una mujer, un ideal de perfección que jamás podía encarnarse bajo la piel mortal, nos sentenciaron a un ciclo aparentemente interminable de expectativas imposibles, seguidas de amargos desengaños.

Pero hay algo más que eso: ¡también es cierto que buscamos nuestro sufrimiento! Como Tristán, parecería que nos metemos inconscientemente en situaciones imposibles, para involucrarnos con personas imposibles, para imponerle a nuestras relaciones expectativas sin posibilidad de realización. Buscamos el sufrimiento como si fuese una parte necesaria de la experiencia romántica, como si no pudiésemos prescindir de él. Inconscientemente, parecería que nos deleita: "Me complace, me regocijo en él." Si mis deseos son imposibles, si me producen más dolor que éxtasis, aun así "encuentro tanto placer en desearlo así que sufro agradablemente, con tanto goce en mi dolor que estoy enfermo de deleite."

Hay mucho para aprender en la apreciación de la poesía y los romances de nuestros antecesores, porque ellos tenían la virtud de consignar claramente las verdades que no queremos encarar. Si pudiésemos abrir nuestras mentes y aprendiésemos de ellos a pronunciar lo que es en verdad, estaríamos en condiciones de entender qué fuerzas actúan en nosotros. No resulta una coincidencia que toda la literatura romántica, desde *Tristán e Isolda* y *Romeo y Julieta* hasta el presente, esté repleta de sufrimiento y muerte. La propia naturaleza del romance parece requerir que se lo viva enfrentando disyuntivas imposibles, obstáculos terribles y adversidades inhumanas. Al enfrentar la imposibilidad de su romance en este mundo físico, muchos de los amantes arquetípicos, como Romeo y Julieta, eligen morir juntos.

¿En qué consiste este idealismo tan poderoso que elige la muerte y la expectativa de otro mundo en vez de aceptar una vida menos perfecta en esta tierra? ¿Qué hay en este sufrimiento que nos atrae tan poderosamente que siempre volvemos a la llamarada sin importarnos cuántas veces resultamos quemados? Esto es lo que preguntamos al observar el sufrimiento y la muerte de Tristán e Isolda.

≈

En su noche de bodas, el anillo de jaspe verde se desliza del dedo de Tristán y repiquetea en las piedras. Ese instante es el momento del gran punto final crucial de la vida de Tristán. Decide que, a fin de ser fiel al ideal interno representado por Isolda la Hermosa, debe rechazar a su esposa. "¡Qué pena siento por mi esposa, por su confianza y su corazón sencillo! ¡Ved ahora cómo estas dos Isoldas me conocieron en una hora desdichada! ¡Y a las dos les soy infiel!"

En ese momento una puerta de hierro bloquea la mitad de

la naturaleza de Tristán. Decide rechazar a su esposa y en el mismo momento renuncia a la propia vida. Desde ese instante hasta su día final, sólo parece esperar la muerte que supone va a reunirlo, al fin, con su ideal, su sueño, su visión de perfección, su alma –todo ello encarnado en Isolda la Hermosa.

Desiste de todo amor terreno con Isolda la de Blancas Manos; sólo será un servidor del amor divino, y busca su alma en la reina. Pero Tristán e Isolda no encuentran sus almas en el otro. En última instancia, encuentran en el otro sólo un reflejo atormentador del reino divino que esperan hallar al otro lado de la tumba. Tristán es doblemente infeliz, pues perdió a las dos Isoldas. Perdió el deleite de una vida terrena con su esposa, y al empecinarse en mantener una relación física con Isolda la Hermosa, también malogró su vínculo con ella. No puede poseerla de la manera que él exige. Pierde su vida interior, y desespera de hallarla alguna vez salvo a través de la muerte, para encontrarse con Isolda la Hermosa en el cielo.

De haber prestado atención, podríamos haber visto que la Muerte entró muy temprano en escena. Ambos amantes ya la estaban convocando cuando se hallaban bajo el enorme pino, en procura de un lugar perfecto para consumar su visión romántica. Oiríamos el anhelo en la voz de Tristán cuando se refiere al "otro mundo":

> "Pero un día, amiga mía, iremos juntos a tierras afortunadas de las que nadie regresa. Allí se alza un castillo de mármol blanco; en cada uno de sus mil ventanales arde una vela; y en cada uno un trovador toca y canta una melodía interminable."

Y escuchen de nuevo las palabras de Tristán cuando se ubica ante el rey haciéndose pasar por el idiota de la corte, y pidiéndole la reina. ¿A dónde la llevará?

> "Oh, muy alto, entre las nubes y el cielo, hacia una bella cámara de cristales. Los rayos del sol brillarán a través de ellos, pero los vientos no podrán perturbarlos. Llevaría a la reina a mi cámara de cristales, repleta de rosas y de mañanas."

¿Dónde podría existir esa bella comarca? ¿Cómo podemos encontrar el camino de acceso? Tristán planea emprender la travesía hacia allí por el tenebroso sendero de la muerte. Cuando se separa de la reina por última vez, se cita con ella, y se trata de un encuentro de ambos con la muerte. El pronuncia la profecía que revela su intención: "Mi muerte está próxima, y lejos de vos mi muerte ella será consecuencia del deseo."

E Isolda responde:

"Oh amigo, abrazadme con todas vuestras fuerzas para que nuestros corazones estallen y nuestras almas se liberen por fin. Llevadme a aquel lugar feliz del que me hablasteis hace mucho. Los campos de los que no se regresa, pero donde grandes voces entonan sus cantos eternamente..."

"¡Os llevaré al Palacio Feliz de los Vivientes, reina!", dice Tristán. "El tiempo está cercano. Cuando haya llegado, si os llamo, ¿vendréis amiga mía?"

Al final, cuando Tristán yace envenenado por la lanza, coloca el anillo de jaspe verde en manos de Kaherdin y lo envía hacia Isolda con este mensaje: "Decidle que debe venir, porque bebimos juntos nuestra muerte."

En verdad, bebieron su muerte juntos, y a medida que el

desenlace se aproxima, la muerte parece ser el objeto de todos sus anhelos. Su desesperación en la tierra se vuelve tolerable sólo mediante la perfección, la belleza y la felicidad del mundo que vendrá. Pero, ¿cuál es esta gloriosa tierra de castillos de cristal blanco y recintos color de rosa, este "Palacio Feliz de los Vivientes"?

Este reino perfecto y hermoso sólo puede estar en el mundo interior. Instintivamente, todos conocemos este mundo, resonamos con las palabras de los amantes, sus anhelos generan una vibración de simpatía en nuestras almas. Es la tierra de los cuentos de hadas, el mundo de la imaginación donde el alma corteja a los dioses en secreto. ¿Pero por qué este mundo interior del alma es simbolizado por la Muerte? ¿Por qué Tristán e Isolda creen que sólo pueden llegar allí por los senderos de los muertos?

Desde los tiempos primitivos la muerte se concibió como una "pasaporte" desde el limitado reino físico del tiempo y el espacio hacia el ilimitado e inconmensurable universo del espíritu y la eternidad. Esta "liberación" de lo físico es, para el inconsciente, un símbolo de algo todavía más sutil: la liberación del ego de las limitaciones de su mundo diminuto y sus puntos de vista mezquinos, hacia el vasto, desencadenado e interno universo de la psique. Libre de ser tomada al pie de la letra, la muerte deja de ser el final, y se vuelve un símbolo de cambio profundo, de trasformación.

La "comarca de los muertos" es el mundo interno del alma. El significado más profundo de la muerte, experimentado en las profundidades del inconsciente, es un símbolo de trasformación: trasformación del ego que ingresa al reino de la psique, se encuentra y se une con el alma, y consiente en renunciar a su diminuto imperio para vivir en la

inmensidad de un universo más grande.

Al comprender esto, se abre para nosotros un panorama completamente nuevo: lo que se nos exige es la trasformación, ¡no la muerte! Esto es lo que aparece simbolizado una y otra vez en los grandes relatos románticos, donde la "muerte" es usada como símbolo. Esta es la única solución para los conflictos, las lealtades confusas, y los tremendos sufrimientos del romance. La única resolución verdadera está en un cambio de Conciencia y en un cambio de valores.

Inclusive así, una "muerte" real nos espera dentro de la experiencia trasformativa: es la muerte del ego. Por "muerte el ego" no entendemos que el ego se evapora o desaparece. Denotamos que el ego sacrifica su mundo antiguo, su antiguo punto de vista, sus viejas actitudes arraigadas. Cuando un nuevo conjunto de valores aparece en la vida y se vuelve posible una nueva síntesis, debe destruir el orden antiguo y vetusto del ego, hecho que el ego sólo puede asumir como una "muerte".

Si el ego toma esta muerte como una amenaza, pasa a resistir y combate el cambio. Hacemos todo eso en el amor romántico; incluso cuando vemos que necesitamos trasformar nuestros valores a fin de experimentar la genuina revelación del amor romántico. Nos sentimos amenazados, nos aferramos a nuestras antiguas actitudes, imponemos a los demás las mismas viejas demandas, y tratamos de vivenciar nuestras fantasías de romance en los mismos términos de antaño. Cambiar, cuestionar las propias opiniones, alterar nuestras pautas, se siente como un desastre inminente. Esta es la "muerte del ego", la muerte que nos espera en el marco de la trasformación.

En los días de Tristán, tomaban el símbolo literalmente.

Creían que sólo podrían encontrar el mundo del alma y del espíritu mediante la muerte, dejando el cuerpo físico. Aunque en un sentido eran más sabios que nosotros: tenían mayor Conciencia y eran más directos en referencia a lo que buscaban en el amor romántico. Los cátaros y los trovadores sostenían categóricamente que buscaban la trasformación, que la procuraban a través del amor apasionado y de la muerte. La muerte, porque los liberaba de la esclavitud de la carne. La pasión, porque en su intensidad de otro mundo, tanto en su éxtasis como en su sufrimiento, daba un preludio del mundo divino. Para ellos, el amor romántico era una iniciación. Se pensaba que la pasión amorosa espiritualizaba a los elegidos como anticipo de la pasión final; incineraba la vida humana que nos separa "de los campos de los nadie regresa".

No somos tan directos, no somos conscientes de lo que buscamos. Pero heredamos las mismas creencias. Andamos por la vida en procura de una experiencia trasfiguradora, la visión que dará significado e integridad a nuestras vidas. Estamos buscando nuestras almas, buscando el mundo divino. Pero no sabemos cómo experimentar a los dioses internamente, a nivel simbólico. Inconsciente e impulsivamente, como hombres y mujeres poseídos, lo buscamos en el apasionamiento, en el enamorarnos, en el entregarnos a un poder que nos envuelve y nos posee. Es el éxtasis, es el sufrimiento, es una especie de muerte, pero sobre todo es un paladeo de lo que solía buscarse después de la vida: la trasfiguración. Es muerte y renacimiento: se muere para el mundo y se vive en un reino que es más grande que la vida. Mientras dura la pasión, tanto como se mantengan las proyecciones, eso es lo que se siente. Y eso, sobretodo es lo

que se busca.

Tristán cree que puede alcanzar el reino interior de dos maneras: primero, a través del sufrimiento y el éxtasis de su pasión por Isolda la Hermosa; segundo, mediante la muerte al pie de la letra, abandonando este mundo físico. Los occidentales modernos redujimos las opciones todavía más; la mayoría de nosotros busca el mundo interior en un único lugar –en la pasión romántica. ¿Por qué ocurre esto?

En parte se debe a nuestro dualismo occidental, a la división de la vida en dos: vida física en la tierra, vida espiritual en el cielo. El catarismo y el cristianismo medieval le enseñan a Tristán que la tierra no vale nada, que la vida espiritual sólo puede encontrarse después de la muerte, en "los cielos". En nuestras mentes, esta creencia se ha vuelto la idea inconsciente de que el lado espiritual de la vida está siempre en "algún otro lugar" o "más allá". Siempre está en algún sitio distante del que uno ocupa, en cualquier parte menos en la propia vida. Los occidentales no creemos realmente que podamos vivenciar nuestros dioses y nuestra vida espiritual como una experiencia interna mientras desarrollamos nuestras vidas comunes aquí en la tierra. Nos resulta difícil pensar que los dos mundos, el interno y el externo, pueden coexistir simultáneamente en un ser humano. Es por eso que siempre tratamos de consolidar el mundo divino en algo o alguien fuera de nosotros.

Otra razón para buscar nuestro mundo interior en el amor romántico es simplemente que los occidentales no creen en el mundo interno; por lo tanto, lo que hagamos con ese aspecto nuestro no vivido tiene que ser inconsciente, debe proyectarse al mundo físico. A los occidentales les resulta muy difícil asumir la idea de un mundo interior. Hablamos sobre realida-

des internas, decimos "alma" y "espíritu", pero no creemos realmente en ellas. Con el paso de los siglos fuimos perdiendo contacto con la vida interior y con su simbolismo, a medida que nuestra cultura se volvió prosaica y materialista. En verdad, este terreno tuvimos una evolución invertida.

En los tiempos de Tristán los hombres pensaban el "alma" y el "espíritu" como entidades casi físicas, sólo levemente más sutiles que el cuerpo físico. Debían ser ubicadas literalmente en un cuerpo físico o en un "lugar": un "limbo" o un "cielo". Pensaban el cielo como un lugar físico estricto, antes que como un estado del ser, ¡y por cierto pasaron siglos haciendo especulaciones sobre la ubicación del cielo en el universo físico!

Inclusive varios siglos después de Tristán, en la época de Galileo, la profesión de astrónomo era muy peligrosa porque la mayoría de la gente estaba convencida de que el mundo divino estaba situado "allá arriba" entre las estrellas y los planetas. Galileo fue acusado de herejía porque a través de su telescopio vio algo que contradecía dicha idea.

Durante nuestro siglo no evolucionamos mucho más lejos. Nuestra religión es el romance: ubicamos al mundo divino en seres físicos, la gente de la que nos enamoramos. Y cualquier psicólogo que afirme (después de consultar su telescopio) que el mundo divino no puede encontrarse en el romance, probablemente enojará a mucha gente y será calificado como aguafiestas, y hasta hereje.

≈

Ahora encontramos la clave secreta que decodifica "el sufrimiento y la muerte". Comenzamos a ver que la "muerte" que buscamos en el amor romántico es la trasformación, el

fin del viejo mundo, el toque cauterizante del fuego que extermina y da nueva vida en el mismo instante. En última instancia, el sufrimiento del romance no es distinto del sufrimiento del misticismo y la religión: es el dolor compartido por todos los mortales que sienten el nacimiento del mundo divino en sus propias vidas, dentro de este espacio físico y sus límites finitos.

> ¿Por qué será que todos nos deleitamos mayormente con alguna historia de amor imposible? Porque echamos de menos la *marca* con hierro candente, porque extrañamos el crecer dándonos cuenta de lo que arde en nosotros. El sufrimiento y la comprensión están profundamente conectados, la muerte y la Conciencia de sí mismo constituyen una alianza. Y el romanticismo europeo puede ser comparado con un hombre para quien los sufrimientos, y especialmente los padecimientos del amor, son un modo privilegiado de la comprensión. (de Rougemont, ***El amor en Occidente***).

El sufrimiento es la senda inevitable que debemos transitar en el itinerario hacia la Conciencia, el precio inevitable de la trasformación que buscamos. No existe manera de eludirlo, lo que tratamos de eludirlo jamás lo conseguimos, y somos doblemente infortunados, pues de todos modos pagamos el precio pero no logramos la trasformación. Hay una terrible e inmutable ley en funcionamiento: sólo nos trasformamos cuando asumimos nuestro sufrimiento consciente y voluntariamente. El intento de evasión sólo nos coloca en círculos kármicos que se repiten interminablemente y nada generan.

Entonces, a esto se debe que suframos, y por eso sucede, inconscientemente, que hasta buscamos el sufrimiento:

"Porque echamos de menos la marca con hierro candente, porque extrañamos el crecer dándonos cuenta de lo que arde en nosotros."

Pero nos es dada la libertad de elegir cómo asumimos nuestro sufrimiento. La mayoría de la gente lo hace inconscientemente. Es por eso que habitualmente el sufrimiento no parece conducir a parte alguna, sólo produce dolor. Es por eso que a menudo el romance luce como un ciclo insignificante: nos enamoramos, configuramos nuestro ideal de perfección y, a la hora señalada, nos desencantamos amargamente. Sufrimos. Perseguimos nuestras proyecciones, siempre en busca de la que estará a la altura del ideal imposible y mágicamente nos brindará la trasformación. Y cuando no hallamos el mundo divino que procuramos –en un ser humano– padecemos, caemos en la desesperación.

Pero si asumimos nuestro sufrimiento conscientemente, voluntariamente, ello nos proporciona algo a cambio: produce la trasformación verdadera. Sufrir conscientemente significa sobrevivir a "la muerte del ego", a cancelar voluntariamente las proyecciones sobre los demás, a parar de buscar en "mundo divino" en la propia esposa, y en cambio encontrar la propia vida interior como un acto psicológico y religioso. Significa asumir la responsabilidad de descubrir la propia totalidad, las propias posibilidades inconscientes. Implica cuestionar las propias pautas antiguas, predisponerse al cambio. Todo esto acarrea conflicto, cuestionamiento de sí mismo, exposición de dobles juegos que uno preferiría no encarar. Resulta doloroso y difícil.

Pero este sufrimiento nos conduce a nuestra totalidad. Eleva el romance a una senda que lleva al mundo divino. Descubrimos que para encontrar ese mundo no necesitamos

morir físicamente, pero debemos morir simbólicamente: nuestro sufrimiento es nuestra muerte simbólica.

La maravilla finalmente revelada es que podemos vivir en el mundo divino hasta cuando vivimos en un cuerpo, aquí en la tierra. Pues en la profundidad de cada cual se alza un "castillo de mármol blanco, en cada uno de sus mil ventanales arde una vela, y en cada uno un trovador toca y canta una melodía interminable." Para hallar ese lugar maravilloso no debemos mirar hacia otra persona ni hacia el otro lado de la tumba, sino hacia nosotros mismos.

Si vivimos adecuadamente esta muerte –por más paradojal que esto suene– ello se convierte en un viaje de descubrimiento que lleva a una nueva vida. La muerte se revela como la otra cara de la vida. Y la "muerte" que aguarda en el mismísimo centro del romance no es la destrucción de la vida, sino el florecimiento de un mundo interior.

≈

16
Isolda-Maya: la Danza de la Ilusión

En su máxima expresión, el amor romántico es el camino elevado hacia una doble revelación: nos lleva a sobrepasar lo prosaico y materialista de la mente occidental y nos coloca cara a cara con la vida simbólica. Abre nuestros ojos al significado del amor humano. Pero en su peor aspecto, el amor romántico se vuelve un ciclo de ilusión que malogra nuestras vidas y deforma nuestros amores en vez de favorecerlos.

Esta duplicidad del amor romántico, que nos resulta útil si lo vivimos correctamente pero que –caso contrario– nos destruye, refleja las dos facetas del ánima. Puede ser Isolda, la reina del mundo interior que nos lleva hasta la suprema profundidad del self, o puede ser Maya, la diosa de la ilusión. En su papel ella es servidora de la vida y le otorga significado; pero su otro rostro es terrible: reduce a harapos el hilado de la vida común, nos distancia de la realidad y convierte nuestros amagos de amos en una perpetua danza de

ilusión. Acabamos de ver a Tristán y a Isolda en esa danza del ánima, pasos de baile que conocemos muy bien.

Es hora de recordar cómo Jung describía estos dos rostros de Isolda:

≈

> La supresión de las proyecciones convierte al ánima en lo que era originalmente: una imagen arquetípica que,
>
> en su lugar apropiado, funciona en pro del individuo. Interpuesta entre el ego y el mundo, actúa como una Shakti que cambia incesantemente, que teje el velo de Maya y danza la ilusión de la existencia. Pero, si funciona entre el ego y el Inconsciente, el ánima se convierte en la matriz de todas las figuras divinas y semidivinas, desde la diosa pagana hasta la virgen, desde una mensajera del Santo Grial hasta la santa. (*Jung, **Psicología de la Trasferencia***).

≈

Ubicada entre mi ego y el inconsciente, mi alma abre el camino hacia Dios, hace que sea posible mi vida espiritual. Trasportada a mis relaciones personales con la gente, las convierte en ilusiones, arma el hechizo de Maya.

En la mitología hindú, Maya es la diosa que encarna la danza de la ilusión, que teje un velo de gasa entre la humanidad y la realidad, y distorsiona nuestra visión de las cosas. A menudo se dice que el propósito de la práctica yóguica es "ver a través del velo de Maya".

Mientras nuestro mito se aproxima a su fin, ese velo se desliza sobre los ojos de Tristán. Maya vuelca su hechizo sobre él. Ya no es Isolda quien lo inspira, sino Maya, que lo mantiene en estado de sueño perpetuo. Sus pies jamás tocan el suelo, suspira, anhela, deambula ida y vuelta entre Car-

haix y Cornwall en estado de delirio, una locura virtual. Nada lo afecta, nada le interesa, salvo la imagen de Isolda que lleva en su mente. Su imagen lo obsesiona, pero ya no está al servicio de la vida: no conduce a parte alguna. El está perdido en una fantasía que no lo aproxima al mundo interior y lo erradica del mundo exterior de sus amigos, su esposa, su vida física. Durante el resto de sus días vaga por el sueño de Maya, muerto para todo lo demás, danzando distraídamente una música que sólo él escucha, proveniente de un reino que nadie más puede ver.

Maya significa Ilusión, distorsión de la realidad, pérdida de la realidad. Nuestra historia nos dice que el amor romántico es trastornado por la ilusión. Un hombre despierta de la ilusión cuando súbitamente en él se aclara que su mujer amada no puede ni podrá resolver todos sus problemas, ni hacer que su vida se vuelva beatífica sin esfuerzo alguno de su parte. Su esposa advierte la ilusión cuando ve que él es alguien distinto del hombre con el que creyó casarse, y pero todavía, él es a menudo insensible y desaprensivo, justo como todos los demás hombres. Ella no había visto al hombre, había visto su ilusión. ¿Pero de dónde surgen estas ilusiones?

Muchos hindúes, como muchos cristianos, creen que el mundo físico circundante es un mundo ilusorio, que sólo es real el mundo espiritual. Muchos occidentales, entretanto, que que la ilusión está en el mundo interno espiritual, que sólo el mundo físico es real. Pero la ilusión no está en el mundo interior de la psique ni en el mundo físico externo. La ilusión es una relación distorsionada entre lo interno y lo externo. Generamos la ilusión al sobreimprimir nuestro mundo interno de imágenes –el flujo continuo de la fantasía– sobre el mundo externo y sobre la gente que vive allí.

Vemos al mundo físico colorido y distorsionado a través de la película de nuestras imágenes internas. De este modo, como dijo San Pablo, "Vemos como a través de un vidrio oscuro."

El mundo físico es verdadero y real; el mundo interno también es verdadero y real. Es sólo cuando los confundimos que dejamos de ver al mundo interno como símbolo, que tratamos de ubicarlo en personas concretas, que creamos un mundo de ilusiones. El mundo ilusorio es el mundo proyectado, que tanto distorsiona lo interno y lo externo que dejamos de apreciarlos tal como es.

Cuando un hombre experimenta una fantasía de paz e integridad supremas, precisa comprender su fantasía como un testimonio de lo que podría concretar en sí mismo. Pero habitualmente proyecta su imagen del paraíso en una mujer, e inconscientemente le pide que lo concretice, que le de estado concreto, que lo materialice para él. En ese instante, él crea la ilusión, ve "a través de un vidrio oscuro". Deja de ver a su esposa externa tal como ella es, y ya no percibe su visión interna como es en realidad. Ambos mundos se distorsionan, ambos mundos se degradan.

El ánima se vuelve Maya, no porque haya algo errado con el ánima, sino debido a lo que el hombre hace con ella. Recordemos a qué llamamos ánima en el alma del hombre. Mi alma no es una noción amorfa y sentimental inventada por las cartas de amor. Mi alma es una parte mía específica con una función específica: es el órgano psicológico que asume un papel dador de vida dentro de esta extraña y maravillosa combinación de partes psicológicas y físicas que constituyen al ser humano.

En cierto sentido, el alma del ser humano está diseñada

para permitirle apreciar un lado diferente del cosmos, para que experimente la vida y una perspectiva que es amplia y vastísima. El alma sólo puede hacer lo que le corresponde hacer, lo que lleva en su naturaleza: sólo puede trasportarnos hasta el infinito. Si ubicamos a nuestra alma en situaciones finitas, sigue llevándonos hacia lo infinito. Si ponemos a nuestra alma en situaciones personales, seguirá impulsándonos hacia lo impersonal y lo transpersonal. Así es como Isolda se convierte en Maya, no se debe a que exista alguna perniciosidad sino debido a que el alma es muy bondadosa, muy persistente en llevarnos hacia su lado de la existencia, el lado cuya resonancia es infinita.

Cuando un hombre involucra a su alma en sus situaciones personales, ella persiste en hacer lo que debe hacer: empuja esa situación personal hacia el arquetipo. "Infinitiza" la situación finita, la convierte en una alegoría de los grandes temas arquetípicos, las eternas preguntas, las santas causas, las cruzadas. Vemos a hombres que ponen a sus almas en todo tipo de situaciones humanas finitas, decimos que "perdieron el sentido de la proporción", que "crearon un conflicto internacional" o que "produjeron un vendaval en un vaso de agua". En tales asuntos terrestres solemos hablar de "inflación": la dilatación de una situación finita porque un hombre metió su alma en ella, y ella, según su naturaleza, la "infinitizó". De este modo, Isolda se convierte en Maya, el ánima pasa a ser la autora involuntaria de la ilusión.

La naturaleza del ánima consiste en crear el lado fantasioso de la vida. Cuando experimentamos conscientemente su fantasía a nivel simbólico, crea un mundo de esplendor, una visión del mundo intemporal que nos eleva por encima de las ataduras de la vida personal y nos introduce a lo que es uni-

versal y eterno. Nos vemos a nosotros mismos y a nuestras vidas en una perspectiva diferente, nos observamos en el fluir de las eras y percibimos que nuestras vidas son manifestaciones individuales de lo que siempre fue y siempre será.

Mi alma es esa parte de mí que siempre se esfuerza en renovar mi Conciencia de lo que es universal, de los grandes temas de la vida que se encuentran fuera de las cuestiones personales y trascienden todas las vidas individuales, que sin embargo nos son comunes a todos. Nuestras almas están apuntadas hacia Dios, como girasoles que sólo encaran la luz; sólo ven los arquetipos, las deidades interiores, los grandes hilos conductores que están detrás de todas las existencias individuales. A eso se debe que el ánima ponga tanta presión sobre la vida personal. El ánima no se interesa en la idiosincrasia individual de mi vida cotidiana personal, si el saldo de mi cuenta bancaria está equilibrado, si mis relaciones con la gente son apropiadas, si mi césped fue cortado. Su mirada se posa en las cuentas cósmicas, se equilibra en las escalas de Libra, su único tema es mi integridad interna. Sus valores no son humanos sino cósmicos, su único interés está en si vivo y experimento cada gran asunto de la existencia humana contenido potencialmente en mi ser.

El alma de todo hombre le exige que sea y que viva cada gran papel arquetípico del inconsciente colectivo: el traidor y el traicionado, el amante y el amado, el opresor y la víctima, el noble y el innoble, el conquistador y el conquistado, el guerrero y el sacerdote, el hombre sufriente y el self renacido.

Cuando un hombre trata de vivir su alma dentro del matrimonio finito con una mujer, su alma "se infla" y distorsiona su visión de la esposa y del matrimonio. Su alma sigue tratando de impulsar la relación hacia el infinito, de convertirla en una alegoría del amor, la muerte y el paraíso perdido, de convertir esta boda humana en un inmenso y arrollador drama arquetípico. De cualquier manera, ese drama prevalece todo el tiempo dentro de él, a nivel de la fantasía. Si él aprendiese a mantenerlo allí, si lo viera como un símbolo y lo experimentara como un símbolo, podría vivir correctamente con su alma. Podría acompañar a su alma en su vida interior hacia el infinito, pero permaneciendo dentro del límite de lo finito en la relación con su esposa.

En su trabajo con los sueños, su imaginación activa, su meditación, el podría acompañar a su alma hasta Camelot y rivalizar en justas con los caballeros. Podría ir en busca del Santo Grial, luchar contra dragones y Morholts, rescatar doncellas, sanar a los enfermos y encontrar la cura para sus propias heridas. Traicionaría y sería traicionado, pecaría y se arrepentiría, se vengaría: viviría todos los arquetipos del inconsciente colectivo, pero de forma simbólica. Mantendría lo infinito contenido en el símbolo: el único recipiente que puede contenerlo sin quebrarse y sin destruir su vida personal.

Por una travesía simbólica hacia el infinito, siguiendo a su alma a través de la imaginación y el sueño, un hombre podría hallar su camino de regreso al mundo finito. Allí encontraría intactos su hogar, su esposa y sus relaciones. Allí podría disponerse a ocuparse de las cuestiones finitas y las limitaciones de la vida ordinaria. Podría aprender a no pelear con su esposa porque está enojado con características de su propio ser, o porque su alma quiere llevarlo a batallas con villanos intrínsecos. Aprendería a ver su fantasía como un acontecimiento de su propia interioridad, y a experimentarlo en ese plano interno.

El hombre que introduce al ánima a su matrimonio, le incorpora su fantasía y lo vuelca a una serie de escenas arquetípicas, un campo de juegos para las fuerzas impersonales de inconsciente. Su esposa, si no adhiere a la fantasía, comienza a darse cuenta de que no es tanto una esposa sino el elenco complementario de una gigantesca puesta en escena: el drama cósmico que se despliega interminablemente en el mundo interior de su esposo.

≈

Como función relacionante, el ánima está muy lejos de constituir un vínculo. Resulta extraño que el ánima haya sido considerada alguna vez como auxiliar de la relación humana. En cada una de sus configuraciones clásicas, es una criatura no humana o humana a medias, y sus efectos nos apartan de la situación humana individual. Ella produce estados de ánimo, distorsiones, ilusiones que contribuyen al relacionamiento humano sólo si las personas involucradas comparten la misma disposición o fantasía. Si queremos "vincularnos", ¡que el ánima se vaya! Nada perturba más el sentimiento certero de las personas que el ánima...

El relacionamiento entre George y Mary depende de las naturalezas específicas de George y Mary. Su relacionamiento refleja el proceso viviente de sus sentimiento, y para ellos su relación es única. Si su vínculo fuese determinado por el ánima, sería mucho más una fantasía arquetípica activa a través de ellos que un reflejo de ellos mismos. Entonces, se volverían actores colectivos que interpretan una fantasía inconsciente, es decir, amantes, antagonistas, camaradas...

...El ánima no conduce hacia el sentimiento humano, sino fuera de él. Como función que liga lo consciente y lo inconsciente, bloquea el sentimiento consciente, lo vuelve inconsciente, y lleva lo humano hacia lo inhumano. Coloca la mente en

otras cosas y no en el mundo humano. (*J. Hillman, "Anima"*)

≈

En el instante en que un hombre se "enamora", va más allá del amor mismo y comienza a adorar la corporización de su alma en la mujer. De inmediato, el ánima comienza a inflar su relación humana fuera de la proporción humana. El amor deja de ser amor y se vuelve éxtasis divino; cada visión del ser amado no trae una felicidad apacible, sino un embeleso extraterreno. Pero entonces, cuando el alma muda su visión hacia el lado negativo de los arquetipos, todo estado de ánimo se vuelve una ocasión para la pelea o la separación, cada descortesía es la traición suprema, cada mirada a otro hombre o mujer justifica estallidos de ira y celos: todo suceso común se vuelve parte de un drama inmenso. El ánima sólo puede apartar a los hombres de esas nimiedades finitas rumbo a una escenificación universal.

Extrañamente, éste es el punto donde el hombre se siente más único, más individual, como si eso no le hubiese pasado jamás a otros, salvo a él y a su amada. De hecho, en este punto es donde pierde su individualidad. Los amantes pierden sus identidades individuales; son Tristán e Isolda, o Romeo y Julieta. Actores de una obra teatral colectiva donde el libreto está predeterminado y las escenas se conocen de antemano. Esto ocurre precisamente porque se dejó de ser uno mismo para volverse intérprete de un drama universal, que se siente de modo tan intenso, tan fuera de lo común, y al principio, tan maravilloso.

Pero, como Semele, que le exigió a Zeus que apareciese ante ella con todo el poderío de su divinidad, las relaciones humanas simplemente se incineran –"se queman"– cuando son sujetas al poder divino e impersonal contenido por las

proyecciones del ánima y del ánimus. A menudo, la gente dice que fue "quemada" por un relacionamiento. Es algo literalmente cierto. Quedan tan agotados por la neta intensidad del amor romántico que trataron de vivir, por los éxtasis y los combates, las separaciones y las reconciliaciones, que finalmente no queda nada –ni energía vital, ni buena voluntad, ni afecto– para amar y acompañar al alguien a nivel humano.

No sorprende que muchas personas, al hallarse atrapadas por la danza de la ilusión, se vuelvan amargas. Deciden que el amor romántico es un trituradora, una impostura insensata, y desisten del amor. Pero hay una manera mejor de abandonar la danza. Es preciso superarla mediante la búsqueda de la verdad enmascarada por la ilusión. Si buscamos diligentemente esa verdad escondida, cerraremos el círculo: nos encontramos de nuevo en el barco con Tristán, Isolda y la poción amorosa. Otra vez nos preguntamos por qué llega a nosotros el esplendor de Dios, no a través de nuestras vidas religiosas, sino en nuestros amores, proyecciones e ilusiones. La repuesta resulta chocante: se debe a que carecemos de vida religiosa, y el reino divino tiene que encontrarnos, y hasta atraparnos, donde le resulte posible. Tenemos iglesias, dogmas, doctrinas, opiniones, grupos y reuniones; pero no tenemos vidas religiosas porque les prestamos poca atención a nuestras almas y a nuestras vidas interiores.

Tristán nos revela quiénes somos. Tristán nunca busca conscientemente a Isolda la Hermosa para seguirla en una vida espiritual, jamás le brinda voluntariamente atención a su alma. Pero contra su voluntad, su alma lo encuentra en la poción amorosa y luego en la Danza de la Ilusión. Nosotros tampoco le prestamos atención a nuestras almas. Ni consciente ni voluntariamente buscamos a nuestras almas y a nuestros dioses, pero nuestras almas nos encuentran y nos entrampan por medio de nuestras proyecciones, nuestras ilusiones. Un hombre bebe la poción. Observa a Isolda, pero en vez de verla a ella ve a Maya, e imperceptiblemente, sin su conocimiento, sus pies se mueven y se une a la danza.

Si el hombre pudiese evolucionar fuera de la ilusión y expulsarla de sus amores, ésa sería la acción directa de su voluntad que se requiere. No dará resultado que simplemente decida renunciar a sus proyecciones mediante la disciplina heroica. Así sólo podrá desplazar al ánima de su matrimonio, sus relacionamientos y su vida personal, cuando afirmativamente le proporciona un espacio en otro nivel de su vida.

Para el hombre occidental, el acto interior requerido consiste en afirmar su propia naturaleza religiosa. Esto significa afirmar seriamente que las imágenes y sentimientos que fluyen de él en los sueños, las fantasías y la imaginación son material del reino divino, un orden separado de la realidad, distinto de su vida física y personal, pero igualmente real y análogamente importante. Debe disponerse a tomar seriamente esas imágenes, a dedicarles tiempo de convivencia, a verlas como poderes de inmensa importancia dentro suyo, habitantes de un reino espiritual que su alma le trasmite con símbolos.

Eso puede hacerse con la práctica religiosa tradicional, con la meditación contemplativa, con la yoga, la fantasía, el trabajo con los sueños, o mediante la imaginación activa de Jung. Pero requiere una práctica interior, una vida afirmadora del alma, encarnada de verdad días tras día.

Si el hombre hace eso, comienza a aprender la diferencia entre lo interno y lo externo, entre lo que debe vivirse sim-

bólicamente y lo que debe vivirse físicamente. Hace proyecciones, pero aprender qué hacer con ellas; no es arrollado y determinado por sus proyecciones. Sufre, pero su sufrimiento produce algo: evolución y cambio, en vez de la vana repetición de la danza. Su alma, habilitada por fin para vivir e infinitizarse en *su* elemento natural –el símbolo– se entromete menos y menos en su vida personal, finita. Ella ya no precisa hacerle celadas estereotipando su amor humano, su vínculo, o su matrimonio.

Esto constituye una diferenciación, una evolución y una Conciencia que se le brindan al hombre que paga el precio. Para él, la danza se diluye quietamente, convertida en la vida simbólica que enmascaraba. Maya alza su velo, y la visión de él se aclara. Aprende qué significa ser un hombre mortal con un alma inmortal.

≈

CONCLUSION

17
LA MUJER ESPÍRITU DE BISONTE BLANCO

LO GENIAL DE LA HISTORIA DE TRISTÁN E ISOLDA ES QUE NOS dice exactamente en qué consiste. Nos muestra con fantásticos detalles qué nos sucedió como cultura y como individuos. Como un espejo leal, refleja nuestras actitudes y nuestra conducta, y expone las fuerzas psicológicas que funcionan en nosotros.

Pero en cierto sentido, el mito nos deja en un dilema. Nos dice qué es, pero no nos dice qué hacer al respecto.

Así como el mito nos permite vernos tal como somos, así el mito y el sueño nos dan a menudo un remedio para el problema. Veamos ahora otros dos testimonios míticos que parecen brindarnos una solución para nuestro dilema.

El primero es un mito de la nación Oglala de los Sioux, narrada por el gran curandero Alce Negro: la historia de la Mujer Espíritu de Bisonte Blanco. Es el relato sobre cómo una mujer divina trajo la primera pipa medicinal al pueblo Oglala.

≈

Cuentan que hace muchísimo tiempo, dos exploradores salieron en busca de un bisonte; cuando llegaron a la cima de una elevada colina miraron hacia el norte y vieron a la distancia que algo se aproximaba. Cuando estuvo más cerca, exclamaron, "¡Es una mujer!", y así fue. Entonces, uno de los exploradores, que era un necio, tuvo malos pensamientos y los expresó en alta voz. Pero el otro respondió: "Se trata de una mujer sagrada, aparta esos malos pensamientos."

Cuando ella llegó todavía más cerca, ambos vieron que vestía un finísimo vestido de piel blanca de venado, su cabello era muy largo, y ella era muy joven y muy bella. Ella conocía sus pensamientos y dijo con una voz que sonaba como un canto: "No me conoces, pero si quieres hacer lo que piensas, puedes venir." Y el necio fue; pero cuando se detuvo ante ella, apareció una nube blanca y los envolvió. La bella mujer joven emergió de la nube, y cuando ésta se disolvió el necio era un esqueleto cubierto de gusanos.

Después, la mujer le habló al que no era necio: "Volverás a casa, le dirás a tu pueblo que voy a llegar y que deben construir una gran tienda para mí en el centro de la nación." Y el hombre, que estaba muy asustado, regresó velozmente y se lo contó a la gente, que hizo de inmediato lo que ella ordenaba. Y se reunieron en torno de la enorme tienda a la espera de la mujer sagrada. Tiempo después, ella llegó, muy hermosa y cantando, y al entrar a la tienda esto fue lo que entonó:

≈

Con aliento visible estoy caminando.
Una voz emito mientras camino.
De modo sagrado estoy caminando.
Con huellas visibles estoy caminando.
De modo sagrado camino.

Y mientras cantaba, salía de su boca una nube blanca que olía bien. Luego ella le entregó algo al cacique, era una pipa con un cachorro de bisonte tallado en un costado, símbolo de la tierra que nos sustenta y alimenta, y con doce plumas de águila colgando del tubo, símbolo del cielo y de las doce lunas, y estaban unidas con una fibra que jamás se corta. "¡Vean!", dijo ella. "Con esto se multiplicarán y serán una nación digna. Nada saldrá de ella salvo el bien. Sólo la conservarán las manos de los justos y los malos ni la verán siquiera." Cantó de nuevo, y abandonó la tienda; y mientras el pueblo la veía alejarse, de repente fue un bisonte blanco que partía resoplando al galope, y pronto desapareció.

Esto cuentan, yo no sé si sucedió o no; pero si lo piensan, verán que es verdad. (*Alce Negro, en* ***Black Elk Speaks***)

≈

Aquí, con un lenguaje mítico, tenemos la esencia de lo que estuvimos tratando de decir. Aquí, en el contraste del explorador sabio y el explorador necio, vemos el modo en que el hombre puede abordar el ánima, y los resultados de cada uno de ellos. No podemos eludirla, porque ella aparece cuando estamos en los cotos de caza, desarrollando nuestra vida corriente, sin esperar visitantes del "otro mundo". Pero según como la tratemos, allí surge la diferencia entre la buenaventura y la destrucción.

El ánima es la mujer sagrada. Nuestra disposición o nuestra

resistencia a tratarla como un ser sagrado es lo que hace la diferencia. Este femenino interno que proyectamos es la "Mujer Espíritu" como Mujer Bisonte Blanco, un ser del otro mundo. Si somos como el explorador sabio, decimos: "¡Se trata de una mujer sagrada, aparta esos malos pensamientos!" Y cuando la tratamos como a un ser sagrado, entonces ella entrega la pipa medicinal, trae el cielo y las doce lunas, nos entrega los medios para conocer el otro mundo.

Pero si somos como el explorador necio, si tratamos de convertirla en un ser físico proyectándola en una persona externa, entonces extraviamos su sacralidad. Perdemos la oportunidad de recibir su don. Lo terrible del ánima es que nos permite aproximarnos a ella como queramos: como necios o como sabios. Ella dice: "No me conoces, pero si quieres hacer lo que piensas, puedes venir." ¡Pero el precio es tremendo! El precio de no tratarla como a un ser sagrado, como una criatura espiritual del mundo interno, no es sólo la pérdida del otro mundo sino la destrucción de la vida humana mientras la vivimos. Este es el significado del esqueleto del explorador necio, devorado por gusanos sobre los cascotes a sus pies.

Cuando nos acercamos al ánima en el mundo interior como presencia divina, ¡cuántas bendiciones confiere! El don que trae es el mundo sagrado, la restauración de lo sagrado en nuestras vidas.

≈

Gran parte de nuestras vidas trascurre en el anhelo y en la búsqueda –de qué, no lo sabemos. Muchas de nuestras "metas" ostensibles, muchas de las cosas que creemos desear, terminan siendo máscaras detrás de las cuales se ocultan nuestros deseos reales; símbolos de los genuinos valores y cualidades que ansiamos. No pueden reducirse a cosas físicas o

materiales, ni siquiera a una persona concreta. Son cualidades psicológicas: amor, verdad, honestidad, lealtad, fines –algo que podamos sentir como noble, precioso y merecedor de nuestra devoción. Tratamos de reducir todo ello a algo físico, una casa, un auto, un empleo mejor, o un ser humano –pero no funciona. Si damos cuenta, estamos buscando lo Sagrado. Y lo sagrado no puede reducirse a alguna otra cosa.

En cierto sentido, lo sagrado es un sentimiento, pero un sentimiento centrado en el mismísimo corazón de la vida. Es el sentimiento de reconocimiento dirigido a lo que es suficientemente grande y elevado como para darle significado a nuestras pequeñas vidas y ubicar a nuestros itinerarios personales en una perspectiva mayor. Es el sentimiento de reverencia. En última instancia, lo que llamamos sagrado es un universo de significados que nos permite medir nuestros esfuerzos personales y nuestras vidas individuales, para ver si ellas también significan algo.

Para la psique masculina, el descubrimiento de lo sagrado, la comunión con lo sagrado, se da por medio de lo femenino interior. Es la Mujer Bisonte Blanco quien trae sacralidad a la vida, la visión del cielo y de las doce lunas.

≈

Con aliento visible estoy caminando.
Una voz emito mientras camino.
De modo sagrado estoy caminando.
Con huellas visibles estoy caminando.
De modo sagrado camino.

≈

Como un río del ser en el que todas las corrientes de la vida interior corren juntas, todos los valores que sentimos como "sagrados" convergen en la imagen del ánima y se vuel-

ven conscientes para nosotros a través de ella. Ella es, como decía Jung: "la matriz de todas las figuras divinas y semidivinas, desde la diosa pagana a la virgen, desde una mensajera del Santo Grial hasta la santa."

Parece que nunca buscamos directa o conscientemente el lado sagrado de la vida. Como los dos exploradores, deambulamos por nuestros antiguos cotos de caza, sólo en busca de lo habitual y lo conocido. Súbitamente, nos enfrentamos con una parte desconocida de nosotros mismos. Viene andando desde muy lejos, envuelta en una piel blanca de venado; y cuando habla, es como si cantara. Al comienzo, nos confundimos: ostenta una imagen de mujer, y queremos creer que podemos relacionarnos con ella como si lo fuese. Resulta difícil creer que no se trata de una mujer concreta, sino una fuerza metafísica tan poderosa que no osamos tocarla físicamente.

Este es el hecho que lo sagrado nos presenta: así es como lo sagrado se vuelve una "persona" y nos habla con una voz específica. Es el ánima.

De otro modo, sentiríamos lo sagrado sólo vagamente como "el otro lado de la vida", "el otro lado de mí mismo", que nunca tocamos ni conocemos. Se manifiesta como sueños de aventuras que anhelamos, triunfos que casi podemos saborear, hombres y mujeres rutilantes que encontramos caminando por los corredores y los reinos fabulosos de nuestras mentes. Sin razonar, sin pensar, nuestros sentimientos nos impulsan hacia el otro lado de nosotros, donde cada imagen vibra con la promesa de un significado, una experiencia o un estado de integridad extraordinarios.

Todo esto converge y se enfoca en un ser interior; la Mujer Bisonte Blanco llega hasta los dos exploradores como

visitante de un mundo mayor situado fuera de la visión del ego, las opiniones del ego o las nociones de "realidad". Su realidad es tan inconmensurable, tan llena de potenciales ampliadores de nuestras vidas y dadores de significados, que el inconsciente nos dice: "Esto es sagrado, esto es lo que debes tratar como sagrado."

≈

La Mujer Bisonte Blanco canta: "Con aliento visible camino. Una voz emito mientras camino."

El aliento es un símbolo antiquísimo de la vida y del espíritu. Para los pueblos antiguos el aliento era la sustancia de Dios, insuflada en nuestras narices por nuestro creador, una chispa de la energía divina prestada a la carne mortal durante un breve lapso en esta tierra: el aliento de la vida. Cuando la Mujer Bisonte Blanco camina con aliento "visible", hace que se manifieste lo que llamamos el lado "espiritual" de la vida visible. Hace que lo invisible se vuelva visible.

Cuando tratamos a la Mujer Bisonte Blanco como nuestra alma, ella tiene el poder para hacer que lo "sagrado" se vuelva una experiencia inmediata, directa, consciente."Con huellas visibles estoy caminando", dice. Ella no es física: es Psique, Pneuma, Soplo Etéreo, y sin embargo pueden verse sus huellas. Posee sustancia; es la energía que otorga al mundo sagrado la sustancia del símbolo. Lo sustrae del nivel de lo teórico, lo abstracto, lo sentimental, lo retórico. Hace que lo sagrado se vuelva accesible en el aquí y ahora: que se toque, sienta y experimente como si fuese físico.El mundo del espíritu se vuelve inmediato y palpable a través de la experiencia simbólica.

De este modo, ella tiene el poder de concedernos la fe psi-

cológica:

...La fe emergente de la psique que se evidencia como fe en la realidad del alma. Dado que primordialmente la psique es imagen y la imagen siempre es psique, esta fe se manifiesta mediante la creencia en imágenes... La fe psicológica se inicia con el amor a las imágenes, y fluye principalmente a través de las formas de las personas con sueños, fantasías, reflejos e imaginaciones. Su vivificación creciente nos da la creciente convicción de poseer, y luego de ser, una realidad interior de hondo significado que trasciende la propia vida personal.

La fe psicológica es reflejada en un ego que le da crédito a las imágenes y recurre a ellas desde su tiniebla. *(James Hillman, **Revisioning Psychology**)*

≈

Podemos llegar a ver que la fe psicológica y la fe espiritual se entrecruzan en el nivel profundo, pues los primeros cristianos sabían que la "fe es la sustancia de las cosas que esperamos, la evidencia de cosas no visibles" – y descubrimos que es en los símbolos numinosos (espiritualmente elevados) que fluyen desde el alma hasta la mente consciente, donde percibimos la sustancia de lo que esperamos, la sustancia de lo que soñamos, la sustancia de lo que vive dentro de nosotros más allá de los límites de la esfera física.

Es el ánima –la Mujer Bisonte Blanco– quien trae a la mente consciente la evidencia de realidades no visibles en el mundo físico. Buscamos el reino del espíritu en el amor romántico, en el sexo, en las posesiones físicas, en las drogas y en personas determinadas; pero no está allí. Sólo es revelado a través del alma.

La pipa medicinal es el poder de contactar el "otro mundo". Este poder consiste en el *uso consciente del simbolismo*, pues es con esta experiencia simbólica que inhalamos los dioses desde el mundo arquetípico como humo de la pipa sagrada.

Con las doce plumas de águila, que representan al cielo y a las doce lunas, recibimos el poder de conocer la totalidad de la vida, una visión que funde el espíritu y la materia, lo sagrado y lo ordinario. Doce es el número que simbólicamente combina el tres y el cuatro. Hemos hablado antes sobre el tres y el cuatro: el tres simboliza la vida ordenada, limitada y finita del mundo físico y práctico, de la vida cotidiana. El cuatro simboliza el reino infinito del alma donde uno es elevado a una visión del reino arquetípico ilimitado y de la totalidad del cosmos. El doce combina estas dos facetas de la vida humana en una síntesis: combina el cielo y la tierra, el "otro mundo" y el mundo corriente, la vida espiritual y la vida física. Este es el simbolismo de los doce discípulos que rodean a Cristo en un círculo perfecto en el mandala cristiano, las doce lunas del año solar, y los doce signos del zodíaco que demarcan la rotación de las eras en el universo galáctico.

En la otra faz de la pipa medicinal está tallado un cachorro de bisonte, indicándonos que la tierra, y nuestra vida humana terrena, también inducidas a esta síntesis con lo sagrado cuando nos aproximamos sabiamente a la Señora.

≈

Quizás, la lección más profunda que nos enseña este explorador sabio es ésta: la sacralidad consiste no sólo en lo que se encuentra allí, en el mundo interior, sino también en la actitud que asumimos ante ella. No se compone sólo de lo que es, sino también de lo que se hace con ella. Debemos reconocerla y tratarla como sagrada, a fin de experimentar su

poder. El gran poder de la Mujer Bisonte Blanco se manifiesta al pueblo sólo porque el explorador sabio ve que ella es sagrada y le brinda el respeto que le es debido.

Para que el ánima otorgue sus dones depende de alguien, un ego humano individual, que abrirá sus ojos y reconocerá su sacralidad. Si el explorador sabio hubiese seguido la senda del necio, habría dos esqueletos tumbados en el polvo, no apenas uno. El "otro mundo" no habría sido revelado a la nación; no se alzaría una enorme tienda en medio del pueblo; no habría una pipa medicinal para convocar a Nación del Trueno y lograr su ayuda.

Psicológicamente, la cualidad de lo sagrado consiste en un doble flujo de energía. Es en parte la revelación del mundo interno del ego, y en parte la reverencia de mi ego hacia el mundo interior de los arquetipos. Sólo cuando mi ego posee capacidad de reverencia, sólo cuando el respeto y el temor reverente fluyen desde mí, algo puede resultarme "sagrado".

He aquí un hecho extraño y maravilloso, que muestra por qué la gente siempre creyó que la evolución del cosmos es una cooperación entre Dios y la humanidad: lo sagrado está siempre allí, más cerca de nosotros de lo que cualquier persona podría estar, pero asume el poder de colmar nuestras vidas con significado y validez sólo cuando abrimos los ojos y nos inclinamos con temor reverente. Este es uno de los grandes misterios. Es nuestra Conciencia, nuestro acto de reconocimiento, lo que tiene el poder de convertir las cosas en lo que son, y de hacer que lo sagrado sea sagrado.

Muchos somos como el explorador necio: desde la infancia nuestra cultura irreverente nos enseña que nada es sagrado, que nada merece nuestra reverencia, que en la vida todo iede reducirse a la posesión física o al acto sexual. El ex-

plorador sabio sabe que se enfrenta con algo ajeno a su experiencia, algo que no puede manejar con la habitual "bolsa de trucos" del ego. Percibe la sacralidad de ella y se comporta con reverencia Le advierte al explorador necio: "Esa es una mujer sagrada; aparta esos malos pensamientos."

¿Qué da a entender el sabio cuando dice "Aparta esos malos pensamientos" ? ¿Por qué son "malos"? No se debe a que sean pensamientos sexuales. A diferencia de nosotros, los indios norteamericanos no tienen una tradición de puritanismo; no denigran lo físico y lo sexual. El problema es más sutil: el explorador necio está tratando de encontrar el matiz sexual de la vida que no puede hallarse ahí. Trata de convertir a la Mujer Espíritu en un ser físico, trata de vivenciarla a través del contacto físico. En términos psicológicos, trata de hacerla física proyectándola en una mujer externa. Los resultados son devastadores: en vez de la benevolente Diosa Bisonte, se encuentra con Kali, la Diosa de la Muerte, y ella deja sus huesos descarnados en el polvo.

Si existe algo así como la blasfemia psicológica, consiste en tomar lo que es sagrado y tratar de convertirlo en otra cosa; es tratar de trasformar lo sagrado en grano para el molino del ego. El pecado psicológico no consiste en lo sexual, en lo corporal o en la "inmoralidad", sino mas bien en tomar algo por lo que no es, en simular que se hace una cosa cuando en verdad se hace otra. Este es el pecado contra la Conciencia, la negación a asumir conscientemente la vida. Los pensamientos del explorador necio son "malos" porque él se enfrenta con lo que es espiritual, sagrado y transpersonal, y quiere tratarlo como si fuera físico, sexual y personal. Quiere reducir a la Mujer Bisonte Blanco en un apéndice del mundo de su ego.

Ella nos indica: "Vuelvan a casa y díganle a su pueblo que voy a llegar, y que debe construirse una gran tienda para mí en el centro de la nación."

Construir la tienda en medio de la nación significa hacerle lugar al ánima, crear un lugar para lo sagrado en el centro mismo de la vida. Significa dedicar tiempo y energía a experimentar la psique, a explorar nuestro propio inconsciente, a descubrir quiénes somos y qué somos cuando no somos apenas este ego. La primera cosa que se le exige a un occidental es reconocer que el mundo sagrado existe. Debe estar dispuesto a considerar que detrás de su fantasía de la mujer "perfecta", el estilo de vida "perfecto", la relación "perfecta", está buscando algo que está fuera del mundo de los fenómenos: está buscando lo sagrado. Tiene que dedicar tiempo y energía a aprender a experimentar esas energías, que se manifiestan como símbolo y fantasía, como realidades internas, como partes interiores de sí mismo. Esto es lo que significa tomar a la Mujer Bisonte Blanco como lo que ella es, como Mujer Espíritu, y preparar para ella un lugar en el centro de la nación.

Ella viene caminando con el aliento visible, con huellas visibles, y camina de modo sagrado. Vendrá a nosotros si le preparamos una morada sacra, si abrimos los ojos y la vemos tal como es. Pero su verdadera morada está compuesta por el material de nuestras actitudes hacia ella, de nuestro sentido de reverencia. El lugar que preparamos es un lugar interior; si es que va a morar con nosotros, debe ser allí.

≈

18
EL SUEÑO CON LA CAMPANA DE LA SANTA VIRGEN

ALGUNOS SUEÑOS NO SON APENAS DE UN HOMBRE O UNA MUjer; en sus implicancias universales son expresiones míticas del inconsciente colectivo: son sueños para toda la gente. Este es un sueño que surge del inconsciente colectivo occidental, el sueño de un hombre de este siglo, de treinta y tantos años. Nos cuenta cómo un occidental moderno podría resolver sus tremendos combates con el ánima y el amor romántico.

≈

Cargo la campana que alguna vez perteneció a la Virgen María hacia la inmensa basílica que fue construida siglos atrás para albergarla cuando fuese encontrada. Se conocía la forma de la campana y se preparó un nicho del tamaño exacto sobre el altar, para que calzase allí. Durante varios siglos, un

sacerdote permaneció en servicio permanente para recibir la campana cuando fuese devuelta. Entro a la basílica, atravieso la extensa nave, y le presento la campana al sacerdote que aguarda. La alzamos juntos y la colgamos del gancho que hay en su nicho. La campana calza perfectamente en el lugar.

El sacerdote recibió instrucciones de ir hasta el extremo oeste de la basílica, cuando la campana fuese devuelta, e hiciera sonar las grandes campanarios de la torre para anunciarle al mundo que la campana se había encontrado y había regresado al seno de la Cristiandad. Esas inmensas nunca habían repicado en todos los años de su existencia, sino que habían esperado el día de la devolución de la campana de la Virgen María. Me siento en un banco al costado del altar mientras el sacerdote corre hacia el otro lado de la basílica para hacer sonar las grandes campanas.

¿Qué debo hacer? ¿Debo esperar y reivindicar la fama y la adulación que vendrán a mí como descubridor de la campana de la Virgen María? ¿O debería esfumarme calladamente y evitar toda complicación? El sacerdote, con toda su excitación, ni siquiera me miró, así que podría permanecer en el anonimato. Decido esto último.

Cuando las grandes campanas comienzan a repicar y los pobladores del lugar corren hacia la basílica, salgo por una puerta lateral y comienzo mi viaje solitario hacia las afueras de la ciudad.

≈

Aquí, con un poderoso y bello lenguaje simbólico, está la respuesta para los interrogantes que planteamos, una respuesta que proviene de los más profundos ámbitos del inconsciente y que encara nuestro moderno problema. Preguntábamos qué debería hacer el hombre moderno con su alma. ¿Cómo hace para sacar a su alma del enriedo del amor romántico? ¿Cómo vive con Isolda la Hermosa sin destruir su vínculo con Isolda la de Blancas Manos? ¿Cómo situar al ánima en el lugar adecuado de su vida pero despojándola de sus nexos humanos? ¿Cómo puede aprender a honrar a su alma sin deshonrar a la mujer?

No debería sorprendernos que encontremos parte de nuestra respuesta en la basílica, entre esos grandes símbolos de la vida religiosa. Estuvimos en presencia de la poción amorosa, vimos el palacio donde un trovador canta en cada uno de los mil ventanales, y una tienda sagrada alzada en el centro de una nación. Y ahora, la basílica. En la senda que recorrimos, en presencia de poderosos símbolos de trasformación, comenzamos a ver con claridad lo que al principio era impensable. El camino que conduce a la comprensión del amor romántico también lleva inevitablemente a nuestra naturaleza religiosa, a la faceta espiritual de nuestro ser que marginamos tan diligentemente.

Aprendimos que el amor romántico arma en el inconsciente un inmenso sistema de poder, una energía tan grande que sólo podemos referirnos a ella con el lenguaje de la religión y el misticismo. "Adoramos", "veneramos" al ser amado; cuando estamos enamorados nos "completamos", nos sentimos "en el cielo", nos "mata". Aquí se revela la búsqueda de la divinidad, la Llama Celestial, la iluminación espiritual, el significado, la Conciencia del self. En Occidente, como en ninguna otra cultura de la historia, esta fuerza inmensa es encaminada, no hacia nuestra religión o nuestra vida mística, sino hacia nuestros amores humanos. El amor romántico se volvió el canal a través del cual esta por-

tentosa fuerza fluye hacia la vida humana cotidiana.

Ahora preguntamos qué se hace con esta fuerza tremenda. Cómo podemos orientarla correctamente para que enriquezca nuestras vidas –tanto en los reinos del espíritu como del vínculo– en vez de sabotearlas.

Este sueño nos responde con un lenguaje claro e intenso. "Por la parte divina de ti mismo de regreso en la catedral a la que pertenece, y vive la parte humana de ti mismo en el sitio que corresponde, en lo común y sencillo". Debemos extraer a nuestra alma del amor romántico y devolverla a su lugar interno, a la catedral interior.

≈

El viajero fatigado que se arrastra hasta el portal de esta gran basílica está cubierto por el polvo de un largo viaje, agotado por el peso de una carga que trasportó durante siglos. Esta campana es muy grande y muy pesada para ser llevada por un único hombre mortal. Es demasiado pesada para ser cargada en la vida personal del ego, demasiado aterradora para ser depositada en su relación personal con una mujer mortal. Es una carga demasiado grande para ser colocada en su matrimonio. Ya se quebraron bajo su peso. Existe una única estructura suficientemente grande y resistente para sostener esta campana: está en la basílica.

Desde el siglo XII, cuando el primer Tristán sacó la campana del templo, bebió la poción amorosa y comenzó a tratar de contener este poder en el marco de sus asuntos amorosos, el hombre occidental se esforzó por trasportar la campana. Trató de llevarla en su vida personal, sus matrimonios y sus imperativos mundanos. Ahora, casi un millar de años después, olvidó que la campana tenía un origen di-

vino. Durante tanto tiempo sacrificó lo sagrado por lo secular y a la psique por el ego, que no logra recordar a quién pertenece la campana. Su espalda está casi quebrada y está muerto de cansancio por el peso. Sus relaciones humanas mortales están laceradas por el peso triturante que colocó sobre ellas, pero no conoce otro camino. No recuerda la basílica, ni sabe dónde se encuentra.

La campana es nuestra experiencia del ánima, es su voz. Nos recuerda las palabras de la Mujer Bisonte Blanco: "Una voz emito mientras camino". Como la campana, el ánima emite una voz para que la escuchemos; canta, y su canción nos convoca a la vida interior. Su poder consiste en dar inmediatez a los contenidos de nuestro inconsciente, a manifestar los arquetipos como imágenes vivientes y susurrantes que experimentamos como fuerzas vivas dentro nuestro.

La campana representa el conocimiento lírico de la psique del hombre en el mismo sentido que el pueblo hispánico se refiere al modo lírico: un conocimiento que proviene de la experiencia directa y no de la actividad intelectual. Las campanas y la música de la Cristiandad son las únicas voces con las que Occidente habló del espíritu sin perderse en conceptos, abstracciones y palabras; las campanas emiten un sonido que es sentimiento puro, que sobrepasa a la mente y establece una reverberación involuntaria en el alma.

El ánima, como la campana, posee el poder de revelar el lado dionisíaco de la experiencia espiritual, donde la verdad es sentida con los sentidos, sentida en las imágenes que fluyen desde el inconsciente, sentidas como un encuentro vívido con "personas" internas. En verdad, las campanas están entre los últimos remanentes de Dionisos en nuestra religión occidental; nos convocan a la música, al himno, a la danza,

al sentimiento –a una unificación con el drama cósmico del sacrificio y el renacimiento. Las campanas nos recuerdan que el rey David danzó frente a Dios.

El sueño nos dice que esta campana no pertenece a nuestro ego: pertenece, como la pita medicinal, a una "Nación" interna, a una "Cristiandad" interior. Se sabía que algo perteneciente a todos, que era deber de la iglesia guardarlo, regresaría un día a la basílica. Simbólicamente, esto significa que se había perdido algo perteneciente a la vida espiritual, ajeno al ego personal, y que debió guardarse reverentemente en el mundo interior. Se trata de nuestra alma, de nuestra psique. Perdida inicialmente en el inconsciente, siguió deambulando por el mundo del ego. A través de la poción amorosa fue proyectada hacia las relaciones humanas. Tratamos de convertir algo suprapersonal en personal, intentamos insertar en el feudo del ego algo que pertenecía al inconsciente. Pero este poder está destinado a ser abandonado por el ego, debe regresar a la "catedral" interior.

≈

Para nosotros resulta difícil imaginar qué significa reintegrar una parte de nuestras vidas a la "catedral". No significa necesariamente involucrarse con una religión externa y colectiva. Significa diferenciar entre lo que pertenece a nuestras vidas externas y lo que pertenece al self interior. Significa asumir algo que tratamos de vivir a través de las relaciones externas y vivirlo, en cambio, en un lugar interno, tranquilo y privado –un lugar que sólo existe a nivel del espíritu.

Ese lugar existe en la profundidad de cada cual, un recinto de cristal "colmado de rosas y de mañanas", una inmensa basílica donde campanas de voz verdadera esperan para

anunciar que el alma dejó de ser errante. Para el hombre, devolver al ánima a la catedral significa sacrificar algo a nivel de la vida de su ego, sacrificar su pretensión de vivir el alma proyectándola en una mujer. Significa retirar el fardo de una persona externa y colocarlo dentro del poderoso edificio interior que fue alzado para sustentarlo.

A veces, cuando debemos enfrentar la "muerte del ego", –el sacrificio de un plano en el cual hemos vivido– nos son brindados sueños para compensar nuestros miedos y nuestras desoladoras expectativas. Los sueños nos proporcionan un sentido de proporción y nos cargan de coraje, mostrándonos la belleza y la gloria de lo que hacemos –que no logramos ver por nosotros mismos– y el esplendor de la vida que nos espera al otro lado de nuestro sacrificio.

Reintegrar el ánima a la basílica es un acto de sacrificio. Todos los hombres tienen la opción de tratar de vivir el ánima a través de otra gente. Renunciar a dicha tentativa requiere un acto consciente de sacrificio; se debe sacrificar todo un plano de existencia para poder pasar a otro. Desde el punto de vista del ego, es como morir. Renunciar a vivir el ánima mediante la proyección significa erradicar de nuestros relacionamientos casi toda la intensidad artificial; significa que las cosas parecerán más apacibles y menos excitantes. Situar su alma en la catedral y abstenerse de tratar de vivirla a través de una mujer, implica que el hombre erradica del vínculo humano una entera dimensión de su vida y la reubica fuera de ahí, en otro plano de sí mismo. Un plano en el que no puede vivir hacia afuera, que debe vivir por sí mismo. En su ego, eso se siente como si estuviese emprobreciendo su relación humana o engañándose. Al principio, siente como si la mitad de las emociones, la excitación, la

diversión y la intensidad hubiesen sido removidas de la relación humana. Con el tiempo, aprende que su vida anímica nunca pertenecía realmente a ese lugar y que en verdad su relacionamiento humano se desenvuelve mejor sin ello; pero durante un tiempo, se siente desolado.

Esto es lo que siente el portador de la campana, el soñador del sueño. Si devuelve la campana, se siente como si estuviese entregando algo de su ego, de su vida personal. Es la misma sensación que sufrió el necio explorador indio cuando se le advirtió que no tocara a la Mujer Espíritu: sintió que sería como renunciar a algo que quería, algo que lo excitaba y emocionaba a nivel del ego.

El simbolismo de la inmensa basílica, el tañido de las grandes campanas que durante toda su existencia esperaron el retorno de la campana sagrada, nos expresa la gloria y la belleza que aguardan al otro lado del sacrificio. Mediante esta imaginería, el sueño nos dice que nuestros egos nada pierden realmente al situar nuestras almas donde pertenecen, pues la catedral está dentro de nosotros, es parte de nosotros, y lo que parece perdido para nuestros egos no se pierde sino que se trasforma en algo de mayor porte: algo como la elevada inmensidad de la basílica, como la extática belleza de las voces de las grandes campanas.

De hecho, el imperativo de nuestro ego nunca nos aisló verdaderamente de los misterios o del llamado de la basílica. Como ya aprendimos, el alma encuentra su sendero en nuestras vidas a través de una brecha abierta en la armadura del ego: el amor romántico. Es por esto que el amor romántico, esta rara combinación de lo numinoso y lo letal, se convirtió en la mayor fuerza unitaria de nuestra cultura. Por omisión, se convirtió en el recipiente donde batallamos pa-

ra contener todo lo que fue excluido de los imperativos de nuestro ego, todo lo inconsciente, todo lo que es numinoso, trascendente, insondable, perturbador, todo lo que nos inspira reverencia.

El soñador del sueño logró comprender esto. El sabio explorador indio comprende que está en presencia de la Mujer Bisonte Blanco. Ve que está frente a algo de otro mundo, y que no debe tratar de aprisionarla en su ego sino restituirla al lugar que le ha sido preparado, el único lugar suficientemente poderoso para contenerla.

Si Tristán hubiese tenido este sueño, si él hubiera entendido este sueño, ¿habría procedido distinto frente a la poción amorosa? ¿Y con Isolda la Hermosa? Como el soñador, él podría haber salido por la puerta lateral silenciosa, anónimamente. Habría dejado esa parte divina de sí mismo en el templo, habría colocado su parte humana en ámbitos humanos, y no habría mezclado las dos. La responsabilidad íntegra de este sueño es aprender a diferenciarlas: la parte divina, y la parte común, humana, personal.

Y bien, lo vimos como un símbolo. Pero en la práctica, ¿cómo se hace? ¿Cómo reintegramos esta campana al templo? ¿Cómo construimos un nuevo hogar para esta parte divina y abrumadora de nosotros que nunca requerimos, pero que siempre encontramos, escondida bajo un brazo o cargada sobre nuestros hombros como la campana?

El doctor Jung solía reintegrar al paciente su religión ancestral tan rápido como fuese posible, si esa persona podía hacerlo. Podía enviar a un católico de regreso a las confesiones y las misas, a un judío de vuelta a la sinagoga, a un persa a sus raíces nativas. Si esa ruta está abierta para el hombre o la mujer, es el modo más sencillo y directo de devol-

ver esta parte divina de nosotros a la basílica. Pero a muchas personas esto no le resulta posible; el ritual y los símbolos de la religión externa, culturalmente trasmitida, ya no poseen vida para ellas.

Para esa gente –y cada vez existen más y más– hay otros caminos. Es preciso entender que la basílica suprema, la catedral, la sinagoga o el templo supremos, están dentro. Lo que se requiere no es tanto una religión externa y colectiva, sino una experiencia interna del reino numinoso y divino que se manifiesta a través de la psique. Para dicha gente, la vida religiosa, la basílica, se encuentra en las horas cotidianas de meditación solitaria, del ritual simbólico, de la imaginación activa, de lo interacción con imágenes que emanan de la fantasía, de la confrontación ética con las "personas" internas que se nos revelan en nuestros sueños.

Se trata de la vida simbólica, asumida voluntaria y conscientemente, con una actitud de reverencia, con la misma devoción e intensidad que los místicos cristianos medievales ponían en la plegaria contemplativa o que los hindúes ponen en la visión de Shiva o los budistas zen ponen en la práctica del zazen. En tal vida encontramos nuestro camino de retorno al territorio primordial en el que crecieron todas las religiones: los sueños individuales, las visiones, los encuentros personales vívidos con los seres del mundo interior. Antes de que existieran el dogma y la doctrina, estaban Jacob luchando con un ángel, Pablo derribado al suelo por una visión de Cristo en el camino a Damasco, Gautama sentado bajo el árbol Bodhi, atrapado por la unicidad del universo.

Existe un templo interior, pero para nosotros luce más dificultoso y parece más solitario: uno se siente como el hombre del sueño que, después de haber entregado su preciosa carga en el santo lugar, se desliza por una puerta lateral hacia un camino polvoriento y va rumbo al anonimato en lo que se refiere a su vida personal.

Tal vez éste sea el suceso más conmovedor y poderoso del sueño: la decisión de este Tristán moderno, no sólo de devolver la campana al santo lugar, sino de renunciar al poder, a la adulación, al drama, a la impostación del ego que hubiese surgido si ostentaba la campana como una posesión personal. Su salida por la puerta lateral es un genuino y auténtico sacrificio del ego, una genuina trasformación. Inesperadamente, este suceso nos revela que una de las cuestiones básicas del amor romántico es la humildad: la humildad de un ego deseoso de parar de inflar y engrandecer su mundo, sus relaciones personales, hacia un dramático sistema de poder. Para reintegrar esa divina parte de uno mismo a la catedral se requiere una profunda humildad.

Probablemente, Tristán no podía proceder de manera diferente a la que asumió. El hombre occidental debía beber la poción amorosa, tenía que encontrar un camino para el ánima y los dioses del único modo que conoce. Pero en los siglos que nos preceden, él permaneció un tiempo en el bosque de Morois, viajó muy lejos y cargo un pesado fardo a lo largo de innumerables caminos polvorientos. Se enamoró y se desenamoró, traicionó y fue traicionado, se casó con Isolda la de Blancas Manos, y no obstante sigue deambulando en completa soledad –siempre buscando en sus amores a Isolda la Hermosa, procurando su imagen en todos los rostros que aparecen. Ahora, tiene el derecho de aprender de su pasado, de su experiencia, de sus sueños.

Si Tristán aprendiera hoy de su sueño, convertiría a Isolda

la Hermosa en reina de su mundo interior, el alma, figura que lo conduciría internamente a la presencia de los dioses. El la llevará hasta el templo interior y la colocará sobre un trono de oro: ella calza allí, pues la estuvo esperando durante muchos siglos. El cesará de buscarla por fuera, en una mujer mortal o en circunstancias externas. Y después que Tristán se deslice por una puerta lateral de la basílica, recorrerá con calma su camino hasta el castillo de Carhaix. Allí buscará un recinto donde su esposa lo espera: Isolda la de Blancas Manos. Y cuando tome una mano de ella descubrirá un misterio: la Isolda que dejó entronizada en una inmensa basílica le es reintegrada, con la forma correcta y en el nivel apropiado. Esta sencilla y mortal mujer, princesa de Bretaña, también es divina, y su aposento es un santo lugar.

≈

19
DEL AMOR HUMANO

≈

LA GENTE QUEDA TAN HASTIADA DE LOS CICLOS Y CALLEJONES sin salida del romance, que comienza a preguntarse si existe algo que sea "amor". Pues sí, existe. Pero a menudo debemos efectuar cambios de actitud muy profundos antes de poder apreciar qué es el amor y hacerle un espacio en nuestras vidas.

El amor entre seres humanos es una de las realidades absolutas de la naturaleza humana. Del mismo modo que el alma –Psique– era una de las deidades del panteón griego, también lo era el amor: se llamaba Eros. Los griegos entendían que, como un arquetipo del inconsciente colectivo, el amor era a la vez eterno y universal en la humanidad. Para ellos, eso bastaba para considerarlo un dios.

Dado que el amor es un arquetipo, tiene un carácter propio, trazos específicos, su propia "personalidad". Igual que un dios, el amor se comporta en el inconsciente como una "persona", un ser separado de la psique. El amor se diferen-

cia del ego; el amor existía antes de que el ego ingresara al mundo. Cuando mi ego parta, el amor seguirá aquí. No obstante, el amor es algo o "alguien" que vive dentro de cada cual. El amor es una fuerza que actúa desde adentro, permite que el ego mire fuera de sí mismo, para ver a nuestros semejantes como algo a ser valorado y tratado con cariño, no apenas algo para ser usado.

Por lo tanto, cuando digo que "amo", no soy yo quien ama sino, en realidad, es el Amor que actúa a través de mí. El amor no es algo que hago sino algo que soy. El amor no es un quehacer sino un estado del ser: un vínculo, una ligazón con otro ser mortal, una identificación con él o ella que simplemente fluye dentro de mí y a través de mí, independientemente de mis intenciones o mis esfuerzos.

Este estado del ser puede expresarse en lo que hago o del modo en que trato a la gente, pero nunca puede reducirse a un bloque de "tareas" o de actos. Es el sentimiento interno. Mucho más de lo que solemos notar, el amor concreta mejor su alquimia divina cuando seguimos el consejo de la Cordelia de Shakespeare: "Ama, y permanece en silencio."

El amor existe, ajeno a nuestras opiniones sobre lo que debería ser. Por más fabulaciones o más egoísmos que justifiquemos en nombre del "amor", aun así sus caracteres permanecen inmutables. Su existencia y su naturaleza no dependen de mis ilusiones, mis opiniones o mis trampas. El amor es algo distinto de lo que nuestra cultura nos llevó a esperar, es diferente de lo que nuestros egos desean. Se distingue del palabrerío sentimental y de los éxtasis impostados que enseñaron a aguardar. El amor surge como algo real, es lo que en verdad somos y no lo que nuestros egos exigen.

Es preciso que sepamos esto del amor. De otra manera, nunca lograríamos observar honestamente los engaños que nos hacemos. A veces la gente dice: "No quiero ver mis ilusiones; si me quitan mis ilusiones, ¡no me quedará nada!" Parece que pensamos el amor como "obra del hombre", como si lo hubiésemos inventado en nuestras mentes. Aunque el amor romántico no se convirtió en lo que pensábamos, todavía existe en nosotros un amor humano innato, y este amor seguirá con nosotros incluso después de que se hayan disuelto nuestras proyecciones, nuestras ilusiones, y nuestros artificios.

El amor humano está tan oscurecido por las impostaciones y las conmociones del romance, que casi nunca buscamos el amor por sí mismo, y cuando vamos en pos de él difícilmente sabemos qué buscar. Pero a medida que entendemos las características y las actitudes del amor, podemos comenzar a advertirlo en nosotros, revelado por nuestros sentimientos, en el espontáneo fluir de la calidez que surge hacia otra persona, en los pequeños e imperceptibles actos de vinculación que configuran la trama secreta de nuestras vidas cotidianas.

≈

El amor es el poder que dentro de nosotros afirma y valoriza a otro ser humano tal como es. El amor humano ratifica a la persona que está realmente allí, en vez del ideal que preferiríamos o de las proyecciones que fluyen desde nuestras mentes. El amor es el dios interior que abre sus ojos ciegos a la belleza, al valor y la calidad de otra persona. El amor nos induce a valorizar a esa persona como un self total individual, y esto significa que aceptamos tanto sus lados negativos como sus lados positivos, las imperfecciones a la par de las cualidades admirables. Cuando se ama verda-

deramente a otro ser humano y no una proyección, se ama la sombra igual que todo lo demás. Se acepta la totalidad de la otra persona.

El amor humano hace que el hombre vea el valor intrínseco de la mujer; por eso lo impulsa a honrarla y atenderla, en vez de tratar de utilizarla para los propósitos de su ego. Cuando lo guía el amor, él se preocupa por las necesidades y el bienestar de ella, y evita centrarse en sus propios deseos y caprichos.

El amor altera nuestro sentido de importancia. Mediante el amor vemos que el otro ser tiene en el cosmos tanto valor como uno mismo, se vuelve importante para nosotros que esa persona también logre ser entera, que viva plenamente, que encuentre la alegría de vivir, así como satisfacemos las propias necesidades.

En el mundo del inconsciente, el amor es una de esas grandes fuerzas psicológicas que tienen poder para trasformar el ego. El amor es un poder que despierta el ego a la existencia de algo exterior a él, que está fuera de sus planes, fuera de su imperio, fuera de su seguridad. El amor vincula al ego no sólo con el resto de la especie humana, sino con el alma y con todos los dioses del mundo interior.

Así, por su propia naturaleza, el amor es el opuesto exacto del egocentrismo. Utilizamos la palabra amor vagamente. La usamos para dignificar cualquier número de exigencias a otra gente de atención, poder, seguridad o entretenimiento. Pero cuando lo ponemos al servicio de nuestras "necesidades" prefabricadas, de nuestros deseos, sueños y nuestra manipulación de los demás, eso no es amor. El amor es algo absolutamente distinto de los deseos y los juegos de poder de nuestro ego. Nos lleva en una dirección diferente:

hacia la bondad, el valor y las necesidades de los seres que nos rodean.

En su propia esencia, el amor es una *apreciación*, un reconocimiento del valor del otro: impulsa al hombre para que honre a la mujer en vez de utilizarla, a que se pregunte cómo puede atenderla. Y si esta mujer se relaciona con él por medio del amor, ella asumirá hacia él la misma actitud.

La naturaleza arquetípica del amor fue tal vez expresada mejor que nadie por el sencillo lenguaje de San Pablo:

≈

> El amor tolera mucho y es bondadoso: el amor no envidia; el amor no se vanagloria, ni se envanece... El amor no tiene intereses propios, no es exasperado fácilmente, no se apresura a sospechar la maldad... tolera todas las cosas, cree todas las cosas, tiene esperanza en todo, lo resiste todo.
>
> El amor nunca fracasa: pero donde haya profecías, fallarán; donde haya chismes, callarán; donde haya conocimientos, se disiparán.

≈

He aquí un breve y elocuente testimonio sobre la diferencia entre el ego abandonado a sus propios trucos y una ego bajo la influencia del amor. Mi ego se preocupa consigo mismo; pero "el amor tolera mucho y es bondadoso." El ego es envidioso, siempre procura jactarse con ilusiones de poder y control absoluto, pero "el amor no se vanagloria, ni se envanece." El ego, abandonado a su egocentrismo, siempre traicionará, pero "el amor nunca fracasa." El ego sólo sabe afirmar su esencia y sus deseos, pero "el amor no tiene intereses propios." El amor afirma toda la vida: "tolera todas las cosas, creen en todas las cosas, tiene esperanza en todo."

≈

Es por eso que nos oponemos al amor romántico, y ésta es la mayor distinción entre el amor humano y el amor romántico: el romance debe, por su propia naturaleza, degenerar en egoísmo. Pues el romance no es un amor dirigido a otro ser humano; la pasión del romance siempre se dirige a las propias proyecciones, a las propias expectativas, a las propias fantasías. En un sentido muy real, no es un amor volcado a otra persona, sino hacia uno mismo.

≈

Ahora debe quedar claro que cuando una relación se basa en proyecciones, está faltando el elemento del amor humano. Enamorarse de alguien a quien no conocemos como persona, pero que nos atrae porque refleja una imagen de dios o diosa en nuestras almas es, en cierto sentido, enamorarse de sí mismos, no de otra persona. Pese a la aparente belleza de las fantasías amorosas que podamos tener en este estado de enamoramiento, podemos, de hecho, encontrarnos en un estado mental extremadamente egoísta.

El amor real comienza sólo cuando una persona conoce a otra por lo que realmente es como ser humano, que comienza a gustarle y a importarle.

...Ser capaz del amor real significa volverse maduros, con expectativas realistas hacia la otra persona. Significar asumir la responsabilidad de nuestra felicidad o infelicidad, y no esperar que la otra persona nos haga felices ni vituperarla por nuestros malos modales y nuestras frustraciones. *(Sanford, **Invisible Partners**)*

≈

Cuando nos enfocamos en nuestras proyecciones, estamos enfocándonos en nosotros mismos. Y la pasión y el amor

que sentimos por nuestras proyecciones es un amor reflejado y circular que se dirige inevitablemente hacia nosotros.

Pero aquí, nuevamente, caemos de cabeza en la paradoja del amor romántico. La paradoja es que deberíamos amar nuestras proyecciones, y que también deberíamos amarnos a nosotros mismos. Durante el romance, el amor del self se distorsiona; se vuelve egocéntrico y se malogra su naturaleza original. Pero si aprendemos a buscarlo en el plano correcto, el amor del self es un amor verdadero y válido: es la segunda gran corriente de energía que fluye hacia el amor romántico, la pareja arquetípica del amor humano, la otra cara de Eros.

Es preciso que reverenciemos las partes inconscientes de nosotros mismos que proyectamos. Cuando amamos nuestras proyecciones, cuando honramos nuestros ideales y fantasías románticas, afirmamos infinitamente dimensiones preciosas de nuestro self total. El acertijo reside en como amar al propio self sin caer en el egoísmo.

Cuando conocemos la geografía de la psique humana, con sus islotes de Conciencia, su estructura polifacética y policéntrica, vemos que el amor del self total puede no consistir en un centralizarse en el universo de nuestros egos. El amor del self es el ego en procura de las otras "personas" del mundo interior, que se esconden en nosotros. Es el ego anhelando dimensiones mayores del inconsciente, su disposición a abrirse hacia las otras partes de nuestro ser total, y hacia sus puntos de vista, sus valores y sus necesidades.

Entendido de este modo, nuestro amor del self es también el amor "divino": nuestra búsqueda del significado definitivo, de nuestras almas, de la revelación de Dios. Esta comprensión nos remite a las palabras de Clemente de Alejandría:

En consecuencia, parecería que que la mayor de todas las disciplinas es conocerse a sí mismo; pues cuando un hombre se conoce a sí mismo, conoce a Dios.

≈

La falla de amor romántico no es que nos amemos a nosotros mismos, sino que lo hagamos erróneamente. Al tratar de reverenciar al inconsciente mediante nuestras proyecciones románticas hacia otra gente, pasamos por alto la realidad oculta en tales proyecciones: no advertimos que estamos buscando nuestro propio self.

≈

La tarea de salvar al amor de las ciénagas del amor romántico comienza con un giro de la visión, hacia adentro. Tenemos que despertar para el mundo interior, tenemos que aprender cómo vivir el "amor del self" como experiencia interna. Entonces llega el momento dirigir otra vez nuestra mirada hacia afuera, hacia la gente concreta y las relaciones que establecemos con ellas –debemos aprender los principios del amor "humano".

≈

Hace muchos años, una sabia amiga me dio un nombre para el amor humano. Ella lo llamaba amor "que revuelve la sopa de avena". Tenía razón. Dentro de esta frase, si asumimos la humildad necesaria para apreciarla, se encuentra la genuina esencia de lo que es el amor humano, y nos expone las diferencias principales entre amor humano y romance.

Revolver la avena es un acto humilde; ni excitante, ni estremecedor. Pero simboliza un relacionamiento que baja el amor a la tierra. Representa la disposición a compartir la vida humana corriente, a encontrar significado en tareas simples y nada románticas: ganarse la vida, vivir de acuerdo a un presupuesto, sacar la basura, alimentar al bebé en medio de la noche. "Revolver la avena" significa encontrar el vínculo, el valor y hasta la belleza, en cosas sencillas y ordinarias, en vez de exigirle eternamente a todas las cosas un drama cósmico, un entretenimiento o una intensidad extraordinaria. Como el arroz que descascaran los monjes zen, como la rueca de Gandhi, las tiendas alzadas por San Pablo: ello representa el descubrimiento de lo sagrado en medio de lo modesto y lo corriente.

Una vez, Jung dijo que el sentir corresponde a lo pequeño. Y en el amor humano, vemos que es cierto. El vínculo real entre dos personas se experimenta en las pequeñas tareas que realizan juntas: la conversación tranquila cuando se aplacan las faenas del día, la suave palabra comprensiva, la camaradería cotidiana, el estímulo en los momentos difíciles, el pequeño obsequio cuando menos se lo espera, el gesto espontáneo de amor.

Cuando una pareja está genuinamente vinculada entre sí, ambos están dispuestos a ingresar al espectro íntegro de la vida humana en común. Trasforman hasta las cosas más rutinarias, difíciles y mundanas en un componente festivo y gratificante de la vida. En contraste, el amor romántico sólo puede durar mientras la pareja está "entonada" entre sí, mientras el dinero alcanza y las diversiones son excitantes. "Revolver la avena" significa que dos personas sacan su amor del plano etéreo de la fantasía excitante y lo convierten en una inmediatez terrena y práctica.

El amor se complace en hacer muchas cosas con las que el ego se aburre. El amor está propenso a trabajar con los estados de ánimo y las irracionalidades del otro. El amor está

listo para preparar el desayuno y hacer el balance de la cuenta bancaria. El amor se predispone a hacer estas "sopas de avena" porque está vinculado con una persona, no con una proyección.

≈

El amor humano ve a la otra persona como individuo y establece con ella un vínculo individualizado. El amor romántico ve al otro como coprotagonista de un drama.

El amor humano de un hombre desea que la mujer sea una persona completa e independiente, y la estimula para que sea ella misma. El amor romántico sólo afirma lo que él pretende de ella, para que se vuelva idéntica al ánima. Mientras el romance domina al hombre, él ratifica a la mujer sólo mientras ella se disponga a cambiar, a fin de reflejar el ideal proyectado. El romance nunca está feliz con la otra persona por lo que ella es.

Necesariamente, el amor humano incluye la amistad: la amistad dentro de la pareja, dentro del matrimonio, entre esposo y esposa. Cuando un hombre y una mujer son verdaderamente amigos, conocen los puntos difíciles y las debilidades del otro, pero no se predisponen a abrir juicio sobre ellos. Les preocupa más ayudarse entre sí y gustarse mutuamente, que resaltar los defectos.

Los amigos, los auténticos amigos, son como Kahedrin: quieren consolidar en vez de juzgar; no hacen mimos, y tampoco se instalan en las insuficiencias del otro. Los amigos se respaldan en las épocas difíciles, ayudan con las sórdidas y ordinarias tareas de la vida. No se imponen entre sí parámetros imposibles, no reclaman la perfección, se ayudan mutuamente en vez de socavarse con reclamos.

En el amor romántico no hay amistad. El romance y la amistad son energías francamente opuestas, enemigos naturales con motivos completamente antagónicos. A veces, la gente dice: "No quiero establecer una amistad con mi esposo (o esposa), eso extirparía el romance de nuestro matrimonio." Es cierto: la amistad elimina de la relación el drama artificial y la intensidad, pero también expulsa el egocentrismo y la imposibilidad, reemplazando al drama con algo humano y real.

Si un hombre y una mujer son amigos entre sí, entonces son tanto "prójimos" como amantes; súbitamente su vínculo se sujeta a un dictado de Cristo: "Ama a tu prójimo como a ti mismo." Una de las contradicciones más evidentes del amor romántico es que muchas parejas tratan a sus amistades con mucha más bondad, consideración, generosidad y capacidad de perdonar –que las que practican entre sí. Cuando se reúnen con sus amigos, son encantadores, cooperativos y corteses. Pero cuando regresan a casa, a menudo ventilan mutuamente toda su ira, resentimientos, mal humor y frustraciones. Extrañamente, tratan mejor a sus amigos que a sus parejas.

Cuando dos personas están "enamoradas", corrientemente la gente dice que "son algo más que amigos". Pero en el largo plazo, parecen tratarse entre sí como menos que amigos. Mucha gente piensa que "estar enamorados" es una relación mucho más íntima, mucho más "significativa" que la "simple" amistad. ¿Por qué, entonces, las parejas se niegan entre sí el amor desinteresado, la bondad y la buena voluntad que brindan prontamente sus amigos? La gente no puede pedirle a sus amistades que acarreen todas sus proyecciones, que sean chivos expiatorios de sus malos humores, que los man-

tengan en estado de felicidad, y que completen sus vidas. ¿Por qué las parejas se imponen mutuamente tales exigencias? Porque el culto del romance les enseña que tienen derecho a esperar que la persona de la cual se está "enamorado" tolere todas sus proyecciones, satisfaga todos sus deseos y haga realidad todas sus fantasías. En uno de los ritos hindúes de matrimonio, el novio y la novia se hacen uno al otro esta solemne promesa: "Serás mi mejor amigo". Las parejas occidentales deben aprender la amistad, tomar la cualidad de amistoso como una guía para atravesar el enredo en que convirtieron al amor.

≈

Podemos aprender mucho sobre el amor humano si aprendemos a observar con mente desprejuiciada las culturas orientales y sus actitudes.

Durante el tiempo que pasé en India y Japón, vi matrimonios y relaciones amorosas que no se basan para nada en el romance sino en un cálido, devoto, y perdurable amor. Los hindúes son maestros instintivos en el arte del amor humano. Pienso que esto se debe a que nunca tomaron el amor romántico como una manera de tratar de relacionarse entre sí. Automáticamente, los hindúes hacen la diferenciación que nosotros confundimos completamente en Occidente: ellos saben cómo venerar al ánima, los arquetipos, los dioses, las realidades internas; ellos saben cómo mantener su experiencia del lado divino de la vida diferenciada de sus vínculos personales y sus matrimonios.

Los hindúes asumen el mundo interior a nivel simbólico; convierten los arquetipos internos en imágenes y símbolos externos a través del arte del templo y del ritual alegórico.

Pero no proyectan sus dioses interiores en sus esposos y esposas. Toman a los arquetipos personificados como símbolos de otro mundo y toman al otro como a un ser humano. Como resultado, no se sobrecargan mutuamente con exigencias imposibles, y no se desilusionan entre sí.

El hombre hindú no le pide a su esposa que sea ánima, que ella lo trasporte a otro mundo, o que corporice toda la intensidad y perfección de su vida interior. Dado que la experiencia lírica religiosa es todavía parte de su cultura, los hindúes no tratan de convertir sus matrimonios y sus relaciones humanas en un sustituto de la comunión con el alma. Encuentran a sus dioses en el templo, en la meditación, o a veces en el gurú; no procuran hacer que la relación externa cumpla el papel de la interna.

Al comienzo, el occidental es confundido por la manera hindú de ser; su amor no parece burbujear con suficiente ardor e intensidad como para ajustarse al gusto romántico occidental. Pero si se observa con paciencia, uno se despoja de los prejuicios occidentales y comienza a cuestionar la presunción de que el romance es el único "amor verdadero". En los matrimonios hindúes existe una serena pero persistente dedicación, un profundo afecto. Hay estabilidad: no son atrapados por dramáticas oscilaciones entre "enamorado" y "desamorado , adoración y desilusión, tan usuales en las parejas occidentales.

En el matrimonio hindú tradicional, el compromiso del hombre hacia su esposa no depende del permanecer "enamorado" de ella. Dado que en primer lugar él nunca se "enamoró" de ella, no hay manera de que él se "desenamore". La relación con su esposa se basa en el amarla, no en el estar "enamorado" de un ideal que proyecta en ella. Su vínculo no

se va a desarmar porque un día él se "desenamore" o porque conozca a otra mujer que asuma su proyección. El está comprometido con una mujer y una familia, no con una proyección.

Pensamos que somos más sofisticados que los "simples" hindúes. Pero, en comparación con un hindú, el hombre promedio occidental es como un buey con un aro en la nariz, que persigue a su proyección por ahí de una mujer a otra, sin establecer relaciones o compromisos verdaderos con ninguna. En el área del sentimiento humano, el amor y el vínculo, los hindúes desarrollaron una Conciencia altamente diferenciada, sutil y refinada. En estos asuntos, actúan mucho mejor que nosotros.

Una de las cosas más impactantes y sorprendentes que observé entre los hindúes tradicionales, fue lo brillantes, felices y psicológicamente sanos que son sus hijos. Los niños de las familias hindúes no son neuróticos; no están íntimamente atormentados como muchos niños occidentales. Están constantemente envueltos en el afecto humano, y sienten un fluir pacífico de afecto entre su madre y su padre. Perciben la estabilidad, la persistente calidad de su vida familiar. Sus padres están permanentemente comprometidos; ellos no los escuchan cavilar sobre si su matrimonio "está funcionando"; la separación y el divorcio no flotan en el aire como espectros.

≈

Para nosotros, los occidentales, no hay modo de hacer retroceder el reloj. No podemos emprender el rumbo de los hindúes; no podemos resolver nuestro dilema occidental por medio de una imitación de las costumbres o las actitudes de otra gente. No podemos simular que tenemos una

psique oriental en vez de una psique occidental. Tenemos que ocuparnos de nuestro inconsciente occidental y de nuestras heridas occidentales; debemos hallar el bálsamo sanador en nuestra alma occidental. Bebimos la poción amorosa y nos sumergimos en la era romántica de nuestra evolución. La única ruta de salida es la que lleva hacia adelante. No podemos retroceder, y no debemos perder el tiempo.

Pero de las culturas orientales podemos aprender a erguirnos fuera de nosotros mismos, fuera de nuestras presunciones y nuestras creencias, lo suficiente como para podernos ver en una nueva perspectiva. Podemos aprender qué es aproximarnos al amor con una serie distinta de actitudes, desprovistos de los dogmas de nuestra cultura.

Podemos aprender que el vínculo humano es inseparable de la amistad y del compromiso. Podemos aprender que la esencia del amor no consiste en utilizar al otro para ser felices, sino en atender y afirmar a quien amamos. Y para nuestra sorpresa, podemos descubrir que mucho más que otra cosa, lo que nos hace falta no es ser más amados, sino amar.

≈